

**VEINTE AÑOS DESPUÉS... DEL CONGRESO DE VIENA.
LA LEGIÓN AUXILIAR BRITÁNICA (1835-1838).
GUERRA Y DIPLOMACIA PARA UN GRAN GIRO POLÍTICO
CON LA CIUDAD DE SAN SEBASTIÁN COMO TELÓN DE FONDO**

Carlos RILOVA JERICÓ

Doctor en Historia contemporánea por la UPV/EHU

Resumen:

El artículo trata de reconstruir a través de diversas fuentes tanto impresas como manuscritas el papel desempeñado por la llamada Legión Auxiliar Británica durante la Primera Guerra Carlista.

Un papel verdaderamente controvertido pero esencial para comprender, gracias a la actividad de dichos hombres en el sitio de San Sebastián en 1835, la reestructuración diplomática y política de Europa occidental (Portugal, Francia, España, Gran Bretaña...) tras el ciclo de las guerras revolucionarias y napoleónicas y la restauración, casi general, aunque en diferentes grados, de regímenes absolutistas tras la campaña de Waterloo y el cierre del Congreso de Viena.

Palabras clave: Lord Palmerston. Primera Guerra Carlista. Intervención extranjera. Legión Británica. San Sebastián. Relaciones Internacionales.

Laburpena:

Artikula saiatzen da Britainiar Legio Laguntzaileak Lehen Karlistaldian izandako zeregina berritzen zenbait iturriren, inprimatu nahiz eskuz idatzien, bidez.

Zeregin benetan eztabaidatua baina funtsezkoa izan zen ulertzeko, gizon haiek 1835ean Donostiako setioan izandako jarduerari esker, Mendebaldeko Europan (Portugalen, Frantzia, Espainian, Britainia Handian...) izandako berregituratze diplomatiko eta politikoa, eta hori gerra iraultzaile eta napoleonikoen zikloaren eta, maila ezberdinetan bada ere ia orokorki, erregimen absolutisten berrezarpenaren ondoren, Waterlooko kanpaina eta Vienako Biltzarra amaitu ostean.

Giltz-hitzak: Lord Palmerston. Lehen Karlistaldia. Atzerritarren esku-hartzea. Britainiar Legioa. Donostia. Nazioarteko Harremanak.

Abstract:

Using various printed as well as hand-written sources, this paper endeavours to reconstruct the role played by the so-called Auxiliary British Legion during the First Carlist War [1833-1839].

It was a truly controversial but essential role to understand, thanks to the activity of these men during the siege of San Sebastian in 1835, the diplomatic and political restructuring of Western Europe (Portugal, France, Spain, Great Britain, etc.) following the cycle of revolutionary and Napoleonic wars and the restoration nearly everywhere, although to varying degrees, of absolutist regimes following the Waterloo campaign and the conclusion of the Congress of Vienna.

Key words: Lord Palmerston. First Carlist War. Foreign intervention. British Legion. San Sebastian. International Relations.

1. Introducción

Las legiones extranjeras, los cuerpos de aventureros involucrados en guerras ajenas a sus naciones, o no, parecen convertirse en algo común en la primera mitad del siglo XIX.

De hecho, la más famosa de todas, la que más páginas de gloriosa mitología ha dado a la novela y al cine desde esas fechas hasta ahora, la conspicua Legión Extranjera francesa, en la que más adelante se inspirarían dos controvertidos militares españoles –Francisco Franco y Millán Astray– para crear la española, aparece justo en esas fechas, en la tercera década del siglo XIX, cuando Francia, la Francia de Luis Felipe de Orleans, decide ayudar a su monarquía constitucional gemela, la española proclamada en 1833, tras la muerte de Fernando VII, a despejar el panorama de partidarios de la vuelta del Absolutismo a esa nación.

No será la única. De hecho hay otras anteriores muy similares a ella. De esa condición podemos considerar a la que, en el año 1831, se pidió organizar en la recién nacida monarquía constitucional de Bélgica a uno de los héroes de la insurrección contra la dominación holandesa impuesta por los acuerdos del Congreso de Viena en 1815, tras la derrota de Napoleón. Es decir, el militar español de origen belga Juan Van Halen.

En efecto, Pío Baroja nos describe en unas pocas páginas de la biografía que le dedica, cómo Van Halen crea esa legión compuesta por elementos variopintos que su amigo Juan Álvarez y Mendizábal le había pedido formase para apoyar la causa de la monarquía constitucional en Portugal¹.

1. Pío BAROJA: *Juan Van Halen, el oficial aventurero*. Edaf. Madrid, 1998, pp. 343-346. Álvarez y Mendizábal vivirá un periplo tan agitado como el del propio Van Halen. Véase Alberto GIL NOVALES (dir.): *Diccionario biográfico del Trienio liberal*. Ediciones del Museo Universal. Madrid, 1991, p. 30.

El juicio de Baroja sobre ese cuerpo no es demasiado amable. De hecho, sólo alude a una única acción memorable de esa unidad, la de la Quinta de Venzellez en la que belgas y emigrados italianos rechazan victoriosamente a la Caballería miguelista. Por lo demás Baroja señala que la guerra termina pronto con el convenio de Évora-Monte en mayo de 1834, sin dar muchas más ocasiones de lucimiento bélico a esa unidad y, asimismo, cita a un cronista inglés, Alexander, que, en cualquier caso, considera que dicha Legión o Batallón belga está integrado, además de por pueblos que dicho cronista considera de un grado de civilización aceptable –los propios belgas, franceses, holandeses, alemanes y suizos– por otros elementos –turcos, griegos, cosacos, montañeses y escoceses– a los que engloba en la categoría de “y otros salvajes por el estilo”².

Cosas muy parecidas se podrían decir de otra de las legiones creadas en ese mismo ambiente. En este caso la británica auxiliar en la que junto a escoceses “y otros salvajes por el estilo” predomina el elemento inglés.

Mucho, o bastante, según se mire, se ha escrito desde 1835 hasta la actualidad sobre ese cuerpo³.

Fundamentalmente todo lo dicho se puede reducir a que, en conjunto, era un puñado de aventureros –para muchos no mucho mejores que los “otros salvajes por el estilo” de los que hablaba el cronista inglés de Baroja–, que, a diferencia de la Legión Belga en Portugal, tuvieron muchas ocasiones de derramar sangre en notorios combates, muchos de ellos desarrollados en suelo vasco –y, más concretamente, como veremos, en las inmediaciones de San Sebastián– y que suscitaron no pocos problemas entre los gobiernos español y británico con respecto a los pagos de sus salarios y, sobre todo, las pensiones de los supervivientes.

2. BAROJA: *Juan Van Halen, el oficial aventurero*, p. 345. Sobre ese convenio y las legiones extranjeras actuando en la breve guerra civil portuguesa, véase Gonzalo DE PORRAS Y RODRÍGUEZ DE LEÓN: *La Expedición Rodil y las legiones extranjeras en la 1ª Guerra Carlista*. Ministerio de Defensa. Madrid, 2004, pp. 79-92. Un estudio comparativo más extenso y completo, aunque abordado desde la perspectiva de los mercenarios británicos que participan en diversas guerras entre reaccionarios y revolucionarios, en Moisés Enrique RODRÍGUEZ: *Under the flags of Freedom. British mercenaries in the war of the two brothers, the first carlist war, and the greek war of independence (1821-1840)*. Hamilton Books. Lanham, 2009, pp. 17-114 y 436-439. A ese respecto también puede resultar de interés Emilio CONDADO: *La intervención francesa en España (1835-1839)*. Editorial Fundamentos. Madrid, 2002.

3. Moisés Enrique Rodríguez da una lista bastante completa de las obras históricas escritas a partir de la experiencia de testigos directos como los que se utilizarán en las páginas siguientes. Incluyendo curiosamente dos novelas históricas de época victoriana: “With the British Legion: A Story of the Carlist Wars” por G. A. Genty y “The British Legion” por Herbert Haynes. Véase RODRÍGUEZ: *Under the flags of Freedom. British mercenaries in the war of the two brothers, the first carlist war, and the greek war of independence (1821-1840)*, pp. 457-459.

Pero, a todo lo dicho en numerosas publicaciones aparecidas desde 1835 hasta hoy sobre esos hechos, se pueden añadir algunas preguntas.

Por ejemplo, ¿qué hicieron estos hombres, en muchas ocasiones acompañados de sus hijos y mujeres, en territorio vasco y especialmente en las feroces acciones que se disputan en torno a la, una vez más, asediada San Sebastián?

¿Qué habían venido a hacer aquí? ¿Qué intereses políticos y diplomáticos los habían puesto sobre el campo de batalla para inclinar la balanza a favor de la consolidación en España –como en Francia, como en Portugal, como en Gran Bretaña...– de una monarquía constitucional?

Son cuestiones a las que trataremos de responder revisando viejas obras publicadas en el siglo XIX, prácticamente en las mismas fechas en las que se desarrollan los acontecimientos, y los estudios realizados sobre esa Legión Británica a cargo de historiadores posteriores, que la han contemplado no como objeto de una crónica contemporánea de los hechos, sino como un objeto de estudio histórico más.

Esas respuestas, por supuesto, se completarán añadiendo toda la información posible sobre ese cuerpo militar –la Legión Auxiliar Británica– que se conserva en documentos de archivo.

Empezaremos por considerar, siquiera sea brevemente, las razones políticas y diplomáticas que llevaron a que se constituyera ese considerable cuerpo de militares británicos para enviarlo a luchar del lado de los liberales españoles y, como ya se ha dicho, decantar la suerte de las armas del lado de esa opción política en detrimento de los partidarios españoles del Absolutismo, representados por lo que se conocerá como “Carlismo”.

2. Los turbios meandros de la Política. Del Congreso de Viena a la política de intervención en la Primera Guerra Carlista (1815-1835)

Supongo que no haré ningún gran descubrimiento si señalo que no es ésta la primera vez que se habla de la intervención británica en la llamada “Primera Guerra Carlista”⁴.

4. La bibliografía general sobre las guerras carlistas producida en castellano, de cuyo primer episodio es parte la Legión Británica, es extensa. Tanto que es casi imposible resumirla en una nota como ésta. Los trabajos de síntesis sobre ese acontecimiento más documentados y relativamente asequibles que se podrían aludir son la ya clásica obra de José Extramiana, José EXTRAMIANA: *Historia de las guerras carlistas*. Haranburu. San Sebastián, 1979. 2 Vols., y VV.AA.: *Los carlistas 1800-1876*. Besaide. Vitoria, 1991. En esa lista deben entrar también la monumental “Historia General del Carlismo” de Josep CARLES CLEMENTE: *Historia general del Carlismo*. F. Mesa. Madrid, 1992, Alfonso BULLÓN DE MENDOZA: *La Primera*

Por supuesto que no. Tan cierto como que ésta, seguramente, tampoco será la última ni definitiva vez que se hablará de dicha intervención.

El asunto se ha abordado desde hace años desde distintas perspectivas. Entre éstas no puede dejarse de tener en cuenta la de uno de los líderes históricos del Nacionalismo vasco y, como tal, miembro del Gobierno de la Segunda República española en el exilio: Manuel de Irujo Olo.

El accidentado exilio de este hombre fuerte del Partido Nacionalista Vasco y de su extensa familia –como bien hace notar el profesor Josu Chueca en el prólogo a la obra de Irujo de la que nos vamos a ocupar– sin duda tuvo mucho que ver con que redactase un documentado volumen de título tan sugestivo –o tal vez pretencioso para otros– como “Inglaterra y los vascos”⁵.

La obra, al menos en la actual edición del año 2004, tiene un planteamiento sencillo aun revelando que Irujo pasó largas horas de su exilio en el Londres de la Segunda Guerra Mundial reuniendo documentación para sustanciar esta obra que es, a partes iguales, un libro de Historia y un ensayo político.

En efecto, el libro del dirigente *jeltzale* se puede dividir en dos partes. Una primera está dedicada a describir los orígenes de lo que para él, de acuerdo a su posición ideológica, es la nación vasca vertebrada en torno a Navarra hasta la caída de ese reino bajo la férula castellana entre 1512 y 1524, donde se disecciona con numerosos documentos ingleses la maquiavélica política –como no podía ser menos– del rey Fernando el católico para apoderarse de dicho reino, convulsionando hasta los cimientos la política europea del momento, y el airado papel –de peón a sacrificar en una maniobra de diversión táctica por Fernando– que la Inglaterra de Enrique VIII

...

Guerra Carlista. Actas. Madrid, 1992, Alfonso BULLÓN DE MENDOZA (dir.): *Las Guerras Carlistas*. Actas. Madrid, 1993 y, más recientemente, Julio AROSTEGUI-Jordi CANAL-Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *El Carlismo y las guerras carlistas. Hechos, hombres e ideas*. La esfera de los libros. Madrid, 2003 y Antonio Manuel MORAL RONCAL: *Las guerras carlistas*. Sílex. Madrid, 2006. Desde el punto de vista anglosajón, quizás la obra más importante es John F. COVERDALE: *The basque phase of Spain's first carlist war*. Princeton University Press. New Jersey, 1984, que vendría a culminar una tradición de investigación histórica sobre el tema en ese mundo, del que proceden los legionarios de los que nos ocuparemos en este trabajo, iniciada por estudios como el de William Bollaert. William BOLLAERT: *The wars of sucession of Portugal and Spain from 1826 to 1840*. Edward Stanford. London, 1870, 2 Vols. Si bien dicho autor fue juez y parte en esos hechos, interviniendo en ellos a título de partidario del Absolutismo. Tal y como señala Coverdale. Véase COVERDALE: *The basque phase of Spain's first carlist war*, p. 255.

5. Véase Manuel IRUJO OLLO: *Inglaterra y los vascos*. Ekin-Txalaparta. Bilbao, 2004, p. 10.

juega en esa hábil combinación militar y diplomática que Irujo describe con un crudo realismo, en el que los hechos históricos se imponen a cualquier simpatía política que pueda sentir el autor⁶.

La segunda parte, que ocupa la mayor parte de un texto, que, en la edición que manejo, llega casi a las 500 páginas, se centra, sobre todo, en la actitud de Gran Bretaña –no sólo ya de Inglaterra, como ocurre en la expedición de 1512– en el año 1835, cuando decide intervenir en la primera guerra carlista enviando la Legión Auxiliar Británica, a apoyar a la causa liberal.

En esa parte, la obra de Irujo toma un evidente sesgo ideológico en el cual los hechos se interpretan en claves propias del ideario canónico del Nacionalismo vasco.

En efecto, el eje de los, por otra parte, sólidamente documentados argumentos de Manuel Irujo, es que Gran Bretaña se comporta, ante todo, como una potencia gobernada por ideas prácticas. O al menos la parte de su clase política que finalmente decide formar la Cuádruple Alianza entre la España liberal, la propia Gran Bretaña, Portugal y Francia. Un estado de cosas que, siempre según Manuel Irujo, deriva en que las provincias vascas en 1833 estaban luchando por mantener sus libertades, de hecho, la que sería la democracia más vieja de Europa –en palabras del propio Irujo– y esa lucha habría sido traicionada por esa parte de la clase política británica de la época, que sólo atiende a defender el partido que más le interesa, por más espurios que sean sus fines y la ideología –si acaso tiene alguna más allá de la mera apariencia– que dice sustentar como bandera⁷.

En otras palabras, Irujo mantiene en su obra que la intervención de la Legión Británica, impulsada por Lord Palmerston frente a la opinión del partido conservador británico, no tenía otro objeto que el de hundir la independencia vasca representada por los Fueros que defendían los carlistas para imponer el, siempre según la versión de Irujo, deficitario y sectario régimen liberal español en esos territorios. Una opinión que, curiosamente, Irujo compartiría con lo que sostienen en la época algunos de los defensores intelectuales del partido carlista, origen pero a la vez rival, por muchos años, del Nacionalismo vasco⁸.

6. IRUJO OLLO: *Inglaterra y los vascos*, pp. 23-72. Sobre esa expedición inglesa a territorio guipuzcoano en el final del reinado de Fernando el Católico, véase Julio-César SANTOYO: *De crónicas y tiempos británicos: historia de una expedición militar inglesa en Guipúzcoa (junio-octubre de 1512)*. Instituto de historia donostiarra Dr. Camino. San Sebastián, 1974.

7. IRUJO OLLO: *Inglaterra y los vascos*, pp. 73-126.

8. A ese respecto resultan interesantes las palabras del brigadier carlista Madrazo Escalera que, en el prólogo a la defensa del mariscal Zariategui, hablaba de una revolución española,

Esa clase de argumentos han sido furiosamente rebatidos no tanto en relación a la cuestión de la intervención británica en la primera guerra carlista, como al nacionalismo vasco como ideología política en sí.

Por ejemplo señalando el craso y constante error de considerar sólo vascos a aquellos que defendían esas leyes forales que, para Irujo y sus pares políticos, eran la esencia de una nación vasca preexistente incluso al mismo concepto creado por la revolución francesa de 1789 y, por tanto, el caballo de batalla político del Partido Nacionalista Vasco al que él representaba, excluyendo de ese modo de la categoría de vascos a una parte importante de la población vasca que, a la altura de 1836, no tenía ninguna simpatía por dicho ordenamiento. Ni veía en él nada mejor de lo que podría ofrecer un gobierno constitucional de aplicación general en toda España.

Una clase de argumentos con poco fundamento en los hechos reales, esa exclusión de la categoría de vascos de aquellos que no simpatizaban con el ordenamiento foral hacia 1833. Como, de hecho, podía saber el mismo Manuel Irujo, que, en los inapreciables apéndices documentales de su obra, da una buena muestra de argumentos en contra de esa idea tan reduccionista de lo que supone la primera guerra carlista y los intereses que viene a defender la Legión Auxiliar Británica.

En efecto, revisando esos apéndices documentales de “Inglaterra y los vascos” se pude descubrir cómo los “tories” británicos son los únicos en sustentar el argumento, fuertemente teñido de Romanticismo –uno tal vez no libre de intereses políticos y conveniencias tan espurias como podrían serlo las del partido de Lord Palmerston–, de que los “vascos” –léase los que siguen las banderas carlistas– estaban defendiendo un antiguo sistema de libertades que podrían servir de espejo incluso al mismo Parlamento británico en el que se sostienen encendidos debates sobre sí enviar tropas británicas –voluntarias, irregulares o regulares– o prohibir absolutamente toda intervención de súbditos británicos en esa guerra.

...
en referencia al régimen liberal, que, en 1837, consideraba desfallecida y podría haberse eliminado, sin que siquiera el hecho hubiese llegado a oídos de los que el oficial carlista llama “sus cómplices de Francia é Inglaterra”. En esas páginas Madrazo dice que el Liberalismo español ha causado desprecio y descontento, tanto como para hacer deseable cualquier otro gobierno por defectuoso que fuera, uno que acabase con la que el militar carlista considera “hedionda” constitución de 1812 sucedida por la, para él, igualmente ridícula de 1837... Consúltese Clemente MADRAZO ESCALERA: *Un episodio de la guerra civil en el ejército de Carlos V*. Imprenta de Moessad y Jousset. París, 1840, pp. III-IV.

Los extractos del discurso de Lord Palmerston, pronunciado ante los Comunes el 19 de abril de 1837, y que la obra de Irujo publica junto a otra multitud de folletos y libros a favor y en contra de discursos como éste, son una prueba elocuente del revuelo que la Legión Auxiliar Británica levantará en la Gran Bretaña de esas fechas.

Según Lord Palmerston, que se ha atrevido a dar dos años antes, en 1835, el paso que en 1823 no se atrevería a dar su maestro Canning, la Legión está en España, ante todo, para evitar que se imponga en ese país un poder arbitrario. Un argumento al que llega después de muchos vericuetos discursivos en los que desmonta, detalladamente, las tesis de la oposición conservadora británica, ferozmente opuesta a la presencia de la Legión en España, argumento que defiende esa oposición señalando ideas que han hecho una extraordinaria fortuna en el imaginario político vasco hasta la actualidad. A saber: que Gran Bretaña, con su apoyo a los liberales españoles, está logrando arrasar hasta el cimiento las libertades seculares de los vascos⁹.

Algo que desmiente Palmerston con argumentos indudablemente pensados para la tribuna política pero que, desde luego, nos ayudan a tener una visión más exacta de la guerra en la que se va a involucrar la Legión Auxiliar Británica.

En efecto, el vizconde Palmerston señala, en ese mismo discurso, que es una falsa visión de esa realidad el decir que los vascos, en su conjunto, luchan por esas libertades. Y que, además, lo estén haciendo de manera voluntaria¹⁰.

Así indica que el pretendiente no es vasco, que los dirigentes y oficiales de ese ejército rebelde no son vascos y que gran parte de los vascos que luchan en él lo hacen por la amenaza de represalias sobre sus haciendas y familias que, desgraciadamente, han quedado en territorio controlado por las fuerzas de ese pretendiente al que no duda en llamar “hombre feroz”...¹¹.

De hecho, Irujo podría haber añadido a su apéndice documental otro discurso algo anterior del Lord que, en respuesta a Grove Price, dará en la Cámara de los Comunes el 10 de marzo de 1837, para demostrar la escasa fuerza que tiene el Carlismo. Como lo demuestra el nulo éxito de la expedición del general Gómez para extender la rebelión, la necesidad de que en España y Portugal se fortaleciera el Liberalismo como garantía de los intereses internacionales de Gran Bretaña, y, finalmente, el carácter auxiliar de las fuerzas británicas. Una sustanciosa información que, ya traducida, se

9. IRUJO OLLO: *Inglaterra y los vascos*, pp. 445-447.

10. IRUJO OLLO: *Inglaterra y los vascos*, pp. 446-447.

11. IRUJO OLLO: *Inglaterra y los vascos*, p. 446.

había publicado en el Boletín Oficial de Guipúzcoa del jueves 23 de marzo de 1837...¹².

Ciertamente no faltan testimonios de miembros de la Legión Británica, además, que demuestran que el Lord no estaba mal informado.

En efecto, el joven capitán Thompson, del que volveremos a hablar más adelante, señalaba que en cierta ocasión establecerán una pequeña tregua con las líneas carlistas que asedian San Sebastián y al acudir allí con varios Guardias Nacionales donostiarras, uno de estos liberales se asombrará al oír hablar en euskera a algunos de los soldados y oficiales carlistas que están emplazados tras esas líneas. De hecho, la respuesta de uno de esos oficiales es muy significativa: señalará al confundido guardia nacional que no debía extrañarse de oírles hablar euskera porque ellos, los carlistas que estaban allí, eran, en sus propias palabras, “de Guipúzcoa”¹³.

Aún así, no faltan, desde luego, quienes enmiendan la plana a Lord Palmerston por discursos así, como también recuerda oportunamente la documentación reunida por la obra de Manuel Irujo.

En efecto, en la edición que manejo, justo después de ese ponderado discurso, se da un extracto de una obra titulada “Un estudio histórico del Invariable carácter de la guerra en España”, obra publicada en Londres por John Murray en el año 1837, donde se asegura que lo que se dice a continuación es producto del debate parlamentario de 10 de marzo de ese año en el que, según todos los indicios, Lord Palmerston vino a decir lo mismo que diría en ese discurso del miércoles 19 de abril de 1837 del que nos acabamos de ocupar¹⁴.

La respuesta del panfletista antiliberal es, en cualquier caso, invariable. Así señala que el modo de pensar de Lord Palmerston es erróneo. Tanto como su desprecio a las antiguas leyes vascas que el autor de esta réplica al discurso antiforal y anticarlista de Lord Palmerston considera como leyes sabias, que se alzan como única garantía ante lo que ese panfleto califica como falsos liberales que quieren imponer ideas extranjeras ante sabias

12. AMSS E 5 III 2144, 3, Copia del Boletín Oficial de Guipúzcoa de 23 de marzo de 1837, pp. 2-3. Un interesante discurso en el que, por ejemplo, se compara negativamente al pretendiente carlista con Napoleón o se alude a la ayuda prestada a España durante la Guerra de Independencia, o las ventajas comerciales –muy discretamente minimizadas aquí por Palmerston– que está obteniendo ya Gran Bretaña por esta ayuda que el Lord compara con la dada a Bélgica para que en ella se asentase igualmente un gobierno liberal que, pese a levantar la bandera de la constitución de 1812 en el caso español, él considera moderado, popular, ilustrado y democrático por igual.

13. Consúltese Koldo Mitxelena Kulturunea (desde aquí KMKU) J. U. 3674 C. W. THOMPSON: *Twelve months in the British Legion*. John Macrone. London, 1836, p. 263.

14. IRUJO OLLO: *Inglaterra y los vascos*, p. 449.

leyes ancestrales pasadas de generación en generación, exaltadas incluso por oficiales que luchan contra el Carlismo –como Lacy Evans, jefe, además, de la Legión Auxiliar Británica– como ejemplo para el resto de España y por políticos poco sospechosos de reaccionarismo extremo, como John Quincy Adams –uno de los primeros presidentes de la república estadounidense– cuyas palabras de elogio hacia las leyes forales vizcaínas son citadas como ejemplo de lo equivocado que está el discurso del hombre, Lord Palmerston, que ha mandado a combatir las a otros diez mil hombres levados en las Islas Británicas¹⁵.

Un punto éste de la supervivencia de los Fueros en el que Palmerston transigirá, sin embargo, abiertamente, siempre y cuando no interfieran con el ordenamiento liberal español basado en la constitución del año 1837. Como bien recuerda, en definitiva, otra parte de la documentación reunida por Manuel Irujo en “Inglaterra y los vascos”, revisando documentos oficiales británicos en los que Gran Bretaña acepta el armisticio conocido como “Convenio de Vergara” en 1839, bajo las mismas condiciones que lo acepta la monarquía constitucional española¹⁶.

Cuestión ésta de las libertades ancestrales vascas que, como se deduce, de esa sabia evolución de las opiniones políticas del principal impulsor de la decisiva intervención británica en la primera guerra carlista, pesan menos que otros intereses a la hora de decidir al Gobierno británico a actuar, esta vez sí, decididamente en favor del bando liberal.

La lectura que hace uno de los principales especialistas españoles en la Legión Auxiliar Británica sobre las razones por las que ese cuerpo acaba interviniendo en la primera guerra carlista, son verdaderamente crudas y vienen a coincidir, desde un punto de vista académico y político más bien opuesto al de Manuel Irujo, con las tesis que el líder nacionalista exponía en “Inglaterra y los vascos”.

En efecto, la documentada obra de Gonzalo de Porras sobre estas cuestiones nos alerta que el complicado plan para traer varios miles de británicos a luchar del lado liberal en dicha guerra se paga, por parte de España, a un alto precio.

Concretamente el artículo 5º del convenio firmado por el representante español en Londres, Mendizabal, convertía a España en un mercado cautivo para las manufacturas de algodón británicas, obligando a ese país a comprar única y exclusivamente tejido de algodón británico. Por otra parte, el producto de las aduanas españolas sería fiscalizado por Gran Bretaña como

15. IRUJO OLLO: *Inglaterra y los vascos*, pp. 451-452.

16. IRUJO OLLO: *Inglaterra y los vascos*, p. 476.

garantía de que se cumplía el acuerdo y se pagaba el coste de esa ayuda militar¹⁷.

Sin embargo, se puede, incluso se debe, hacer una lectura aún más compleja de lo que supone la intervención británica que trae hasta nuestras latitudes vascas a la Legión Auxiliar Británica.

En efecto, España pagaba, porque así lo quería el influyente Mendizabal, un alto coste económico por esa ayuda, pero a Gran Bretaña ese cambio de actitud también le suponía unos determinados costes políticos que, si queremos, podemos considerar tan atroces como los económicos pudieron serlo para España.

Para empezar, Gran Bretaña se veía obligada a reconocer que su política exterior hacia España, desde 1815 en adelante, estaba equivocada y era preciso cambiarla de manera radical. Si se lee, sin prejuicios, sin anteojeras ideológicas y, sobre todo, sin complejos de inferioridad colectivos, la documentación relativa a las negociaciones de España en el Congreso de Viena con las restantes potencias vencedoras de Napoleón en 1814 y, sobre todo, en 1815, tras la debacle de la llamada “Campaña de Waterloo”, se descubre pronto que Gran Bretaña ha inaugurado en esos momentos la que será su actitud política y diplomática hacia España vigente, prácticamente, hasta la actualidad.

¿De qué se trata exactamente? Es, ante todo, un fenómeno poco estudiado o estudiado sólo de forma parcial. No en su conjunto.

Así tenemos estudios muy profundos de comienzos del siglo XX en los que podemos encontrar una descripción muy detallada de la relación diplomática de España con Gran Bretaña, cuando ambas naciones –en especial la primera de las dos– se están forjando como tales gracias a la guerra contra Napoleón¹⁸.

También contamos con otros estudios de marca británica un tanto sesgados sobre la actividad, la importancia y la presencia de España en ese

17. DE PORRAS Y RODRÍGUEZ DE LEÓN: *La Expedición Rodil y las legiones extranjeras en la 1ª Guerra Carlista*, pp. 116-117. Sobre esto véase también Carlos SANTACARA: *La primera guerra carlista vista por los británicos 1833-1840*. Machado Libros. Madrid, 2015, pp. 88-92, que examina los agrios debates en el Parlamento español sobre la conveniencia de que intervinieran los británicos. La contundente opinión de este autor es que Lord Palmerston “no quería ni oír hablar” de enviar tropas británicas regulares a combatir del lado de los liberales españoles.

18. KMKU 15026 Wenceslao RAMÍREZ DE VILLA-URRUTIA: *Relaciones entre España e Inglaterra durante la Guerra de Independencia: apuntes para la historia diplomática de España de 1808 a 1814*. Librería de F. Beltrán. Madrid, 1912. 2 Vols.

famoso congreso que reparte el panorama político, diplomático, militar y territorial tras al derrota de la Francia napoleónica.

Sería el caso del ensayo que dedica el diplomático británico Harold Nicolson a ese congreso, titulado precisamente “El congreso de Viena”¹⁹.

La realidad, considerada desde la documentación producida por España en ese congreso difiere considerablemente.

Hecha abstracción de que Labrador, el representante español en el Congreso de Viena, no era precisamente un Talleyrand (como no lo eran muchos de los diplomáticos presentes en el Congreso de Viena), queda claro en esos documentos que Gran Bretaña, o por cuenta propia, o dejando hacer a las grandes potencias absolutistas del centro y el Este europeo –Prusia, Rusia y Austria–, no tiene inconveniente en que España sea ninguneada en los acuerdos a adoptar durante el Congreso²⁰.

Bien sea en lo relativo a conjurar la amenaza napoleónica que resurge en los efímeros, pero intensos y electrizantes, “Cien Días” iniciados con el desembarco en Golfe-Juan en marzo de 1815, bien sea en los acuerdos que se iban a adoptar tras la derrota del emperador Napoleón después de 18 de junio de 1815.

Los ejemplos pueden multiplicarse. Es el caso, por ejemplo, de los escritos reunidos por Federico Schöell en el mismo año 1815 y publicados en España en 1816²¹.

Sin embargo, veinte años después, en 1835, la política exterior sostenida por Castlereagh, el mismo Castlereagh que se pasea torpemente por los salones del Congreso de Viena y que acaba su vida tristemente en el año 1822, dominado por una enfermedad mental que lo conduce al suicidio, el mismo Castlereagh que califica al documento por el que se establece la Santa Alianza como escrito “de misticismo y de tontería sublimes” pero ayuda a eliminar en 1823 el Liberalismo español, cambia radicalmente de opinión²².

19. Véase Harold NICOLSON: *El Congreso de Viena*. Sarpe. Madrid, 1985.

20. Una aproximación más ponderada y cercana a los parámetros exigibles en Historia, en María-Victoria LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO: “España en la Europa de la Restauración (1814-1834)”, en María-Victoria LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO (coord.): *La España de Fernando VII*. Volumen II. Tomo XXXII ** de la Historia de España Ramón Menéndez Pidal. Espasa-Calpe. Madrid, 2001, pp. 55-84.

21. KMKU 11076 Federico SCHÖELL: Documentos del Congreso de Viena en que tiene particular interés España, sacados de la colección publicada en París por el sr. Federico Schöell. Imprenta Real. Madrid, 1816.

22. Sobre estos devaneos, por así llamarlos, de la política exterior británica durante el punto álgido de la reacción absolutista, que podríamos considerar se manifiesta en la invasión

Especialistas en el estudio de la política exterior británica en este período como Muriel E. Chamberlain, recogen en las páginas de sus investigaciones sobre ese tema declaraciones como la de Lord Palmerston donde este longevo estadista británico –y principal impulsor, como vamos a ver, de la intervención británica en España a favor de los liberales– indicaba, en 1855, que durante los últimos treinta años –es decir, y para lo que a esta investigación interesa, entre 1815 y 1835– nada habría cambiado en la orientación de la política exterior británica²³.

Pero aun así a partir de 1835, con el propio Lord Palmerston al cargo de la cuestión de la política exterior británica en esa fecha, lo que ocurra en España es demasiado importante como para dejarlo en manos de un sátrapa con cierta tendencia a la violencia y la arbitrariedad, y más o menos incompetente, como Fernando VII. Tan importante, de hecho, como para que el país no se convierta en uno de esos oscuros pozos sin fondo, a nivel económico, político, etc., a los que suelen dar lugar los regímenes absolutistas que saltan por los aires apenas un siglo después, con la crisis de la Primera Guerra Mundial.

En efecto, la política exterior del malogrado Castlereagh, el mismo que no parece tener ningún interés en favorecer a España en el Congreso de Viena, que no parece querer ni siquiera oír hablar del papel fundamental desempeñado por España en la resistencia antinapoleónica de la que tantos réditos y prestigio saca Gran Bretaña entre 1808 y 1815 (aparte de evitar una invasión y ocupación napoleónica casi segura que se habría producido, como muy tarde, en 1809), se ha desvanecido sustituida por el nuevo punto de vista de Lord Palmerston. Ese mismo ministro británico que, pese a considerarse tan heredero de la política exterior de Pitt el joven como Castlereagh, implementará, en efecto, en 1835, lo indecible, lo imposible, para conseguir que haya una intervención británica a favor de los liberales espa-

...

de Angulema, hay un interesante relato en la biografía de Álvaro de Iranzo sobre el político que en esas fechas representa a San Sebastián en las Cortes liberales de Madrid. Véase Álvaro DE IRANZO COMAS: *Joaquín María de Ferrer y Cafranga. Un liberal vasco en la España del siglo XIX. Editor en París. Sílex. Madrid, 2015, pp. 245-252.*

Otra interesante fuente de la época, que presta especial atención a la actitud de Castlereagh, en François René DE CHATEAUBRIAND: *Congreso de Verona, Guerra de España, Negociaciones, Colonias Españolas*. Machado Libros. Madrid, 2011.

Sobre la política exterior española en esa época del Trienio que desemboca en la invasión, véase LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO: “España en la Europa de la Restauración (1814-1834)”, en LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO (coord.): *La España de Fernando VII*. Volumen II, pp. 85-118.

23. Muriel E. CHAMBERLAIN: *Pax Britannica: british Foreign Policy 1789-1914*. Routledge. New York, 1999, p. 12.

ñoles. Si no una abierta, sí al menos una encubierta, simulada como un alistamiento más o menos mercenario y/o personal en esas filas. En este caso permitiendo que se forme una Legión Auxiliar Británica que apoye la consolidación de una monarquía constitucional española²⁴.

¿Qué ha cambiado? Es obvio. Tan obvio que no parece ser materia digna de estudio, ni siquiera de reflexión de alto vuelo, lo bastante como para convertirla en tópico recurrente en casi todos los estudios históricos sobre esa época.

Evidentemente la Gran Bretaña doblemente victoriosa del verano de 1815, la que recaba para sí todo el prestigio, todos los laureles conquistados sobre los campos de batalla de la península entre 1808 y 1813, durante la invasión conjunta hispano-anglo-portuguesa de Francia en 1813-1814 y, finalmente, en la gran batalla final contra Napoleón en Waterloo, se ve, cada día con más certeza, confrontándose, a la altura de 1825, con un bloque de naciones absolutistas en el continente europeo que, obviamente, pueden acabar considerando a Gran Bretaña –monarquía constitucional desde 1689– como un funesto ejemplo. Un ejemplo, de hecho, a eliminar. Cosa bastante fácil cuando toda Europa, desde Lisboa hasta Moscú, está unida por la misma ideología absolutista liderada por la llamada Santa Alianza que reúne a tres naciones atrasadas en su desarrollo político, pero muy potentes en el terreno militar, como son Austria, Prusia y, sobre todo, Rusia²⁵.

En definitiva, al filo de 1835 Gran Bretaña, o al menos una parte sustancial de la élite que gobierna ese país, se da cuenta de que su apuesta, en 1815 y en 1823, de dejar hacer a esas potencias absolutistas en el continente ha llevado a la consolidación de regímenes cada vez más, valga la redundancia, absolutistas –esto es: más fieles a las directrices de la Santa Alianza– en Portugal y, por supuesto, en España, tras la invasión de los llamados “cien mil hijos de San Luis”.

Algo que, por supuesto, no conviene a una pequeña nación insular cada vez más y más aislada de un continente europeo que ha quedado bajo régimen absolutista prácticamente en su totalidad. Uno que, lógicamente, no puede ver con buenos ojos esa frágil excepción, al alcance de una poderosa flota combinada, de un masivo ejército integrado por todas o la mayoría de las naciones europeas que, bajo regímenes progresivamente más absolutis-

24. Sobre esas afinidades con la política de Pitt el joven reclamadas tanto por Canning, como por Castlereagh o Palmerston, véase CHAMBERLAIN: *Pax Britannica: british Foreign Policy 1789-1914*, p. 12.

25. Alfonso Bullón de Mendoza ya da cumplida cuenta en su gigantesca Historia de la primera guerra carlista de que el objetivo principal de Gran Bretaña y, en especial, de Lord Palmerston al intervenir era extender el Liberalismo en Europa continental. Véase BULLÓN DE MENDOZA: *La Primera Guerra Carlista*, p. 419.

tas, sólo pueden ver a Gran Bretaña como una especie de Napoleón constitucional. En fin, como un mal ejemplo a destruir, como una anomalía a extinguir.

Tal y como señala Moisés Enrique Rodríguez, era sólo cuestión de tiempo que esa alianza de 1815, en la que se ve tan buena disposición entre los disparejos vencedores de Napoleón, acabara rompiéndose por ese eslabón. Es decir, el de esa Gran Bretaña que se ve aislada frente a un continente donde ha permitido, por distintas razones, proliferar al Absolutismo en detrimento de las monarquías constitucionales²⁶.

La documentación de la época lo expresa de forma más o menos clara. Si volvemos a la biografía de Juan Van Halen compuesta por Baroja descubrimos allí, por ejemplo, en la carta que Luis Fernández de Córdoba le dirige en 1835 para que se una al Ejército liberal en España, palabras reveladoras acerca de lo que ese alto oficial isabelino piensa sobre la guerra que se lucha en esos momentos en España.

Dice así a Van Halen que él, Fernández de Córdoba, trataba de unir, en el Ejército que Mendizábal había puesto en sus manos, los talentos y buena disposición de todos los que se consagraban a luchar por la “causa europea” a la que la desventurada España servía de teatro de operaciones...²⁷.

La solución a esa difícil –para Gran Bretaña– ecuación política pasa, evidentemente, por la formación de un bloque de naciones con régimen de monarquía constitucional que actúe, en primer lugar, como elemento de división dentro del continente europeo entre absolutistas y liberales y así como una especie de glacis defensivo de Gran Bretaña del mismo modo, más o menos, en el que la URSS utilizará a Alemania Oriental, Polonia, Hungría, Checoslovaquia... desde el comienzo de la Guerra Fría en 1947 frente a las potencias lideradas por Estados Unidos en el continente europeo...

Es ahí, en ese específico panorama político, donde entra el triunfo del partido de Palmerston, decididamente favorable a enviar tropas a apoyar a la monarquía constitucional española.

Independientemente de la ganancia económica que iba a producir a los negociantes británicos –que también la hay, y mucha, y fue nada despreciable ni moderada, como nos enseña el estudio ya citado de Gonzalo de Porras–, la consolidación en España de un régimen liberal será la prin-

26. Véase RODRÍGUEZ: *Under the flags of Freedom. British mercenaries in the war of the two brothers, the first carlist war, and the greek war of independence (1821-1840)*, pp. 227-245.

27. Véase BAROJA: *Juan Van Halen, el oficial aventurero*, p. 347.

cipal razón política que impulsa la creación de la Legión Auxiliar Británica y su envío para desequilibrar la balanza de la guerra entre carlistas y liberales, entre reaccionarios y revolucionarios, a favor del partido isabelino y constitucional.

Los sucesos que se dan en los momentos en los que se recibe a la Legión Británica a su llegada a San Sebastián son muy elocuentes a ese respecto.

Edward Brett, en su altamente detallado trabajo sobre esa unidad, nos dice que hubo un banquete en el que estuvieron presentes las fuerzas militares y civiles de la ciudad asediada y en la que se lanzaron toda clase de brindis para celebrar a las Marinas aliadas, a las tropas, a la reina y la reina gobernadora e incluso a las bellezas de ojos negros de España, como pidió algún entusiasta, tal vez ayudado por el alcohol vertido²⁸.

Sin embargo, como bien recuerda Brett, también se brindó por la Cuádruple Alianza y sus otros reyes –el británico, el francés, la reina de Portugal–, y, ese es un detalle verdaderamente revelador, por “*las Naciones Constitucionales de la Europa Occidental*”, por la “*destrucción de la Facción Liberticida*” y por el “*progreso de la libertad y la civilización en todo el mundo*”²⁹.

¿Qué clase de sacrificios estaba dispuesta a hacer Gran Bretaña en tal caso?

Para los contemporáneos de figuras como Castlereagh, Canning o Palmerston, los hombres que tienen en sus manos la política exterior de Gran Bretaña en momentos tan delicados y tan importantes para España como 1815, 1822 o 1835, es claro el cambio de actitud que se opera en la potencia insular tras la trágica muerte de Castlereagh.

Edward Brett, en su calidad de uno de los principales especialistas en la Legión Auxiliar Británica, nos resume, en pocas palabras, el polémico nacimiento de ese cuerpo en la Gran Bretaña de 1835.

28. Véase Edward BRETT: *The British Auxiliary Legion in the First Carlist War (1835-1838)*. Four Courts Press. Dublin, 2005, pp. 49-50. Brett, tal y como recuerda Moisés Enrique Rodríguez, es descendiente de uno de los voluntarios de la Legión Británica. En opinión de Enrique Rodríguez sería el único historiador contemporáneo que habría dedicado un estudio a ese tema. Véase RODRÍGUEZ: *Under the flags of Freedom. British mercenaries in the war of the two brothers, the first carlist war, and the greek war of independence (1821-1840)*, p. 457. En realidad habría algunas más, aún sólo considerando la presencia de esa unidad en el País Vasco, si consideramos obras como las de Alfonso Bullón de Mendoza, Gonzalo de Porras –ya citada–... Véase Mariano GONZÁLEZ-ARNAO CONDE-LUQUE: “La Legión Británica en la primera guerra carlista”. *Historia* 16, nº 101, 1984, pp. 25-32.

29. BRETT: *The British Auxiliary Legion in the First Carlist War (1835-1838)*, p. 50.

En su opinión, tanto el embajador español en esos momentos en Londres, el general Álava –descrito por Brett como un devoto de la causa de la reina gobernadora y de Isabel II y fiero oponente al Carlismo– y Lord Palmerston pueden repartirse, por igual, los honores de haber dado nacimiento a la Legión Auxiliar Británica³⁰.

Desde ese momento, tanto uno como otro, consiguen que se abra un áspero debate que Brett recoge fundamentalmente a partir de la prensa pero que, como él mismo nos indica, se traspasa a ambas cámaras del Parlamento británico, donde se prolongará durante muchos años³¹.

Es de esa cargada atmósfera política de la que salen interesantes obras como el pequeño, pero sustancioso, folleto firmado por el capitán Martin.

En efecto, este ardido militar británico, presente en el frente vasco con los demás efectivos de la Legión, comienza su vindicativo relato diciéndonos que la Legión, inesperadamente, para muchos, disuelta en 1838, había sido durante los dos años anteriores un tema de conversación habitual en sociedad así como entre políticos de cualquier partido³².

De hecho, sigue diciéndonos Martin, en la Cámara de los Comunes del Parlamento británico ha sido objeto de muchas discusiones –bastante poco amables– que han girado sobre la inutilidad –o utilidad– de enviar una fuerza británica a interferir en las disensiones civiles de la que el capitán Martin describe como infeliz y mal dirigida España³³.

Pero ese proceso sólo estaba eclosionando en 1835, como podemos deducir de lo que dicen, en distintas épocas, obras como las de Brett y Martin.

30. BRETT: *The British Auxiliary Legion in the First Carlist War (1835-1838)*, pp. 25-26. Se trata de un aspecto de la vida del general Álava muy poco conocido. Dada la vastedad de acontecimientos en los que el general se ve involucrado no es extraño. Su biografía más extensa y exhaustiva hasta la fecha lo demuestra, deteniéndose tras más de 500 páginas de un total de 600 en los acontecimientos de 1815 –su participación en la batalla de Waterloo en un puesto preeminente junto a su viejo amigo Wellington y sus posteriores exitosas gestiones diplomáticas– debiendo resumirse todo lo que llevó a cabo desde esa fecha hasta la, curiosamente emblemática, de su muerte en 14 de julio de 1843. Ese resumen incluye, por supuesto, sus gestiones para traer a España a la Legión Auxiliar Británica. Véase Gonzalo SERRATS URRECHA: *El general Álava y Wellington, de Trafalgar a Waterloo*. Foro para el estudio de la Historia Militar de España. Navarra, 2015, p. 540.

31. BRETT: *The British Auxiliary Legion in the First Carlist War (1835-1838)*, p. 26.

32. KMKU 11827 Captain MARTIN: *The dissolution of the British Legion of Spain and the manly spirited conduct of general O'Connell on the occasion*. Effingham Wilson. London, 1838, p. 3.

33. KMKU 11827 MARTIN: *The dissolution of the British Legion of Spain and the manly spirited conduct of general O'Connell on the occasion*, p. 3.

El cambio de actitud que aún se discute en 1835 y en 1838, e incluso en años posteriores, había empezado mucho tiempo atrás.

Podemos percibir esa impresión, por ejemplo, en obras como la firmada en 1828 por alguien que dice ser el autor de otra obra sobre los hechos que han constituido la que él llama “revolución española” (obviamente lo que ahora conocemos como “Trienio Liberal”, el régimen de monarquía constitucional impuesto por la revolución de Riego en 1820 y aniquilado por la invasión francesa de 1823).

Ese, en principio, anónimo autor dice en la obra en dos volúmenes dedicados al tiempo como ministro de Exteriores británico de Canning, que en fechas tan delicadas como 1822, cuando la España constitucional está extendiendo su mal ejemplo –malo, naturalmente, en opinión de las monarquías absolutistas europeas– al resto del continente, ese ministro británico, Canning, es muy consciente de que dichas monarquías absolutas europeas preparan lo que este autor llama, literalmente, en sus propias palabras, una “*vasta conspiración concebida desde hace largo tiempo por ellas (se refiere a las monarquías absolutas) para atacar, modificar y destruir, con la ayuda de la intriga, de la corrupción, y, si era preciso, con la ayuda de armas más eficaces y más activas, la libertad británica sobre el suelo mismo de Inglaterra*”³⁴.

De hecho, el autor de esta obra sobre el ministerio Canning opina que el suicidio de Castlereagh, en ese año de 1822, tiene que ver con la incapacidad del malogrado ministro para poder explicar de manera coherente, ante las Cámaras parlamentarias británicas, cómo se ha dilapidado el poder puesto en sus manos para conseguir defender a Gran Bretaña y sus libertades³⁵.

Justo lo contrario opinarán otros británicos. Basta con leer el artículo titulado “Events in Spain, military and political, from the year 1813 till the year 1823”, firmado sólo con la inicial “U.” y en el que se hace todo un panegírico del bando reaccionario español, describiendo a los liberales españoles con las más negras tintas, disculpando la actitud de Canning por medio de la carta que Chateaubriand le dirige el 23 de febrero anterior a la intervención francesa del Ejército del duque de Angulema, señalando que se teme incluso la invasión de Francia por un disidente francés que, en Zara-

34. KMKU 64401 Histoire du ministère de G. Canning. Moutardier. Paris, 1828, vol. 1, pp. 10-11. A ese respecto resulta de interés cotejar esas opiniones con las del vizconde de Chateaubriand, que pasa por ser, en opinión de otros, el principal impulsor de la represalia militar contra la España liberal de 1823. Véase DE CHATEAUBRIAND: *Congreso de Verona, Guerra de España, Negociaciones, Colonias Españolas*.

35. KMKU 64401 Histoire du ministère de G. Canning. Moutardier. Paris, 1828, vol. 1, p. 11.

goza, se autotitula presidente del Imperio francés y similares amenazas para el resto de la Europa post Congreso de Viena...³⁶.

Una incomoda situación de la que Canning desea sacar a su país, llevándolo a buscar su futuro fuera de la política que el anónimo autor de esta obra califica como una de servidumbre vergonzosa a todas las exigencias de la llamada Alianza del Norte³⁷.

Eso, sin embargo, ¿significaba que Canning, o sus herederos políticos, hubieran estado de acuerdo, en 1835, con enviar ayuda a España para evitar, precisamente, la formación de esa que parece una vasta, y siniestra –para Gran Bretaña– conspiración en su contra de la Europa continental prácticamente absolutista en su totalidad?

¿Por ejemplo un cuerpo militar muy parecido al que en 1823 se intentó organizar para ser desembarcado en La Coruña y constituir allí un núcleo de resistencia liberal similar al que se organizó en Cádiz en 1810?

De hecho, ese proyecto, diseñado por uno de los líderes radicales de Gran Bretaña, *sir* Robert Wilson, era casi idéntico al que en 1835 tomará cuerpo de realidad. Se trataba de diez mil británicos que, reclutados en las Islas, serían armados y pertrechados allí y enviados a luchar a las órdenes de las entusiastas autoridades liberales que resisten en La Coruña el avance de los ejércitos absolutistas comandados por el duque de Angulema, si bien reservando un puesto de honor al que esas autoridades liberales gallegas llaman “Roberto Wilson”; a cuyo apellido incluso convierten en parte del grito de guerra que deberían lanzar esas tropas que, en 1823 al menos, no pasaron de ser un proyecto sobre el papel y poco más de 500 fusiles y cartucheras recolectados por los británicos partidarios de los liberales españoles, en esa fecha demasiado débiles, alejados de todo poder político como para hacer otra cosa que esos gestos poco más que testimoniales...³⁸.

Resulta difícil de creer que, tanto en 1822 como en 1835, hubiera sido fácil organizar un cuerpo así si consideramos lo que nos dicen las últimas investigaciones sobre el fin del sistema del llamado Trienio Liberal en España acerca de la actitud de Canning en esos momentos, en los que los

36. Consúltese Zumalakarregi Museoa-Museo Zumalakarregi (desde aquí ZM-MZ) R. 873 B 4 VV.AA.: *The United Service Journal and Naval and Military Magazine*. Henry Colburn. London, 1837. Part II, pp. 309-322. Probablemente se trata de Cugnet de Montarlot. Véase Pío BAROJA: *Siluetas románticas*. Espasa-Calpe. Madrid, 1934, pp. 108-109.

37. KMKU 64401 Histoire du ministère de G. Canning. Moutardier. Paris, 1828, vol. 1, p. 14.

38. Sobre esta curiosa faceta de la guerra de 1823, véase Pedro J. RAMÍREZ: *La desventura de la Libertad*. La esfera de los libros. Madrid, 2014, pp. 404-415. Las tropas liberales gallegas deberían cargar gritando “Constitución, libertad y Wilson”, según el Jefe Político de La Coruña Manuel García Barros.

miembros más radicales de la nobleza y el Ejército británico se desbordan por su izquierda para acudir a España a hacer justo la labor contraria a la del duque de Angulema y sus “cien mil hijos de San Luis”.

En esas fechas, en 1822 y 1823, Canning actúa con una calculada ambigüedad, situándose en un punto medio, equidistante entre los reaccionarios y los liberales, negándose a intervenir en España a favor de la causa liberal, a pesar de que manifiesta públicamente simpatías por la misma, pero mostrándose reacio a ir más allá, a comprometerse de manera eficaz frente a las presiones de la Francia de Luis XVIII y de cortes europeas aún más absolutistas, poniendo como único límite a la paciencia y neutralidad británica la posibilidad de que Francia quisiera asentarse militarmente –de un modo sospechosamente prolongado– en España tras el fin del supuesto cautiverio de Fernando VII en manos de sus propias Cortes³⁹.

Si hubiésemos preguntado a Lord Palmerston en 1835 sobre la posibilidad de que Gran Bretaña fuera más allá a favor de la causa liberal española de ese débil gesto de 1822, la respuesta, probablemente, hubiera sido un rotundo y áspero “no” por parte de alguien que se había ganado el apodo de “Lord Piedrapómez” precisamente por la rudeza de sus maneras. Sobre todo cuando se trataba de asuntos delicados para esa Gran Bretaña a cuyo servicio estuvo tanto tiempo⁴⁰.

En 1835, en efecto, pese a todos los vaivenes que ha sufrido la política exterior de Gran Bretaña desde 1815, y desde 1822 hasta 1827 (fecha de la muerte de Canning), hay todavía entre las élites que la gobiernan, dudas sobre la conveniencia de fomentar en la Europa del Sur una consolidación de regímenes de monarquía constitucional.

Hay muchas páginas de libros de Historia escritas sobre esto, pero no pueden ser tan elocuentes como citas directas de debates parlamentarios británicos de la época en la que se constituye un cuerpo militar de Historia tan tormentosa como la Legión Auxiliar Británica que, finalmente, será la forma elegida por Palmerston para ayudar, militarmente y del modo más eficaz posible, a la España liberal en su lucha contra la reacción carlista.

Basta, para confirmar esto, que consideremos sólo un botón de muestra obtenido de un documento impreso y, aún así, poco conocido en la biblio-

39. RAMÍREZ: *La desventura de la Libertad*, pp. 204-212.

40. El juego de palabras que da lugar a ese apodo es, naturalmente, intraducible. En inglés “Lord Piedrapómez” es “Lord Pumicestone” que, evidentemente, recuerda mucho a “Lord Palmerston”. No así en el caso de la traducción española de esta pequeña “boutade” a costa de las asperezas del carácter de Lord Palmerston. Sobre ese apodo, revelador del carácter que le lleva a apoyar la ayuda británica a los liberales españoles, véase BRETT: *The British Auxiliary Legion in the First Carlist War (1835-1838)*, p. 25.

grafía existente sobre la Legión Auxiliar Británica, pero que nos puede ayudar a comprender mejor la lucha –en cierto modo gigantesca, incluso titánica– que se está librando en las alturas de la Política británica que está en la antesala de convertirse, en esas fechas y hasta, más o menos, el año 1900, en la principal potencia mundial.

Ese fragmento de debate parlamentario fue incluido en el pequeño panfleto impreso en el año 1838 en Londres por el capitán Martin, al que ya hemos aludido, barrocamente titulado, como solía ser habitual en este tipo de publicaciones, como “The dissolution of the British Legion of Spain and the manly spirited conduct of general O’Connell on the occasion”. Una información, por cierto, contrastada con la de su predecesor, el coronel Evans, miembro del Parlamento por el distrito de Westminster, veterano de las campañas peninsulares y de Waterloo y comandante en jefe de la Legión Británica⁴¹.

El capitán Martin que, a su vez, había sido nada menos que parte del Estado Mayor del general mexicano Santa Anna –en efecto, el celebre sitiador de El Álamo– y era el redactor de ese incendiario panfleto reclamando por todo lo debido a los miembros de la Legión Auxiliar que habían vuelto de Gran Bretaña y aún esperaban sus salarios y pensiones, reproducía en las páginas 8 y 9 de su escrito una alocución de *sir* Henry Hardinge en la Cámara de los Comunes, al filo de ese año 1838 en el que se publicaba esta obra.

El honorable Hardinge decía que no quería entrar a discutir sobre la naturaleza militar de las operaciones en la que llama “batalla de Hernani”, el plan de campaña, las maniobras sobre el campo, el abandono de la venta de Oriamendi o impugnar la capacidad militar del general Lacy Evans, al frente de la Legión Británica, pues, al fin y al cabo, actúa en calidad de oficial español y Hardinge no consideraba que fuera cuestión de la Cámara de los Comunes tratar de si había mandado mal o bien esas tropas y que, en cual-

41. La biografía de Lacy Evans es ciertamente agitada, habiendo combatido en casi todos los frentes de las guerras napoleónicas, desde los Estados Unidos, donde será uno de los responsables de la quema del Capitolio en represalia por la invasión y destrucción de Montreal por parte de los yankees, hasta el escenario peninsular un año después, acabando la guerra en Francia en 1814, con el resto del Ejército hispano-anglo-portugués. Un buen resumen de esa biografía tan viajada en DE PORRAS Y RODRÍGUEZ DE LEÓN: *La Expedición Rodil y las legiones extranjeras en la 1ª Guerra Carlista*, pp. 123-124.

Para sus andanzas locales en San Sebastián, véase Javier M^a SADA: *Historia de la ciudad de San Sebastián a través de sus personajes*. Alberdania. Irun, 2002, p. 236.

También resulta de interés para conocer el ambiente político en Gran Bretaña respecto a esta intervención en España, Rafael CEJUDO CÓRDOBA: “ ‘The spanish question’ . La doctrina de J.S. Mill sobre la intervención en conflictos armados en el exterior (1)”. *Revista de Estudios Políticos* (nueva época), n^o 155, enero-marzo 2012, pp. 13-39.

quier caso, era difícil que alguien le negase el haber cumplido valerosamente con su deber. No, *sir* Henry decía que tan sólo quería ceñirse a las cuestiones políticas, a la actitud del Gobierno y más especialmente con el honorable representante que tenía ante él en esos momentos en dicha Cámara de los Comunes...⁴².

Ese cortés comienzo, sin embargo, pronto derivaba a una áspera requisitoria en la cual Hardinge reprochaba al gobierno del que formaba parte Palmerston que, con la Legión Británica, sólo se había exacerbado, por ese medio, todas las envidias y malas pasiones de los españoles, consiguiendo, a través de calculadas medidas, destruir la mutua consideración que, según él, Hardinge, existía entre las naciones de Gran Bretaña y España. Y aún peor: privar así a Gran Bretaña de su papel de mediadora, poniéndose a favor de uno de los dos partidos que combaten en España, impidiendo de ese modo acabar con un conflicto que *sir* Henry consideraba cruelmente inhumano y “*peligroso para la paz en Europa*”...⁴³.

Todo ello, además, había conducido a formar un cuerpo como la Legión que, tal y como habría demostrado él, es decir Hardinge, era una unidad militar sin disciplina, con tendencia a amotinarse, que sólo había traído de vuelta a Gran Bretaña a desdichados que esperaban algún remedio para sus males, estando como estaban expuestos a la más cruel necesidad, aún y todo afortunados comparados con los que habían muerto casi completamente abandonados en hospitales extranjeros⁴⁴.

En resumen, *sir* Henry Hardinge pintaba en esos momentos un cuadro desastroso dominado por la presencia de una Legión Británica que, en definitiva, se había convertido en un cuerpo sin disciplina, con oficiales sin autoridad llevando a un estado de cosas que este descontento parlamentario resumía con dos significativas e ilustrativas palabras acerca de lo que pensaba, todavía en 1838, parte de la élite política británica sobre enviar ayuda militar a España para consolidar en esa nación un régimen de monarquía parlamentaria: “*desastre y derrota*”⁴⁵.

Es más, *sir* Henry Hardinge cerraba su discurso hablando en calidad de oficial militar con muchos años de servicio en activo y en situaciones de combate, señalando que lo ocurrido con la Legión Británica estaba más allá

42. KMKU 11827 MARTIN: *The dissolution of the British Legion of Spain and the manly spirited conduct of general O'Connell on the occasion*, p. 8.

43. KMKU 11827 MARTIN: *The dissolution of the British Legion of Spain and the manly spirited conduct of general O'Connell on the occasion*, p. 8.

44. KMKU 11827 MARTIN: *The dissolution of the British Legion of Spain and the manly spirited conduct of general O'Connell on the occasion*, p. 8.

45. KMKU 11827 MARTIN: *The dissolution of the British Legion of Spain and the manly spirited conduct of general O'Connell on the occasion*, p. 8. La cursiva es mía.

de cualquier clase de horrores que hubiera podido ver antes en el campo de batalla...⁴⁶.

El capitán Martin, que había recogido en su folleto el testimonio de Hardinge, de hecho, era muy claro también a ese respecto, señalando en el encabezamiento de su breve pero, como vemos, sustancioso panfleto, que el principal motivo que le había impulsado a redactarlo, recopilando textos tan elocuentes como los de Hardinge, era revindicar y defender los intereses de los pobres supervivientes de la Legión Auxiliar Británica. Y principalmente de los soldados, suboficiales, viudas y huérfanos de ese cuerpo⁴⁷.

Algo que, aseguraba, hacía sólo motivado por sentimientos de justicia, humanidad y moralidad –en ese mismo orden– y desde una posición totalmente independiente en lo político, sin adherirse a un partido o a otro, basándose únicamente en la verdad a partir de su propia experiencia y guiándose por sus sentimientos británicos de intenso amor hacia su país, su reina y la Constitución de la Iglesia y el Estado de dicho reino⁴⁸.

Tras eso Martin sólo podía añadir muchos otros detalles a lo que ya se insinuaba en el discurso de Hardinge y esa, precisamente, era la materia que predomina en el resto del folleto donde se habla de una Legión Auxiliar Británica alojada, por ejemplo, en lugares realmente inapropiados. Era el caso de conventos de Vitoria como el de Santo Domingo, donde son hacinados y, además, en estancias donde se acumulan peligrosas miasmas debidas a entierros recientes. Una situación por la que no se permite que pasen ni los soldados españoles ni los de la Legión Francesa, bien alojados en casas de vecinos de la capital alavesa...⁴⁹.

Desde el punto de vista opuesto, el propio Lacy Evans escribirá también una justificación de sus actos en España, como jefe de la Legión Británica, que comienza con una transparente apelación a los electores de Westminster, señalando que allí, en lo que ahora conocemos como “Primera Guerra Carlista”, se lucha para que una de las más considerables naciones de

46. KMKU 11827 MARTIN: *The dissolution of the British Legion of Spain and the manly spirited conduct of general O'Connell on the occasion*, pp. 8-9.

47. KMKU 11827 MARTIN: *The dissolution of the British Legion of Spain and the manly spirited conduct of general O'Connell on the occasion*, p. 3.

48. KMKU 11827 MARTIN: *The dissolution of the British Legion of Spain and the manly spirited conduct of general O'Connell on the occasion*, p. 3.

49. KMKU 11827 MARTIN: *The dissolution of the British Legion of Spain and the manly spirited conduct of general O'Connell on the occasion*, p. 5. Sobre las condiciones que deben soportar los soldados de la Legión Auxiliar Británica en Vitoria da numerosos detalles Edward Brett basados en la obra de Alexander Somerville –escocés enrolado en la Legión– de la que hablaremos más adelante. Véase BRETT: *The British Auxiliary Legion in the First Carlist War (1835-1838)*, pp. 57-73.

la Europa continental (es decir, España) recupere, bajo su soberano constitucional, viejos y queridos derechos. Causa con la que deberían simpatizar todos los amigos de las libertades civiles y religiosas y del progreso⁵⁰.

Esto es lo que Lacy Evans viene a decir en este prolijo documento a los ciudadanos con derecho a voto en el distrito que lo había hecho, varias veces, miembro de ese Parlamento donde se discute tan acerbamente sobre la conveniencia de enviar a la Legión Británica a inclinar la balanza de la guerra en favor del bando liberal español.

Y sin embargo, pese a la oposición, como acabamos de ver, evidente de los conservadores y otros miembros de la Cámara de los Comunes británica que también menciona el capitán Martin, la Legión Británica fue finalmente reclutada y marchó a España y allí vivió terribles experiencias que dejaron esos desamparados, mutilados, viudas y huérfanos en cuyo nombre dice querer hablar el capitán Martin⁵¹.

Así, para comienzos del verano de 1835, la ciudad de San Sebastián, sin ir más lejos, ya sabía que llegarían tropas británicas en auxilio de la causa que ella había defendido desde 1833.

En efecto, entre los documentos de su archivo hay una comunicación autógrafa del general Miguel Ricardo de Álava, ya anteriormente mencionado, en la que, con fecha de 1 de julio de 1835, este militar de gran experiencia en todas las guerras que han estremecido a Europa desde el inicio de la llamada “Era de las revoluciones”, presente en un puesto de mando en la batalla de Trafalgar en 1805 y diez años después en el Estado Mayor de Lord Wellington en Waterloo, envía una detallada nota al Ayuntamiento de San Sebastián desde la “Delegación de Su Majestad Católica en Londres” –vale decir tanto como “embajada española en Londres”– donde les pone al tanto de las medidas que se están tomando para traer tropas británicas, o, al menos, reclutadas entre británicos, a la guerra que arde en las cercanías de San Sebastián, estrechando sobre ella un peligroso cerco⁵².

El general Álava quería informar así a las autoridades civiles de esa ciudad, tan ligada a él por motivos familiares, que había dado ya aviso al gobernador militar de la misma de que el primer batallón de tropas británicas levadas allí –bajo mando del mayor Kirby– había salido para San Sebastián y que en breve lo haría el segundo, sumando, entre los dos, mil hombres⁵³.

50. ZM-MZ R. 2431 B4 Sir DE LACY EVANS: *Memoranda of the contest in Spain, January 1840*. James Ridgway. London, 1840, pp. III-IV.

51. KMKU 11827 MARTIN: *The dissolution of the British Legion of Spain and the manly spirited conduct of general O'Connell on the occasion*, pp. 6-7.

52. AMSS E 5 III 2133, 6, carta de 1 de julio de 1835.

53. AMSS E 5 III 2133, 6, carta de 1 de julio de 1835.

A esa, sin duda, tranquilizadora información para una ciudad asediada como aquella, Álava añadía –después de pedir que nada faltase a esos hombres que iban para San Sebastián– lo que podríamos considerar un breve, pero claro, resumen, de en qué iba a consistir aquella Legión Británica⁵⁴.

Así Álava señala que es “Notorio” que los que llama “gobiernos aliados” han negado el envío de tropas por considerar que la situación que se vive en España no entra dentro del “*casus foederis*” que permitiría hacer tal clase de intervención, pero que han admitido las que el general llama “medidas supletorias”. Lo que en Inglaterra se traduce en levantar un cuerpo de 10.000 hombres que, en esos momentos en los que él escribía, se estaba reclutando por parte de los oficiales destinados a él, que recorrían Irlanda “y los condados Yngleses” a la búsqueda de candidatos para entrar en esas unidades⁵⁵.

Álava no se guardaba nada a la hora de describir la posible efectividad de esas tropas. Así señalará que los dos batallones que ya iban de camino para allí, reclutados ambos en Londres, “no son quizás de la gente mas brillante”, pero aún y todo le constaba que se estaba consiguiendo atraer a aquel servicio a “una buena parte de soldados cumplidos y licenciados de los Cuerpos de la Real Guardia”...⁵⁶.

Añadiendo detalle a detalle sobre en qué consistía realmente esa Legión Británica aún en formación, como se deduce claramente de la carta del general Álava, éste señala que la ley inglesa no permitía que se formase cuerpo alguno en su territorio que no estuviese al servicio de esa corona. De ahí que las tropas sólo se entrenarían y formarían una vez que llegasen a la plaza de San Sebastián, lejos ya de toda jurisdicción británica. Hecho esto se les remitiría a Santander o dónde quiera que fuera el grueso de la tropa aún por remitir desde las Islas Británicas⁵⁷.

Por lo demás la carta de Álava señalaba a la ciudad la importancia que tendría para la causa liberal –y para toda Europa– la presencia en la Península de hombres de uniforme encarnado que actuaban con el beneplácito de su gobierno. Era preciso, decía, aprovechar ese impacto antes de que hubiera un cambio de estado de opinión y asimismo las dificultadas en las que la muerte de Zumalacárregui debía haber puesto al Pretendiente carlista⁵⁸.

54. AMSS E 5 III 2133, 6, carta de 1 de julio de 1835.

55. AMSS E 5 III 2133, 6, carta de 1 de julio de 1835. El subrayado es de Álava.

56. AMSS E 5 III 2133, 6, carta de 1 de julio de 1835.

57. AMSS E 5 III 2133, 6, carta de 1 de julio de 1835.

58. AMSS E 5 III 2133, 6, carta de 1 de julio de 1835. Sobre esto son de interés las notas de SANTACARA: *La primera guerra carlista vista por los británicos 1833-1840*, pp. 100-192, que recogen el impacto que causa esa muerte a nivel internacional y, por supuesto, en Gran Bretaña.

La carta se cerraba señalando a la ciudad la gran calidad de los oficiales que mandaban a las tropas, que, así las cosas, las mantendrían bajo estricta disciplina y evitarían inmiscuirse en asuntos de la Política española. Favores todos estos que Álava esperaba se corresponderían dando la ciudad todo su apoyo a los mayores Kirby y Ellis, así como al brigadier Chichester, que tendría a ambos y a sus dos batallones bajo su mando⁵⁹.

Todos esos extremos se van concretando en otras cartas que ese Ayuntamiento, afortunadamente, aún retiene en su archivo.

Así, inmediatamente posterior a la del general Álava podemos encontrar otra, también fechada en 1 de julio de 1835, en la que la autoridad militar destinada en esa plaza peligrosamente asediada encarece a las autoridades municipales que estén listas para facilitar raciones de carne a esas tropas que, con “generosidad”, venían a ayudarles a defender el trono “de nuestra inocente Reyna y librarnos de un obcecado Príncipe que la quiere usurpar”...⁶⁰.

Tras ésta nada menos que un prestigioso mariscal de campo forjado en las guerras napoleónicas, como tantos otros, desde unos humildes orígenes, el celebre Gaspar de Jáuregui, escribía a ese mismo Ayuntamiento donostiarra dando los mejores informes del brigadier Chichester, avalados por el cónsul español en Bayona, que los recibía a su vez del general Harispe.

Según ese ilustre documento Chichester “es católico y de una de las primeras familias del Devonshire” y ahora Jáuregui lo comunicaba a las autoridades de San Sebastián, tal y como era el expreso deseo del embajador español en París, convenientemente transmitido al general Harispe...⁶¹.

El propio Jáuregui, semanas después, se encargaría de transmitir a San Sebastián la noticia de que llegaba el grueso de las tropas británicas, recomendando, una vez más, que se hicieran cargo del mejor modo posible de esos que llama “beneméritos auxiliares”⁶².

En el siguiente apartado veremos con detalle en qué se concretó esa ayuda británica a los liberales españoles tan controvertida, tan necesitada de tanto tacto, como se deduce de las instructivas cartas que con tanto cuidado hacen llegar los generales Álava, Harispe y Jáuregui al Ayuntamiento de la ciudad de San Sebastián.

59. AMSS E 5 III 2133, 6, carta de 1 de julio de 1835.

60. AMSS E 5 III 2133, 6, carta de 1 de julio de 1835.

61. AMSS E 5 III 2133, 6, carta de 8 de julio de 1835. El subrayado es de Jáuregui. Sobre el papel de Jáuregui en esta primera guerra carlista véase Fray José Ignacio LASA ESNAOLA: *Jáuregui el guerrillero. (Un pastor guipuzcoano que llegó a mariscal)*. La Gran Enciclopedia Vasca. Bilbao, 1973, pp. 227-248 y GIL NOVALES (dir.): *Diccionario biográfico del Trienio Liberal*, pp. 251-280.

62. AMSS E 5 III 2133, 6, carta de 27 de julio de 1835.

3. *Cannon fodder or not cannon fodder? That was the question. ¿Carne de cañón o no? Esa era la cuestión. La accidentada vida de la Legión Auxiliar Británica (1835-1845)*

La primera imagen que puede venir a la cabeza de muchos con respecto a quiénes eran, realmente, esos miles de británicos enviados a luchar del lado de los liberales españoles en 1835, es la de una famosa, y caricaturesca, acuarela hecha por uno de los militares británicos integrados en esa fuerza.

El aspecto de los integrantes de la columna de la Legión Auxiliar Británica, hombres, niños y mujeres, que entra de vuelta a Vitoria, no es precisamente ejemplar. De hecho, si el autor no fuera británico daría qué pensar hasta qué punto era la suya una representación fidedigna de la Legión Auxiliar Británica y no propaganda antibritánica o, cuando menos, antiliberal⁶³.

Vemos en la acuarela a soldados uniformados, de acuerdo a la ordenanza británica de la época –apenas diferente de la vigente durante las guerras napoleónicas– pero, en conjunto, bastante mal vestidos, con un aspecto desastroso, más de vagabundos que de soldados, con el calzado en unas condiciones espantosas, seguidos por mujeres y niños de aspecto un tanto inquietante, a los que no es difícil imaginar en las actividades propias de los “camp followers” tan abundantes en los ejércitos de la época y, en especial, en el británico, dedicados a acciones que van desde el saqueo a los muertos, moribundos y heridos, el robo al descuido y, en ocasiones, el robo sin ninguna clase de adjetivos.

En suma, podríamos resumir la Legión Auxiliar Británica, de acuerdo a esta acuarela de factura británica, como un triste conjunto de gentes desarraigadas que, por esa misma razón han accedido a convertirse en esa categoría tan útil para los ejércitos de la Europa napoleónica y postnapoleónica. Es decir, carne de cañón, suficiente para parar balas enemigas y, al mismo tiempo, infligir tantas bajas como sea posible a ese mismo enemigo.

De hecho, Edward Brett utiliza esa expresión en uno de sus capítulos para señalar de qué se forma exactamente esa Legión Auxiliar Británica.

El título del capítulo 4 de su libro ya citado es suficientemente explícito: *Finding cannon fodder*. Es decir: “Buscando carne de cañón”⁶⁴.

¿Qué hay de verdad tras esa imagen acaso demasiado simplificada? Vamos a tratar de averiguarlo en el siguiente apartado de este punto.

63. Puede encontrarse la imagen y todo lo relativo a ella en este enlace: <http://www.zumalakarregimuseoa.eus/es/actividades/investigacion-y-documentacion/historia-del-siglo-xix-en-el-pais-vasco/cuerpos-militares/legion-auxiliar-britanica>.

64. BRETT: *The British Auxiliary Legion in the First Carlist War (1835-1838)*, p. 31.

3.1. Un triste grupo humano. Nombres, apellidos y oficios verdaderos de la Legión Auxiliar Británica. La crónica de Alexander Somerville y otras fuentes

Como en otros aspectos relacionados con la Legión Auxiliar Británica, Edward Brett ha hecho un estudio minucioso de la figura de Alexander Somerville que es, además, la fuente primaria, para identificar, como testigo directo, las características de los hombres, y sus mujeres, que forman ese cuerpo enviado por Gran Bretaña a decantar la guerra a favor de los liberales españoles.

En efecto, Brett nos lo cuenta prácticamente todo sobre la singular vida de Alexander Somerville, reuniendo lo que cuenta en diversos escritos, bien sea la “Narrativa” que utilizaremos profusamente a lo largo de este apartado o bien otras obras. Como su autobiografía, titulada, precisamente, “Autobiografía de un trabajador”, publicada diez años después de su vuelta de España, en 1848⁶⁵.

A partir de esas fuentes documentales Brett nos dice que Somerville nació en el año 1811 en una familia de las Tierras Bajas de Escocia, humilde y de estrictos preceptos religiosos⁶⁶.

La pobreza de los Somerville parece llegar a tal punto que, según Alexander, si no pudo ir al colegio hasta los ocho años fue por falta de unas ropas decentes y apropiadas, reduciéndose aquellas que tenía a simples harapos y teniendo que conformarse con aprender a leer en una sobresaturada familia de la que él era el último y undécimo vástago⁶⁷.

Una situación de precariedad que lo mantendrá empleándose de manera alternativa como peón agrícola, mientras trata de seguir con sus estudios a tiempo parcial hasta que, en el año 1831, se enroló en Edimburgo en el legendario regimiento de los Scots Greys. Uno de los más destacados durante la batalla de Waterloo, si bien Brett pasa por alto ese dato dándolo, es de imaginar, por supuesto para el público anglosajón⁶⁸.

Los puntos de vista políticos de Somerville, de corte casi revolucionario, netamente obrerista, favorables a la supresión de los castigos corporales en el Ejército, lo llevaron, convertido casi en un héroe para muchos por

65. Véase BRETT: *The British Auxiliary Legion in the First Carlist War (1835-1838)*, p. 42.

66. BRETT: *The British Auxiliary Legion in the First Carlist War (1835-1838)*, p. 42.

67. BRETT: *The British Auxiliary Legion in the First Carlist War (1835-1838)*, p. 42.

68. BRETT: *The British Auxiliary Legion in the First Carlist War (1835-1838)*, p. 42.

esa postura política, según nos dice Brett, a abandonar su regimiento, comprando su libertad por la nada desdeñable suma de 30 libras esterlinas⁶⁹.

Eso, sin embargo, tal y como señala Brett no había acabado con sus ansias de aventura militar.

En efecto, Somerville se enrolará en la Legión Británica cuatro años después, y no lo hará, como pudiera parecer lógico dado su expediente político en Gran Bretaña, por defender las ideas liberales en España, sino por su deseo de ver mundo y de escribir un libro sobre esos viajes que le ganase un espacio en la escena literaria británica⁷⁰.

Eso, en definitiva, es lo que le llevará a enrolarse en el 8º regimiento de Highlanders con el que irá finalmente a España, dando así lugar a su obra “A narrative of the British Auxiliary Legion” que, como vamos a comprobar, está llena de detalles sobre esa unidad que, de un modo u otro, por una u otra razón, con el beneplácito de unos y el rechazo de otros, vino a España a decantar la balanza de la guerra a favor de los liberales⁷¹.

Una de las primeras cosas que nos aporta ese documento, esa “Narrativa”, es, precisamente, un estudio detallado de la que Somerville llama “Anatomía moral de Ochocientos hombres”⁷².

Nos dice Somerville que de esos 800 hombres, 20 eran pensionistas (es decir, soldados retirados del Ejército con una pensión, se sobreentiende aunque Somerville no menciona este detalle), otros tantos eran desertores y 130 del total también tenían experiencia militar, pues habían servido en el Ejército regular británico o, al menos, en sus regimientos de la milicia⁷³.

Al menos 90 de los 800 eran aprendices que habían incumplido con sus contratos y huían de sus maestros por esta arriesgada vía que, sin embargo, como deducimos de lo que nos cuenta Somerville, les parecía más agradable que soportar las condiciones de sus respectivos talleres y tiendas⁷⁴.

Sin embargo, si continuamos leyendo la detallada lista que nos ofrece Somerville, descubrimos que las condiciones laborales en Gran Bretaña en esos momentos –incluyendo el territorio irlandés, en el que también se

69. BRETT: *The British Auxiliary Legion in the First Carlist War (1835-1838)*, p. 43.

70. BRETT: *The British Auxiliary Legion in the First Carlist War (1835-1838)*, p. 43.

71. BRETT: *The British Auxiliary Legion in the First Carlist War (1835-1838)*, p. 43.

72. Consúltese KMKU 43190 Alexander SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*. Glasgow. Muir, Gowans & Co, 1838, p. 3.

Cómparese el contenido de este documento con el resumen que nos ofrece Brett a partir de él. BRETT: *The British Auxiliary Legion in the First Carlist War (1835-1838)*, pp. 43-44.

73. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 3.

74. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 3.

recluta para la Legión Auxiliar Británica— debían ser igual de duras para los que controlaban los negocios y no eran simples aprendices.

En efecto, Somerville señala que hasta 100 de los 800 habían sido en algún momento de sus vidas dueños de sus propios negocios⁷⁵.

Más allá de esas historias desdichadas en el terreno laboral, Somerville nos habla de otros miembros de la Legión Británica que hacen buena la imagen de la acuarela de la que hablábamos al comienzo de este segundo punto.

Así es, Somerville cuenta en esta “Anatomía moral” de sus 800 compañeros la presencia de 90 de ellos de los que se sabía que eran “transgresores de la ley” (“transgressors of the law”) de manera profesional. La mitad de estos no habían hecho otra cosa en sus vidas. Si bien Somerville, siendo una vez más minucioso, matizaba que el grado de criminalidad entre ellos variaba desde cazadores furtivos (“poachers”) hasta ladrones de casas⁷⁶.

Al menos de 13 de ellos se sospechaba que habían cometido crímenes recientes por los que, como dice Somerville, la Justicia podría haberlos detenidos de no haber huido enrolándose en la Legión Auxiliar Británica⁷⁷.

Las mujeres —al igual que se ve en la acuarela que hemos mencionado— también son consideradas en esta peculiar anatomía de Somerville.

En efecto, de los 800 había 23 que llevaban con ellos a sus mujeres. En cambio 120 las habían dejado en casa y la mayor parte de ellos aseguraba que habían peleado con ellas antes de enrolarse. Algo más de 20 atribuían su ingreso en la aventura de la Legión a causas similares aunque, si se quiere, más románticas, ya que aseguraban haberse enrolado a causa de un desengaño amoroso⁷⁸.

En conjunto, decía Somerville que muy pocos habían entrado en la Legión por afición a la vida militar. Sin embargo eso no quería decir nada. Pronto se descubrió, nos dice este sagaz escocés, que los que habían entrado en aquella unidad por alguna rara clase de espíritu marcial pronto se cansaron de la vida de soldado. Al contrario de lo que ocurrió con los restantes,

75. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 3.

76. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 3. Brett señala que también era posible que entre esos calificados como criminales hubiese gente cuyo único delito era ser deudores insolventes. Como bien saben los lectores de Dickens, en esas fechas era delito dejar de pagar las deudas y se purgaba esa falta con pena de cárcel, no sólo con la pérdida de los bienes utilizados como garantía, como sucede ahora. Véase BRETT: *The British Auxiliary Legion in the First Carlist War (1835-1838)*, p. 43.

77. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 4.

78. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 3.

que habían entrado a ese servicio por motivos que, como explicaba detalladamente Somerville, tenían poco que ver con ansias de gloria militar⁷⁹.

Dentro de esta curiosa anatomía, en la que no faltaban detalles tales como la altura media de aquellos hombres o su edad –sólo sesenta eran de una talla inferior a los cinco pies, es decir, que podrían considerarse bajos incluso para los estándares de la época, y sólo cincuenta de ellos tenían menos de 17 años– Somerville mencionaba finalmente un caso curioso⁸⁰.

Se trataba del que, según nos dice, era el único hombre de los 800 que se había enrolado –según se sabía– para escapar de un destino tan triste como el morir de hambre⁸¹.

Lo más curioso de este peculiar miembro de la Legión con una historia personal que haría buena toda la imagen negra, harapienta, de ese cuerpo, era que fue el que alcanzó una más rápida promoción en sus filas según nos cuenta, una vez más, Somerville⁸².

La historia de cómo Somerville lo conoció es tan curiosa como lo que cuenta en el resto de este libro que, como señala Edward Brett, el escocés se había planteado como su llave de entrada al mundo literario de la Gran Bretaña de su época.

En efecto, dice Somerville que conoció a aquel hombre, que estaba a punto de morir de hambre –y por eso decidió enrolarse en la Legión Auxiliar Británica–, el 29 de agosto de 1835, justo cuando él pasó su primer día en el depósito de reclutas de ese cuerpo⁸³.

El ambiente era realmente ominoso. Somerville recuerda que un corto número de curiosos se reunieron en el muelle de Grennock, desde el que él había venido con otros reclutas de la Legión. Aquellos curiosos no se conformaban con mirar. De hecho, como nos dice Somerville, les incitaban a abandonar las filas de la Legión, lo cual nos permite hacernos una idea más exacta del modo en el que veían a ese cuerpo los propios británicos de 1835⁸⁴.

Una negativa impresión que se refuerza aún más cuando el que Somerville describe como un “viejo caballero”, dice a los curiosos reunidos en el

79. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 4.

80. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 4.
5 pies equivalen a algo más de 1,50.

81. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 4.

82. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 4.

83. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 4.

84. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 4.

muelle de Grennock que dejen tranquilos a aquellos hombres, pues van a España a ser, literalmente, castigados por sus pecados...⁸⁵.

Algo que, de todos modos, no parece afectar mucho a la variopinta mezcla de reclutas allí reunidos para oír tales invectivas mientras esperan su barco.

En efecto, nada de eso parece conmover a esa mezcla de hombres que embarcan en el bergantín *Crown* en esos momentos. Una mezclanza humana que iba desde artesanos educados y decentemente vestidos que se agrupan ante otros de aspecto menos tranquilizador, hasta otros que parecían hundirse, completamente azarados, en tristes pensamientos y viejos soldados y aspirantes a suboficiales que se esforzaban en poner orden, apagar broncas y lanzar trozos de carbón a los que se acercaban al *Crown* a bordo de otras embarcaciones buscando a fugitivos entre los legionarios. Esfuerzo inútil pues, como cuenta el propio Somerville después, mientras esperan la llegada del vapor que desde el *Crown* les llevaría a España, los efectivos de la Legión se reducen de día en día cuando los oficiales del “sheriff” con jurisdicción en aquel condado del estuario del Clyde vienen a llevarse a los deudores y a los aprendices que han huido de sus maestros⁸⁶.

Fue contemplando esa masa tan variopinta y en circunstancias tan turbulentas como Somerville conoció a aquel extraordinario hombre que, a pesar de haberse enrolado por hambre, literal, obtuvo una rápida promoción en la Legión⁸⁷.

Dice Somerville de él que tenía aspecto peculiar y lo miraba de manera intensa desde una esquina de la proa del barco. Como Somerville le devolvió la mirada, el extraño camarada le hizo una seña para que se acercara, añadiendo que aquella esquina del barco era la más segura⁸⁸.

En ese momento Somerville se dio cuenta de que el extraño desconocido no lo era tanto, pues anteriormente había tenido relación con él, siquiera leve⁸⁹.

Dice Somerville que el hombre había sido anteriormente un comerciante de considerable eminencia en una ciudad del Norte de Escocia. Allí se había arriesgado con una considerable empresa que había fracasado y así estuvo obligado a irse a Londres, que era donde Somerville lo

85. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 4.

86. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, pp. 4 y 5.

87. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 4.

88. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 4.

89. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, pp. 4-5.

había conocido antes de volver a encontrarlo en la cubierta del *Crown* con rumbo a España⁹⁰.

En Londres el comerciante arruinado había intentado establecerse en diversos empleos para salir de su mala situación –trabajar como reportero para periódicos, contratarse como redactor de a penique la línea para los mismos, ser escritor por cuenta propia...– pero no tuvo suerte en ninguno de ellos⁹¹.

Finalmente había intentado vender al por menor, pero al carecer de licencia le habían confiscado el género, obligándole así a volver de Londres a Edimburgo pidiendo por el camino o, en una traducción más literal de la palabra que emplea Somerville, “gorroneando”⁹².

Como en Edimburgo el panorama que había encontrado no era más alentador, finalmente había decidido unirse a un grupo que iba para España y así era como había llegado aquel hombre singular hasta aquel lugar en el que se asombra de ver a hombres, como es el caso de Somerville, que, a pesar de poder ganarse la vida en Escocia, se han enrolado igualmente en la Legión Británica. Un lugar al que, en principio, sólo acudirían desesperados como él, para poder comer algo de galleta y buey que, de todos modos, según nos cuenta, una vez más Somerville, está a punto de perder cuando otros reclutas se lo ven sacar de su abrigo, ofreciéndonos con todo esto un cuadro que, en efecto, hace buena la caricatura de la que hablábamos y a cuyo dibujante, como se ve por este caso desesperado y otros menos extremos, no debió faltarle inspiración, real, muy real, para hacer un tan cruel, y poco glorioso, dibujo de la Legión Auxiliar Británica⁹³.

Sin embargo, de un modo u otro, tal y como nos cuenta Somerville, hombres así son encuadrados y convertidos en combatientes en diferentes unidades de las que da, como es de esperar, cumplidos detalles.

Los reclutados en Inglaterra, nos dice, son encuadrados en el cuerpo de Artillería de la Legión, en el primero de Lanceros, en el primero de Cazadores (Somerville utiliza la expresión británica común para definir esa unidad de tiradores de élite: “Rifles”), y el primero, segundo, tercero y cuarto de Infantería⁹⁴.

90. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 5.

91. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 5.

92. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 5. La expresión original en inglés, en el texto de Somerville, es “cadging the way”. A la que añade la habitual en Escocia en esos años: “takin’ the meal pock”.

93. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 5.

94. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 3. Sobre esta clase de unidades véase, por ejemplo, Christopher WILKINSON-LATHAM-Michael ROFFE: *The Royal Green Jackets*. Osprey. Oxford, 2000.

Los reclutados en Irlanda iban, en cambio, al segundo de Lanceros y al séptimo, noveno y décimo de Infantería. Los escoceses, por su parte, como era el caso de Somerville, fueron reclutados para servir únicamente en regimientos de Infantería de línea: el quinto, el sexto y el octavo⁹⁵.

¿Qué fue capaz de hacer esa masa tan heterogénea sobre el campo de batalla una vez que llegaron a un país que, como demuestra Somerville a cada ocasión que tiene, comprendían mal, viéndolo como algo exótico, extraño, tanto como para ver pueblos en los que las únicas que trabajaban eran las mujeres?⁹⁶.

Gracias a Somerville y otras fuentes podremos saberlo de inmediato.

3.2. La Legión Británica entra bajo el fuego en San Sebastián. Los acontecimientos del 5 de mayo de 1836

Los hechos del 5 de mayo de 1836 son tan sólo una más de las muchas acciones en las que, hasta 1838, se verá involucrada la Legión Británica. Excede a los límites de este trabajo ocuparse de todas ellas, por supuesto, pero puestos a seleccionar alguno de esos episodios que nos permita hacernos una idea del sacrificio que Gran Bretaña, la Gran Bretaña de 1835, la Gran Bretaña de Lord Palmerston, está dispuesta a hacer por ayudar a la España liberal, la acción de ese 5 de mayo de 1836 es, quizás, una de las más oportunas⁹⁷.

Para describirlo nos ceñiremos, fundamentalmente, a la “Narrativa” de Somerville. Como es habitual en él, no ahorra detalles acerca del apresurado, y a veces brutal, período de instrucción seguido por la variopinta Legión Británica del que nos habla, como hemos visto, con tanto detalle y que es, prácticamente, el único recurso táctico con el que entrarán bajo el fuego el 5 de mayo de 1836.

95. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 3. Brett da en su obra más extensos detalles, incluyendo también casos de hombres enrolados a la fuerza. Véase BRETTE: *The British Auxiliary Legion in the First Carlist War (1835-1838)*, pp. 31-46.

96. Resulta particularmente interesante la observación de Somerville sobre la superioridad británica en las artes mecánicas, vista con admiración por los artífices españoles con los que se encuentran, y el grado de libertad con el que actúan las mujeres españolas, llevando a cabo oficios que, según Somerville, en Gran Bretaña están reservados a los hombres. Consúltese KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 10.

97. A ese respecto se trata de una opinión compartida por la bibliografía dedicada a esta cuestión. Véase, por ejemplo, Edgar HOLT: *The Carlist Wars in Spain*. Putnam. London, 1967, pp. 124-130, que dedica una considerable parte de ese capítulo de su obra a examinar la acción del 5 de mayo de 1836. De la misma opinión es la obra de Brett, como veremos más adelante.

Para Somerville y para el 8 de Highlanders –que, como recuerda la “Narrativa” de Somerville, en su caso y en el de muchos otros que lo componen, eran de esa clase de highlanders que jamás habían visto las Highlands– esa instrucción empezará apenas llegan a la que describe como la hermosa y floreciente ciudad de Santander –“lovely and flourishing town of Santander”–, siendo desembarcados del vapor *Killarney* en lo que llama el pueblo de “Astellero” –es decir, el pueblo de El Astillero en Santander– un 10 de septiembre de 1835, tras cinco días de travesía⁹⁸.

La defectuosa disciplina apenas pudo ser impuesta por oficiales tan experimentados como el capitán Martin, al que menciona expresamente Somerville junto con “Sheilds” –en realidad una mala transcripción de Somerville, pues el apellido es Shields– y Hogg, abundando actos de insubordinación como hablar en las filas mientras se hace la instrucción o un estado de embriaguez bastante extendido. Y de ahí en aumento hasta llegar a la agresión contra al menos un oficial. Caso grave que, sin embargo, se resolverá con uno de los remedios favoritos de las fuerzas británicas en aquella época: los latigazos contra los que, como sabemos ya gracias a Edward Brett, Somerville será un decidido activista⁹⁹.

El culpable de tal acto recibirá, en efecto, doscientos azotes ante el resto de las tropas. Ocasión que el oficial al mando, el coronel Godfrey, aprovechará para cortar de raíz las murmuraciones tendentes al motín que ve entre los hombres que contemplan el castigo, prometiéndoles dar el mismo trato al primero que hablase y disparar al segundo que dijera algo. Amenaza que, al parecer, fue directamente dirigida contra el propio Somerville que se limita, por otra parte, a dar cuenta en estas páginas de que nadie volvió a atreverse a decir una palabra en las ocasiones en las que Godfrey aplicó un castigo semejante¹⁰⁰.

De un modo u otro, ese entrenamiento y ese tratamiento brutal cuando es necesario, hacen de estos hombres, de origen y cualidades tan desiguales, una unidad efectiva en el momento en el que deben entrar bajo el fuego

98. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, pp. 5-7.

99. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, pp. 7-8. Somerville transcribe “Shields” como “Sheilds” constantemente. Al igual que en otros trabajos sobre la Legión corrijo el error en este caso y en los demás en los que aparecerán en este trabajo uno o los dos hermanos Shields, manteniendo este error de transcripción cuando cito el texto original de Somerville, en el que siempre aparece como Sheilds.

100. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 8. Sobre esto véase también BRET: *The British Auxiliary Legion in the First Carlist War (1835-1838)*, pp. 51-52 que, además de este episodio contado por Somerville, menciona otros casos como los recogidos por el joven Charles Thompson, autor, bajo anónimo, de la obra “Twelve months in the British Legion”, de la que ya hemos hablado y volveremos a hablar más adelante, y las noticias de algunos corresponsales británicos enviados allí por sus periódicos.

en las inmediaciones de San Sebastián. Incluso después de haber sufrido terribles condiciones marchando sobre el terreno, hasta Vitoria, donde son alojados de tan mala manera que, unánimemente, despierta las iras de los británicos que conocen el caso. Ya sea el propio Somerville que describe atroces situaciones en las que algunos de sus compañeros sufren dolorosos síntomas de congelación o bien oficiales como el capitán Martin en su ya, para nosotros, bien conocido panfleto denunciando el trato recibido por los hombres de la Legión Británica, especialmente en la capital alavesa¹⁰¹.

Somerville, como vamos a ver siguiendo su “Narrativa”, es perfectamente consciente para mayo de 1836 de dónde se están metiendo él y sus compañeros de la Legión Auxiliar Británica apenas llegan a San Sebastián.

Al menos su descripción de las fortificaciones carlistas que rodean a esa ciudad no deja mucho lugar a suponer que la guerra es allí una lejana entelequia. Algo distante, sin posibilidades reales de afectar a los que, civiles o militares, viven tras los muros de esa plaza asediada.

El relato de Somerville, un escocés sin excesivas simpatías y sobrado de prejuicios sobre aquellos a cuyo lado ha venido a luchar, como ya hemos visto, debería advertirnos de que, una vez más, estamos equivocados sobre la supuesta simplicidad de nuestra Historia más allá de un par de pinceladas heroicas, o catastróficas, que rozan la categoría de leyenda más que de hechos históricos comprobados.

Le cedemos, pues, una vez más, la palabra al cronista escocés de nuestra primera guerra carlista.

Los pasajes que nos proporciona sobre el combate del 5 de mayo de 1836 son un relato, efectivamente, de una fuerza impresionante, que difícilmente parece encajar con la imagen más simple que solemos tener de nuestra Historia.

Somerville nos dice lo siguiente en su narrativa, son palabras, muchas de ellas, de segunda mano pero que, como nos indica Brett, no debe extrañarnos encajen bien en eso que otro historiador anglosajón, John Keegan, llama “el rostro de la batalla”: el regimiento 4º de línea y dos tercios del 8º, del que él, Somerville, forma parte, fueron embarcados el 4 de mayo de

101. Sobre esto véase, respectivamente, KMKU 11827 MARTIN: *The dissolution of the British Legion of Spain and the manly spirited conduct of general O'Connell on the occasion*, pp. 4-6 y KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 57. También puede resultar de interés comparar lo que dice Brett con el estudio de Julio-César Santoyo. Véase BRETT: *The British Auxiliary Legion in the First Carlist War (1835-1838)*, p. 64 y Julio-César SANTOYO: “La Legión Británica en Vitoria: (datos complementarios)”. Boletín de la Institución Sancho el Sabio, tomo XVI, pp. 91-109.

1836 en los vapores de guerra británicos *Salamander* y *Phoenix* para ser llevados a San Sebastián¹⁰².

Subidos a esos barcos, que van a actuar en ese momento como transportes de tropas aunque en breve iban a entrar bajo el fuego de un duelo artillero, los hombres que van con Somerville en esos instantes críticos, mientras marchan en convoy hacia San Sebastián, llegaron al radio de alcance de la batalla que en esos momentos se disputaba en torno a la ciudad entre carlistas y liberales¹⁰³.

Allí, en sus propias palabras, se les dejó oír el ruido de los cañonazos y que adivinasen qué podía ser. Asimismo, por si eso no era bastante explícito ya, las tropas británicas a bordo del *Salamander* y el *Phoenix* empezaron “a ver las nubes de humo, y a oír el distante rugido (roll) del fuego de mosquetería” que se jugaba alrededor de San Sebastián en esos momentos, mientras los vapores de guerra que los llevaban avanzaban, implacables, hacia el interior de la bahía¹⁰⁴.

Tras eso, y si seguimos, de momento, con la narrativa de Somerville, llega una operación de desembarco en los muelles de San Sebastián. Y con él el momento de tomar decisiones que el escocés describe de esta forma expeditiva: por lo que se veía desde los vapores, el despliegue carlista que bloquea San Sebastián era un asunto, en las propias palabras de Somerville, donde no parecía cosa fácil dirigir una fuerza con energía suficiente como para desalojar de allí al enemigo¹⁰⁵.

Ante ese difícil panorama táctico algunos aconsejaron al jefe de las fuerzas británicas en ese momento concentradas en San Sebastián esperar algunos días hasta que se concentrasen más tropas de la Legión allí y llegasen refuerzos españoles que se esperaban desde Santander¹⁰⁶.

El general británico, tal y como lo expresa Somerville sin ningún disimulo, había visto cómo llevaba estas cuestiones el general Córdoba –aquí transcrito como “Cordova”– y no le parecía precisamente inteligente hacer

102. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 65. Sobre los comentarios de Keegan acerca de la veracidad de testimonios como el que recoge Somerville en esa parte de su narrativa, véase John KEEGAN: *El rostro de la batalla*. Turner. Madrid, 2013. Sobre la opinión de Edward Brett acerca de esas observaciones, las de Somerville y las de Keegan, véase BRETT: *The British Auxiliary Legion in the First Carlist War (1835-1838)*, p. 81.

103. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 65.

104. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 65.

105. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, pp. 65-66.

106. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 66.

depender el fracaso o el éxito de un ataque contra las defensas del bloqueo carlista a la ciudad del envío de esos refuerzos bajo mando español¹⁰⁷.

Esa desconfianza hacia el mando español se traduce en escenas que, nuevamente, Somerville, pretendiéndolo o no, cargan de tintes dramáticos esta operación, acaso, como señala Edward Brett, una de las más sangrientas en las que se verá envuelta la Legión Auxiliar Británica, teniendo en cuenta el número de bajas que se les infligirá¹⁰⁸.

Somerville no puede sustraerse a la fuerza dramática, evidente, de esos minutos en los que unos transportes de tropas avanzan, vomitando nubes de maloliente humo negro, quemando carbón en sus calderas, hacia las playas de San Sebastián, cargados de hombres que, como dice Somerville, se dividen entre los que se sumen en negros pensamientos acerca de que los próximos en caer bajo el ruido de esas armas de fuego que oyen serán ellos, los que en su locura –así lo dice Somerville usando la equívoca expresión inglesa “folly”– fanfarronean ante esa misma situación que les aguarda apenas desembarquen en las playas de San Sebastián y, finalmente, los más, los que de manera más inteligente –según Somerville– sólo esperan hacer su tarea de soldados con honor. Sea cual sea el resultado...¹⁰⁹.

Uno que, realmente, de acuerdo a lo que Somerville apunta en su relato, no podía ser demasiado bueno para un alto porcentaje de aquellos hombres que, en distintos estados de ánimo, como vemos, estaban esperando a desembarcar en las playas donostiarra para marchar contra una verdadera cortina de fuego de Artillería y mosquetería.

Para comprender mejor a qué se iban a enfrentar esos hombres seguiremos, como hasta aquí, el testimonio directo de Somerville, pero, antes de continuar con él, es interesante contrastarlo con el estado en el que se encuentra San Sebastián meses antes de que se produzca este asalto casi suicida contra el campo carlista.

La clave de la situación que vienen a revertir los hombres de la Legión Extranjera en mayo de 1836, al menos en parte, nos la da un documento de las autoridades militares liberales remitido al Ayuntamiento de San Sebastián en noviembre de 1835.

En ese documento el oficial liberal señala al Ayuntamiento donostiarra que pida a los mayordomos encargados de distintos caseríos y terrenos que procedan a rozarlos, pues se ha conseguido desalojar de ellos los puntos en los que se habían hecho fuertes las tropas carlistas¹¹⁰.

107. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 66.

108. BRETT: *The British Auxiliary Legion in the First Carlist War (1835-1838)*, p. 81.

109. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 65.

110. AMSS E 5 III 2133, 6, carta de 5 de noviembre de 1835.

Los puntos indicados por el militar eran “desde San Martín arriba por toda la circunferencia de la casa llamada de Aranjuez”, de ahí hasta el molino de viento quedando la línea liberal fuera de las murallas donostiarras a distancia de un tiro de fusil de la casa fuerte llamada Arambarri¹¹¹.

Toda esa línea libre desde ese momento tenía que ser limpiada de “vallados, cercas y viveros”. Por obvias razones, ya que en ellos se hacían fuertes los tiradores carlistas, perfectamente atrincherados para disparar a cubierto sobre las tropas, británicas o no, del bando liberal¹¹².

Se trataba de una distancia considerable que, sin embargo, unos pocos meses después, en mayo de 1836, como vamos a ver, la Legión Británica, acompañada de los chapelgorris guipuzcoanos y parte del regimiento de línea Segovia y otras tropas españolas, tendría que consolidar. A un alto precio, con no poco riesgo, ya que, por cada vallado limpiado por los mayordomos en noviembre de 1835, hay muchas otras zonas similares, como estamos a punto de ver, en las que los tiradores carlistas se pueden seguir haciendo fuertes e infligir numerosas bajas en las líneas liberales que marchen sobre estas posiciones...¹¹³.

Ni siquiera la toma del convento de San Bartolomé a finales de ese mes de noviembre de 1835, bien situado sobre las líneas de asedio carlistas, guarnicionado y reforzado con hasta 1500 sacos terreros (que será el propio Ayuntamiento de San Sebastián quien facilite a los militares, junto con varios trabajadores del vecindario demandados por la misma autoridad militar que informa de la necesidad de reforzar esas instalaciones), hacía menos fácil la comisión a la que en una noche de la primera semana de mayo de 1836 iban a tener que hacer frente los hombres de la Legión Británica que después lo contarían a Somerville¹¹⁴.

Así es, si tenemos en cuenta que, entre la abundante correspondencia directa sostenida entre la corte de Madrid y el Ayuntamiento de San Sebas-

111. AMSS E 5 III 2133, 6, carta de 5 de noviembre de 1835.

112. AMSS E 5 III 2133, 6, carta de 5 de noviembre de 1835.

113. Aunque algo esquemática, la “Memoranda” que publica Lacy Evans en 1840 contiene un interesante mapa al comienzo de esa obra detallando las posiciones enemigas en torno a San Sebastián en las fechas del ataque del 5 de mayo de 1836. Consúltese ZM-MZ R. 2431 B4 DE LACY EVANS: *Memoranda of the contest in Spain, January 1840*. Véase también ZM-MZ: *Exposición virtual Basque Sketches*. Recurso online <http://myslide.es/documents/exposicion-virtual-basque-sketches.html>, pp. 28-29, donde se incluyen dibujos de época de la zona tomada el 5 de mayo de 1836.

114. Sobre esto véase AMSS E 5 III 2133, 6, cartas de 26, 27 y 28 de noviembre de 1835. Los nombres de esos trabajadores, detallados al margen del documento, eran: José Aguirresarobe, José María Vitoria, José Domingo Lizaribar (sic), José Antonio Muñoz, Manuel Atorrasagasti, Lorenzo Ymaz, Domingo Aldecoa, Miguel Antonio Sasiambarrena y Baltasar San Sebastián.

tián, podemos descubrir una carta no demasiado posterior a esta otra –de mediados de diciembre de 1835– en la que se revela que el fuerte próximo al convento de San Bartolomé ha vuelto a caer en manos carlistas en el marco de una serie de operaciones de avance sobre la plaza sitiada, donde también ha caído la casa fuerte de Arambarri...¹¹⁵.

Aún así el ministro de Gobernación –equivalente al de Interior actual– que habla en nombre de la reina gobernadora a la ciudad en esta carta de mediados de diciembre de 1835, aseguraba a esa corporación que la corona no temía por la caída de San Sebastián, que confiaba en que su Guardia Nacional, y hasta el último de sus vecinos, sería capaz de defenderla, aún con la más débil defensa posible. Extremo que no esperaba el gobierno de Madrid ver cumplido, habiendo dado órdenes desde esa misma fecha –diciembre de 1835– para que Santander y Bilbao socorrieran con Artillería, soldados, víveres, agua y buques que impidan ese último y definitivo asalto sobre las murallas de la ciudad¹¹⁶.

Una garantías que otra carta, ésta firmada por el ministro Mendizabal y con sello del Ministerio de la Guerra en 15 de diciembre de 1835, reiteraba agradeciendo a la corporación municipal los sacrificios que en defensa de la causa liberal estaban haciendo y prometiendo tanto la ayuda de las guarniciones de Santander y Bilbao, como la compensación de todos esos sacrificios realizados por los donostiarras en esos dos años largos de guerra contra la facción carlista, solicitando la propia Corona ante las Cortes dicha compensación...¹¹⁷.

Sin embargo, entre tanto esa ayuda y esas compensaciones llegaban, de hecho, otra documentación del Archivo Municipal de San Sebastián recogía una amenazadora carta de un oficial carlista, Joaquín Montenegro, que se presenta como general al cargo de las guarniciones carlistas que rodean la ciudad.

En ella este oficial carlista decía, con escalofriante y amenazadora precisión, que, exactamente a las nueve de la mañana del 6 de diciembre de 1835, estaba “resuelto a bombardear esa Plaza” aunque se mostraba dispuesto a oír lo que tuvieran que decirle delegados que pudiera enviar la ciudad de San Sebastián, tanto del Ayuntamiento como del Comercio de esa ciudad. Esta misiva que terminaba amenazando con el bombardeo de la ciudad si en el plazo de dos horas no se había verificado esa reunión, estaba

115. AMSS E 5 III 2133, 8, carta de 13 de diciembre de 1835.

116. AMSS E 5 III 2133, 8, carta de 13 de diciembre de 1835.

117. AMSS E 5 III 2133, 8, carta de 15 de diciembre de 1835.

precisamente escrita desde lo que el oficial carlista llamaba “Campo de San Bartolomé”...¹¹⁸.

Finalmente la amenaza se cumplirá con total precisión. Para confirmarlo basta leer otra carta cruzada entre el Ministerio de la Gobernación y el Ayuntamiento de San Sebastián donde la reina gobernadora acusa recibo del bombardeo que cae sobre la ciudad la noche de ese mismo 6 de diciembre de 1835 y que lleva a muchas familias de la ciudad a refugiarse en Francia, acompañados de varios funcionarios de la Diputación provincial que estaban igualmente dentro de la ciudad sitiada¹¹⁹.

A pesar de la calma de algunos funcionarios públicos, como el subdelegado de Policía en la ciudad sitiada –que aún bajo las bombas carlistas tendrá suficiente sangre fría para pedir 40 reales por cada pasaporte para Francia– y las garantías de que excesos así serían investigados, así como los elogios vertidos por el ministro en esa carta de respuesta sobre la conducta observada por los defensores de la ciudad desde el 24 de noviembre, a través de esa documentación se hace claro que, en esos momentos de finales del año 1835, las tropas liberales que defienden San Sebastián están perdiendo el terreno ganado en esa zona frente a los sitiadores¹²⁰.

Así, desde el Cuartel General de Vitoria del Ejército de Operaciones del Norte, Luis de Córdoba tranquilizaba a la ciudad destituyendo a los oficiales que a finales de noviembre, como ya hemos visto en otra correspondencia, habían permitido que se tomase por los carlistas la casa fuerte de Arambarri, con una conducta que la propia corporación municipal donostiarra había denunciado ante ese alto mando¹²¹.

Dos días después era el propio Gaspar de Jáuregui el que tranquilizaba a la ciudad señalando al Ayuntamiento que, en efecto, el alto mando liberal ya estaba tomando disposiciones para poner las responsabilidades militares que tanto interesaban a la ciudad en manos de oficiales con una lealtad a toda prueba a la causa liberal. Como era el caso del coronel Ramón Rebollo¹²².

Jáuregui igualmente señalaba que se había dado orden al regimiento provincial de Monterrey, estacionado en el Valle de Mena, para que pasase a la ciudad a reforzar su guarnición y que el gobernador de la plaza tenía

118. AMSS E 5 III 2133, 7, carta de 6 de diciembre de 1835.

119. AMSS E 5 III 2133, 8, carta de 22 de diciembre de 1835.

120. AMSS E 5 III 2133, 8, carta de 22 de diciembre de 1835.

121. AMSS E 5 III 2133, 7, carta de 5 de diciembre de 1835.

122. AMSS E 5 III 2133, 7, carta de 7 de diciembre de 1835.

poderes para destituir a todo empleado que pudiera despertar la menor sospecha y sustituirlo por otros enteramente leales a la causa liberal¹²³.

La propia reina, a través de su ministro Mendizabal, volverá a dar ánimo a la ciudad, después de saber de las amenazas que en ese mes de diciembre había hecho llegar a su Ayuntamiento la oficialidad carlista que la asedia, señalando que está segura de que San Sebastián sabrá imitar el valor mostrado por Bilbao en las mismas circunstancias. Algo sobre lo que ciudad dará, en efecto, claras muestras, como se deduce de una posterior carta de Palacio en la que se señala el agrado con el que la reina gobernadora ha recibido la correspondencia de San Sebastián en la que la ciudad se muestra dispuesta a resistir cualquier amenaza más o menos eficaz por parte de los carlistas¹²⁴.

En esta misma serie de correspondencia, que nos muestra la crítica situación que va a tener que despejar la Legión Británica en 5 de mayo de 1836, también podemos encontrar una escrita por Pablo Collado, uno de los principales comerciantes de la ciudad que actúa como activo agente de ésta para gestionar asuntos de esa índole cerca de las más altas autoridades del bando liberal. En ella aseguraba al Ayuntamiento donostiarra que se enviarían grandes refuerzos de personal militar especializado¹²⁵.

En este caso artilleros: nada menos que diez españoles y hasta cien británicos. A los que habría que sumar las dos dotaciones completas que quería mandar el general Harispe desde Francia, tal y como señalaba otra de las cartas de Pablo Collado, y a los que la ciudad tendrá bastantes dificultades para alojar correctamente, como señalan sus libros de actas¹²⁶.

Así las cosas, antes de la llegada, decisiva llegada, de la Legión Británica habrá, sin embargo, ciertos avances de las tropas y efectivos que defienden la ciudad.

Así, el 10 de enero de 1836, la Corte acusaba recibo de correspondencia de la corporación municipal de San Sebastián en la que se comunicaba el agrado con el que se recibían allí, en la Corte, las noticias del celo y patrio-

123. AMSS E 5 III 2133, 7, carta de 7 de diciembre de 1835.

124. AMSS E 5 III 2133, 7, cartas de 15 y 22 de diciembre de 1835.

125. Sobre la influencia política y económica de esta familia, véase, por ejemplo, Susana SERRANO ABAD: "COLLADO PARADA, José Manuel, Marqués de La Laguna", en Joseba AGIRREZKUENAGA ZIGORRAGA-Susana SERRANO ABAD-José Ramón URQUIJO GOITIA-Mikel URQUIJO GOITIA: *Diccionario biográfico de los parlamentarios de Vasconia (1808-1876)*. Eusko Legebiltzarra-Parlamento Vasco. Vitoria-Gasteiz, 1993, pp. 272-278.

126. AMSS E 5 III 2133, 6, carta de 6 de abril de 1836. Sobre el alojamiento de esas tropas y sus dificultades véase Fermín MUÑOZ ECHABEGUREN: *Anales de la Primera Guerra Carlista en San Sebastián*. Instituto Dr. Camino de historia donostiarra. Donostia-San Sebastián, 2001, p. 109.

tismo con el que las autoridades y demás personas que contribuían a la defensa de la ciudad habían contenido los avances carlistas hacia ella verificados entre el 27 y el 30 de diciembre de 1835, así como las medidas tomadas para evitar que esas líneas carlistas que –como vemos– van cerrando el asedio sobre San Sebastián, pudieran interceptar el correo¹²⁷.

Garantías y acciones concretas que, por otra parte, no evitaron ciertas discrepancias dentro del bando liberal en las que tuvo que mediar el propio Córdoba, señalando que, tal vez, los temores de la ciudad ante un posible contraataque carlista eran exacerbados y rogando que existiese la mejor armonía entre autoridades civiles y militares por el bien de la causa liberal¹²⁸.

Estado de armonía que pasaba por utilizar a la guarnición acantonada en San Sebastián fuera de sus muros, por más que, en principio, la corporación municipal discrepase sobre ese punto, tratando de imponer un esquema más defensivo, como se deduce de cierta correspondencia del Ministerio de Gobernación con el Ayuntamiento de San Sebastián¹²⁹.

Punto en el que, finalmente, para febrero de 1836, poco antes de la llegada efectiva de la Legión Auxiliar Británica y de su paso a la ofensiva, se ponen de acuerdo autoridades civiles y militares, como se deduce de una nueva carta del general Córdoba a la ciudad¹³⁰.

En el caso de la ciudad ese acuerdo se hizo, como lo refleja, una vez más, la nutrida correspondencia que el general Córdoba mantiene con esa corporación, con un importante sacrificio de vidas de ciudadanos alistados en la Guardia Nacional donostiarra, caídos en una salida hecha el día 10 de febrero de 1836, al quedar rodeados por parte de las tropas sitiadoras. Una acción en la que, sin embargo, como señalaba Córdoba, se logra hacer retroceder las líneas carlistas¹³¹.

Algo que, aún así, no disipaba todos los temores, ni los de Córdoba y sus oficiales ni los de la ciudad, a que ésta acabase cayendo en manos carlistas.

Es lo que al menos se deduce de la carta enviada a la ciudad con fecha de 14 de marzo de 1836, en la que se dan garantías, extendidas por la propia reina María Cristina, acerca de que si se debe evacuar la ciudad por la

127. AMSS E 5 III 2133, 8, carta de 10 de enero de 1836.

128. AMSS E 5 III 2133, 7, carta de 28 de noviembre de 1836.

129. AMSS E 5 III 2133, 7, carta de 27 de enero de 1836.

130. AMSS E 5 III 2133, 7, carta de 18 de febrero de 1836.

131. AMSS E 5 III 2133, 7, carta de 28 de febrero de 1836.

presión invencible de las fuerzas carlistas, se destruyan los menos edificios posibles en esas operaciones de retirada de la plaza¹³².

Una tranquilidad muy relativa para ese Ayuntamiento, ya que, apenas un mes después, denuncia esa misma corporación ante el general Córdoba el designio implacable de los carlistas de, como ya hemos visto, bombardear la plaza con proyectiles incendiarios. Algo ante lo que Córdoba, con total sinceridad, señala que bien poco puede hacer, salvo seguir a disposición de la ciudad para hacer frente a estos sucesos que considera males deplorables, sí, pero inherentes a toda guerra¹³³.

Si bien, pese a noticias así o bien otras de la misma fecha más tranquilizadoras (como las contenidas en la correspondencia de 4 de abril de 1836), la tensión épica –por así llamarla– que vive la ciudad que aguarda la llegada efectiva de los británicos y sus vapores de guerra, no disminuye en ese mes de abril, como podemos ver por una carta, otra más, cruzada entre la reina gobernadora y la ciudad el 20 de abril de 1836, donde se señalaba que Su Majestad estaba satisfecha con las muestras que daba la ciudad y su Guardia Nacional de ir a defender esa importante plaza hasta el fin...¹³⁴.

Aun así, incluso antes de que llegasen a Madrid noticias del éxito de la operación de 5 de mayo de 1836, la Corte sólo recibirá noticias relativamente tranquilizadoras por parte del Ayuntamiento de San Sebastián: la Legión Británica ha desembarcado, en efecto, y por parte de los carlistas no se anota más actividad que la construcción de zanjas y parapetos en la zona del actual barrio de Gros, junto al entonces convento de San Francisco. Según decía una carta firmada, precisamente, por uno de los mandos que más se destacan en esta primera guerra carlista, el general Rodil¹³⁵.

Se trata de retazos que, sin duda, nos pueden dar una idea más exacta de los problemas que iban a tener que afrontar esos hombres a los que acompa-

132. AMSS E 5 III 2133, 8, carta de 14 de marzo de 1836.

133. AMSS E 5 III 2133, 7, carta de 4 de abril de 1836.

134. AMSS E 5 III 2133, 8, carta de 20 de abril de 1836 y AMSS E 5 III 2133, 7, carta de 4 de abril de 1836 y carta de 29 de abril de 1836. La carta de 4 de abril alude a escasa actividad por parte de los carlistas desde sus baterías de Mendizorrotz, llamado en esta carta “Montefrío”. Carlos Santacara menciona el testimonio de un oficial británico anónimo que pensaba que la Guardia Nacional estaba dispuesta a capitular. Según parece en la Corte de Madrid la impresión es muy otra, como se deduce de estos documentos. Véase SANTACARA: *La primera guerra carlista vista por los británicos 1833-1840*, pp. 162-163.

135. AMSS E 5 III 2133, 7, carta de 9 de mayo de 1836. Sobre esta zona y su evolución en esas fechas, véase Fermín MUÑOZ ECHABEGUREN: *San Sebastián, el monte Ulía y arenas, ayer y hoy*. Instituto de historia donostiarra Dr. Camino. Donostia-San Sebastián, 2008. Sobre el general Rodil véase DE PORRAS Y RODRÍGUEZ DE LEÓN: *La Expedición Rodil y las legiones extranjeras en la 1ª Guerra Carlista*.

ñaba Somerville y que llegan a La Concha a bordo de los vapores de guerra británicos entre el 4 y el 5 de mayo del año 1836.

En efecto, minucioso como siempre, el escocés nos describe, con todos sus detalles, aquello a lo que esos hombres iban a enfrentarse en esos momentos. Dice así que los carlistas tenían una doble línea de fortificaciones que se extendía desde el río que él llama “Urimea” –es decir, el Urumea–, al Este de lo que, desde el punto de vista de Somerville, era entonces un profundo valle, al que describe con la palabra escocesa, “glen” y no con la inglesa “valley”, que se extendía dos millas hacia el Oeste para desembocar sobre el mar unas dos millas más allá del río¹³⁶.

Toda esa línea tenía un aspecto ciertamente formidable vista desde la baja cota en la que se encontraban las tropas de la Legión Auxiliar Británica que deberían avanzar, por supuesto, bajo el fuego de la Artillería y mosquetería carlista, cuesta arriba hacia ellas una vez que el *Salamander* y el *Phoenix* los desembarcasen en las playas donostiarra o que, como vamos a ver, se los guiase hacia ese campo de batalla desde la ciudad por lo que hoy día es el apacible paseo de La Concha.

Dice Somerville que las alturas estaban llenas de poblaciones y casas dispersas con pequeños muros, que todas ellas habían sido aspilleradas por los carlistas abriendo troneras –“loopholes”– en sus paredes¹³⁷.

Donde no estaban esas fortificaciones, los asaltantes, es decir, los hombres de la Legión Británica que estaban a bordo de ambos vapores de guerra británicos o habían salido desde la ciudad de madrugada, se iban a encontrar con la defensa natural que producía la altura en la que estaban emplazadas las defensas carlistas propiamente dichas, a una media milla de San Sebastián, aprovechando acequias –“ditch banks”–, hondos senderos –“deep cut lanes”– y accidentes similares reforzados con parapetos y barricadas de barriles llenos de tierra¹³⁸.

A más altura había otros puntos fortificados que, en ocasiones, estaban separados unos de otros por hondos fosos (“deep hollows”) y desde los que los mosquetes carlistas podían disparar cómodamente contra las tropas que, como estaba a punto de ocurrir con los hombres de la Legión Británica que iban a desembarcar el *Salamander* y el *Phoenix*, avanzasen sobre esas defensas a las que, como vemos, no es tan difícil calificar como formidables, amenazantemente formidables¹³⁹.

136. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 65.

137. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 65.

138. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 65.

139. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 65.

Todo el camino entre San Sebastián y la localidad que Somerville llama “Harnani” –obviamente Hernani– pasaba a través de esos puntos fortificados y había en él varias zonas cubiertas con barricadas¹⁴⁰.

El conjunto, visto desde la ciudadela de San Sebastián, y desde el punto de vista de aquellos que debían asaltar esas posiciones saliendo desde esa ciudad o desembarcando desde los vapores de guerra británicos, era el de un conjunto de fortificaciones contra las que no sería un asunto nada fácil enviar una fuerza suficiente como para hacer retroceder al enemigo¹⁴¹.

La situación de la noche entre el 4 y el 5 de mayo de 1836 fue especialmente tensa.

En esos momentos se dan órdenes de que un ataque será lanzado a la mañana siguiente¹⁴².

En realidad las tropas son formadas en San Sebastián esa misma madrugada en un cuadro de bastante dramatismo bélico. Nada extraño, por otra parte, si tenemos en cuenta, por ejemplo, cartas como la escrita por Ramón Rebollo al Ayuntamiento de la ciudad un par de meses antes, informando de la falsa alarma deliberada –toque de generala y cañonazos incluidos– que había lanzado el 24 de febrero de 1836 para comprobar la capacidad de reacción de las tropas en caso de un ataque por sorpresa. Éstas habían demostrado estar en perfectas condiciones para hacer frente a esa situación límite, acudiendo con un despliegue perfecto a los puestos de combate que Rebollo les tenía señalados para una situación así...¹⁴³.

Una poco normal normalidad para las tropas destinadas en San Sebastián en ese momento que, naturalmente, afecta a todo lo que ocurre a la Legión Británica y más en vísperas de lanzar ese ataque que será de los más costosos para esta unidad a lo largo de toda su intervención en esta primera guerra carlista.

140. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 65.

141. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, pp. 65-66.

142. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 66. Sobre el reflejo de esa acción en las actas municipales un breve resumen en MUÑOZ ECHABEGUREN: *Anales de la Primera Guerra Carlista en San Sebastián*, pp. 111-112. Resultan de interés las notas que recoge Santacara de otras fuentes distintas sobre este episodio. Véase SANTACARA: *La primera guerra carlista vista por los británicos 1833-1840*, pp. 192-194. Un informe de un oficial británico, afecto a los carlistas, señala que la Legión, tras la batalla, tiene un aspecto lamentable y su disciplina también deja bastante que desear. No puede, sin embargo, dejar de reconocer su bravura en esta acción.

143. AMSS E 5 III 2133, 6, carta de 25 de febrero de 1836.

En efecto, dice Somerville que, tras discutirse con Evans lo que iba a hacerse, los oficiales empezaron a dar instrucciones a sus hombres. Alguno de ellos pidiéndoles que fueran compasivos con los prisioneros que pudieran caer en sus manos... Otros como el coronel Fortescue, al mando de los tiradores de élite, los famosos “Riflemen” o fusileros, advirtiendo que no debían ni dar ni esperar cuartel, pues estaban luchando con verdaderos salvajes que no dudarían en matarlos si los cogían prisioneros. Una gruesa orden que Somerville excusa señalando que, tal vez, se había exagerado, encenagada por los furiosos debates a los que palabras así dieron lugar en el Parlamento y en la opinión pública británica, erizada –a favor y en contra, como ya hemos visto en un apartado anterior– por cualquier cosa que tuviera que ver con la Legión Británica. Diatribas que tal vez pasaban por alto que Fortescue de ese modo, según Somerville, sólo quería estimular el valor de sus hombres, quitándoles de la cabeza la idea de rendirse o, al menos, haciendo que la considerasen como una opción nada deseable y desesperada¹⁴⁴.

De un modo u otro la Legión quedará formada desde la una de la madrugada, bajo una densa lluvia. A las tres comenzarán a salir por las puertas de la ciudad para desplegarse al amparo de esa oscuridad sobre un terreno que Somerville describe como difícil, enfangado por las constantes lluvias que han persistido durante el tiempo previo al ataque¹⁴⁵.

A partir de ahí, las fuerzas se dividirán en un ala izquierda formada por la Brigada de Infantería Ligera, al mando del general Reid, por los fusileros o “Riflemen” de la Legión, el 3º y el 6º de la misma y por los “Chapelgorris” de la Diputación liberal guipuzcoana. Su objetivo sería tomar el flanco derecho de los carlistas apoyado en las fortificaciones que llegaban, como recordaremos, hasta el río Urumea¹⁴⁶.

144. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 66. La cuestión del trato a los prisioneros durante esta guerra es un asunto realmente controvertido. En principio se supone que hasta la convención de Lord Elliot, en 1835, no habría habido cuartel en ningún bando.

Sin embargo documentos fechados en 1833 por las autoridades carlistas, sobre las que ha recaído, como se ve en el discurso de Fortescue la peor fama sobre ese asunto, dejan constancia de que ese ejército sí captura y mantiene prisioneros. Consúltese Archivo General de Gipuzkoa-Gipuzkoako Artxibo Orokorra (desde aquí AGG-GAO) CA 84, 9.

145. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 66. Para una descripción sucinta de los hechos que vamos a considerar desde este punto del trabajo véase también BRETT: *The British Auxiliary Legion in the First Carlist War 1835-1838*, pp. 82-86.

146. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 66. Puede verse una representación de los uniformes de la Infantería Ligera encuadrada en la Legión Británica, ilustrativa aunque algo esquemática y en blanco y negro, en DE PORRAS Y RODRÍGUEZ DE LEÓN: *La Expedición Rodil y las legiones extranjeras en la 1ª Guerra*

La que Somerville llama Brigada Irlandesa, mandada por el general Shaw y formada por los regimientos 7, 9 y 10 de la Legión, debía tomar el centro de la línea de bloqueo carlista¹⁴⁷.

La izquierda debía ser tomada por el general Chichester, que estaba al mando del primer regimiento de la Legión Auxiliar Británica, dos compañías del octavo y cerca de 800 españoles, no habiendo desembarcado todavía el cuarto y los restos del octavo regimiento británico¹⁴⁸.

Según Somerville el convento de San Bartolomé –tantas veces aludido en la correspondencia de asuntos militares que pasa por manos del Ayuntamiento de San Sebastián en esas fechas– es el punto en el que convergen, o debían converger, esas tres líneas de ataque lanzadas contra las posiciones de asedio carlistas¹⁴⁹.

Desde allí, desde la carretera principal que llevaba al convento, las tres brigadas se dividirán y se desplegarán a la izquierda, al centro y a la derecha¹⁵⁰.

En ese punto estaban entrando en lo que podría llamarse tierra de nadie –Somerville lo llama “terreno neutral”–, a doscientas yardas –es decir, algo más de 180 metros– de ese punto, había algunas casas que eran los primeros puestos de centinela de las líneas carlistas al final de esa “neutral ground”...¹⁵¹.

A partir de ahí, a cubierto de la escasa luz que aún ilumina ese terreno embarrado por las lluvias, el séptimo regimiento de la Legión Auxiliar Británica se despliega para cubrir la vanguardia del ataque, que se hace con todo el silencio posible, para que los carlistas, que ignoran, como dice Somerville, la cercanía del enemigo, no sean conscientes de su presencia hasta que

...

Carlista, p. 123. Véase también BRETT: *The British Auxiliary Legion in the First Carlist War (1835-1838)*, pp. 226-227. También puede resultar de ayuda alguna de las ilustraciones de Carlos RILOVA JERICÓ: “La bahía de La Concha no siempre fue un “marco incomparable”. Breve descripción de un ataque suicida durante la Primera Guerra Carlista (5 de mayo de 1836)”. Recurso online <http://blogs.diariovasco.com/correo-historia/2015/08/17/la-bahia-de-la-concha-no-siempre-fue-un-marco-incomparable-breve-descripcion-de-un-ataque-suicida-durante-la-primera-guerra-carlista-5-de-mayo-de-1836/>.

147. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 66.

148. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 66.

149. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 66.

150. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 66.

151. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 66.

cada una de las líneas de ataque se encuentre situada en posición y se pueda lanzar un asalto lo más simultáneo posible¹⁵².

La tensión presente en esos momentos se puede leer perfectamente en el relato de Somerville. Las tropas, usando como escudo el despliegue del séptimo regimiento británico, se van desplazando en medio de la noche punteada por la luz de las hogueras carlistas sobre el terreno húmedo. Lo hacen en un silencio escalofriante, en el que no se oye ni el ruido de una voz, ni de una respiración, ni de un paso, con los hombres tratando de estar lo más cerca posible de su objetivo, antes de que la voz de alarma cundiera entre el enemigo y se recibiera la orden de cargar contra ellos¹⁵³.

Según Somerville eso ocurrirá cuando un centinela carlista pregunte “¿quién va?” y por toda respuesta obtenga “un Chapelgorri, carajo” y un disparo mortal que deja clara la naturaleza y las intenciones de los que se están desplegando en medio de la noche ante las posiciones carlistas¹⁵⁴.

En ese momento, todos y cada uno de los oficiales al mando de las tropas liberales compuestas en su mayoría por efectivos de la Legión Británica, lanzarán la orden de “Forward!”, ¡Adelante!¹⁵⁵.

La respuesta carlista está, aún así, a pesar de la sorpresa, bien preparada. Dice Somerville que el primer piquete carlista afectado por el ataque responde con una descarga cerrada de mosquetería que será repetida por el resto de los piquetes desplegados en esas líneas enemigas. Dice también Somerville que, en ese momento, se empezó a oír el silbido de las balas carlistas en medio de las líneas británicas y aliadas, obligando a los oficiales al mando a lanzar expresiones de ánimo a sus hombres (“come on!”, ¡vamos!)...¹⁵⁶.

En apenas un momento, como se deduce del relato de Somerville, ha comenzado una batalla en toda regla, con ayudas de campo galopando de un lado a otro sobre aquel terreno, embarrado y cruzado por el silbido de las balas, para llevar y traer órdenes. Todo ello con el general Lacy Evans en el punto más avanzado de las líneas británicas, donde empiezan a caer hombres. Algunos con un ligero gruñido, otros sin ni siquiera ese último gesto de queja ante la suerte de las armas que los ha convertido en bajas inmediatas

152. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 67.

153. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 67.

154. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 67.

155. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 67.

156. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 67.

nada más comenzados los combates, cayendo “silenciosamente muertos”, según las propias palabras de Somerville....¹⁵⁷.

Por lo demás nada detiene el avance de ese combinado de tropas británicas y vascas representadas, principalmente, por los chapelgorris de la Diputación liberal. A pesar de que esa operación poco tiene que ver con las órdenes dadas por el Alto Mando, que había pedido que se avanzase sin disparar un tiro hasta llegar lo más cerca posible de las posiciones carlistas. Lo bastante como para atacarlas a la bayoneta...¹⁵⁸.

Lo que sucederá, más bien, es que las tropas británicas y guipuzcoanas van tomando las posiciones avanzadas carlistas combatiendo en línea a las carlistas y cargando a bayoneta sólo allí donde es posible¹⁵⁹.

Un relativo desorden del que Somerville hace responsable en buena medida a los chapelgorris de la Diputación liberal guipuzcoana.

De ellos, en efecto, dice que son valientes y determinados en el combate, pero eso se convierte en un problema cuando olvidan que están bajo las órdenes de un comandante en jefe que actúa según un plan predeterminado¹⁶⁰.

En momentos así se vuelven absolutamente feroces en busca de los carlistas, a los que disparan en cuanto tienen la más mínima posibilidad de alcanzarlos, o los persiguen a bayoneta calada en otros momentos en los que quedan a su merced sin necesidad de gastar un disparo¹⁶¹.

Quienes sí cumplirán más ordenadamente esas instrucciones, según Somerville, serán los hombres del séptimo regimiento de la Legión Auxiliar Británica, formado en su mayoría por irlandeses.

Dice Somerville que casi sin disparar un solo tiro avanzan desafiando las descargas de mosquetería enemigas, soportando un ritmo de bajas terrible, con uno de sus hombres cayendo cada minuto herido o muerto entre esas líneas cada vez menos compactas gracias al bien dirigido fuego de los carlistas¹⁶².

Nada, en cualquier caso, que detenga su ordenado avance contra esas mismas líneas carlistas, dirigidos por su oficial al mando. El que Somerville llama “el indomable Swan”¹⁶³.

157. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 67.

158. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 67.

159. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 67.

160. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 67.

161. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 67.

162. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 67.

163. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 67.

Este oficial, como señala también Somerville, había sido considerado tiránico a la hora de disciplinar a sus hombres, pero en esos momentos demostrará ser bien digno del mando que se le ha dado, consiguiendo con esas tropas que actúan casi mecánicamente a resultas de esa disciplina, tomar la batería del lugar identificado como “molino de viento” que, Somerville, naturalmente, describe como “the wind-mill battery”¹⁶⁴.

Algo que logran desafiando nada menos que quinientas troneras ocupadas por otros tantos mosquetes carlistas que apuntan contra ellos, todo ello marchando bajo la luz grisácea del amanecer, como Somerville, literato al fin y al cabo, no pierde ocasión de señalar, saltando por encima de las vallas de piedra que cierran el acceso a esa batería carlista...¹⁶⁵.

Los carlistas se comportarán con extraordinaria bravura en ese combate, a pesar de que la resolución de los irlandeses del séptimo de la Legión Británica les podía hacer suponer que esos atacantes estaban respaldados por tropas más numerosas de las que en realidad les apoyaban. Así muchos carlistas caerán en el molino al negarse a rendirse, combatiendo a bayoneta calada con esos efectivos de la Legión Británica que, como vemos en el relato de Somerville, han llegado hasta allí desafiando terribles bajas y un compacto fuego enemigo¹⁶⁶.

Según Somerville en ese punto se producirá una verdadera carnicería hasta que los carlistas se retiren dejando en manos aliadas ese punto, que es el primero de importancia que se arrebató a las líneas de asedio carlistas¹⁶⁷.

Los irlandeses, siempre según el relato de Somerville, serán felicitados por el mismísimo Lacy Evans, que les dirigirá estas palabras de encendido elogio: “Os estáis comportando noblemente, Irlandeses”¹⁶⁸.

Un corto homenaje, desde luego, pero es que, tal y como señala Somerville, es hecho sobre la marcha, mientras Lacy Evans continúa avanzando con el resto de tropas. Una marcha que sólo detendrá para estas palabras de elogio y para enviar mensajes a los otros generales de la Legión involucrados en esta operación que, por el momento, se está viendo coronada por el éxito, pero que está lejos de ser la rotunda victoria que la ciudad asediada, y la causa que defendía, necesitaban¹⁶⁹.

164. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 67.

165. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 67.

166. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 67.

167. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, pp. 67-68.

168. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 68.

169. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 68.

En efecto, Somerville indica a continuación que la primera línea de las fortificaciones carlistas había caído, pero que la segunda no caería igualmente a menos que se hiciera lo que el escocés llama “un esfuerzo desesperado” para tomar esa otra serie de defensas carlistas¹⁷⁰.

Era un punto ciertamente ominoso. Somerville señala que no era tan fácil de tomar como esos primeros reductos que, como acabamos de ver, tampoco eran una tarea sencilla de llevar a cabo.

Dice Somerville que en la segunda línea esperaban, a las ya muy castigadas filas de la Legión Auxiliar Británica y a sus aliados guipuzcoanos, cinco piezas de Artillería distribuidas en diferentes puestos de esa segunda línea. Una que incluía el reducto de Lugariz, que Somerville describe como fuertemente constituido y bien atrincherado¹⁷¹.

Un obstáculo formidable y al que, además, había que llegar desafiando el fuego de mosquetería que los carlistas hacían desde detrás de cada casa, desde las troneras abiertas en muros de piedra, desde zanjas abiertas en el terreno... en fin, desde cualquier punto que, como dice Somerville, ofreciera refugio a los tiradores carlistas¹⁷².

Es en esas condiciones en las que se tratará de tomar esa segunda línea, con el fuerte de Lugariz como principal obstáculo.

Unos esfuerzos que, como señala Somerville, serán rechazados en varias ocasiones en las que se trató de vencer la resistencia carlista lanzando a los efectivos británicos a la carga. Una tras otra, todas rechazadas con “gran determinación” por el enemigo...¹⁷³.

A partir de ese momento la Legión Británica se ve envuelta en numerosos combates dispersos sobre esa segunda línea carlista.

Unos para consolidar las posiciones tomadas. Otros, los más sangrientos y difíciles, para tratar de romper esa segunda línea carlista.

Entre los primeros destaca Somerville el papel jugado por la Brigada de Infantería Ligera de la Legión, que, tras la caída del molino de viento, tomarán puestos de igual consideración¹⁷⁴.

En esas operaciones se distinguirá en especial el coronel Tupper, cargando con gran valor a la cabeza de su regimiento. Primero será herido en el brazo, pero aún así no se retirará, disimulando la herida bajo su capote,

170. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 68.

171. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 68.

172. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 68.

173. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 68.

174. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 68.

manteniéndose al frente de sus tropas durante más de dos horas, hasta que un balazo en la cabeza lo mata en cuestión de minutos. Los que tarda en pronunciar palabras de ánimo a sus oficiales subalternos, diciéndoles que continúen adelante, que él no es imprescindible, que pueden encontrar otro que combata junto a ellos, y que recibirán la bien merecida aprobación de su país siguiendo su avance sobre esa línea barrida por ese mortal fuego enemigo¹⁷⁵.

Más suerte, a pesar de que asume iguales riesgos, correría otro de los significados oficiales de las tropas ligeras que asisten a la Legión Británica. No otro que el ya mencionado coronel Fortescue, de los fusileros. El mismo que antes de salir de San Sebastián había dicho a sus hombres que no hicieran prisioneros, pues luchaban con salvajes que no dudarían en matarlos sin respetar esas convenciones de buena guerra.

Según Somerville, Fortescue se enfrentó, mano a mano –esa es la expresión que el escocés utiliza–, a los carlistas en diferentes ocasiones aquella mañana. Y eso a pesar de que también había sido herido al comienzo de los combates¹⁷⁶.

Según Somerville, Fortescue tenía un aspecto verdaderamente estremecedor, con su uniforme hecho trizas, prácticamente arrancado de su cuerpo. Algo que no le impide marchar por entre arbustos, sobre vallas o hundirse hasta las rodillas en las acequias, sacando a sus hombres de esas zanjas y del barro en el que se estancan. Una conducta que le gana, desde ese momento, el apelativo de “Loco Fortescue”¹⁷⁷.

Llega así Somerville al punto más dramático del asalto contra el punto más fuerte de las líneas de asedio carlistas.

Su descripción de los hechos indica que el séptimo y el noveno regimiento de la Legión son repelidos varias veces por las defensas carlistas cuando tratan de cargar contra sus líneas. Las sucesivas retiradas de esos efectivos se harán, por otra parte, tras dejar un alto número de bajas sobre el terreno...¹⁷⁸.

Así hasta que se une a ellos, con el décimo regimiento, el coronel Fitzgerald. Según el relato de Somerville, Fitzgerald tratará de darles ejemplo subiéndose sobre la cerca de piedra tras la que se han refugiado para protegerse del fuego carlista¹⁷⁹.

175. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 68.

176. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 68.

177. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 68.

178. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 68.

179. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 68.

En principio el ejemplo cundirá y, tal y como nos dice Somerville, los hombres tratarán de seguir a Fitzgerald. Sin embargo, sus ánimos se enfriarán bastante a medida que al sobrepasar la valla reciban descarga de mosquetería tras descarga de mosquetería, fuego enemigo que los diezma tan rápido como llegan a lo alto de la valla, de la que, como dice Somerville, caen tan pronto como se alzan sobre ella en una imagen que recuerda más a escenas de la guerra de trincheras de 1914 que a otro conflicto más similar, en principio, a los de época napoleónica...¹⁸⁰.

De ese modo, esas unidades de la Legión, tan duramente castigadas, quedan clavadas al terreno por ese intenso fuego. A lo que también ayuda que, excepto Fitzgerald, han caído todos los oficiales que se han atrevido a dar ejemplo de valor subiéndose en la fatídica valla¹⁸¹.

Fitzgerald, en esos momentos críticos, se dirigirá a los hombres para que le sigan, una vez más, empleando una variopinta arenga: “*¡Irlandeses! los del décimo, el noveno, el séptimo; chicos de Munster, trotapantanos, granujas, venid con el viejo Charlie. Me quedaré aquí hasta que me alcance un disparo si no venís*”¹⁸².

Según la versión de los hechos de Somerville aquello no era una bravata del viejo Charlie Fitzgerald. Las líneas carlistas apuntaban bien hacia la cerca en la que estaba arriesgando la vida el coronel. Así, por ejemplo, se veía a las balas de mosquete impactar contra ella, y, de hecho, esos disparos mataron a algunos de los que sólo habían quedado heridos en torno a ese improvisado parapeto...¹⁸³.

Todo aquello será bastante para que uno de los soldados se alce y salte la valla señalando que, si era por él, el “viejo Charlie” no moriría solo. A ese ejemplo seguirán el resto de los hombres de la Legión que, encontrándose allí, aún están en condiciones de combatir¹⁸⁴.

El resultado inmediato, nos dice Somerville, será que muchos oficiales, y bastantes hombres, caerán bajo el fuego de mosquetería carlista. Entre ellos el capitán Thompson, del noveno regimiento, que Somerville describe como un tipo valiente y audaz severamente herido en ese momento...¹⁸⁵.

180. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, pp. 68-69.

181. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 69.

182. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 69. La cursiva es mía.

183. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 69.

184. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 69.

185. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 69.

Como vemos, según la vívida descripción de Somerville, el 5 de mayo de 1836 la Legión Británica que tanto ha costado reclutar, que tanta polémica ha generado en Gran Bretaña y su Parlamento, está involucrada en una batalla de proporciones épicas.

Sin embargo, lo cierto es que ese instante crítico del crítico asalto contra el núcleo duro de las líneas de asedio carlista resulta un tanto diferente si consultamos la propia obra del mencionado capitán Thompson: “Twelve months in the British Legion” sobre esos hechos...

Merece pues la pena que analicemos en detalle esa acción desde el punto de vista de este otro oficial británico, ya que da un sesgo casi completamente diferente a las arengas que se lanzan desde aquella fatídica cerca de piedra donde se están escenificando actos de valor verdaderamente suicidas.

En efecto, según el relato del capitán Charles Thompson, testigo directo de los hechos desde primera línea, a diferencia de lo que ocurre con Somerville en el caso de esta acción de 5 de mayo de 1836, las tropas de la Legión Auxiliar Británica, quedarán, en efecto, clavadas al terreno, a mitad de camino, por el nutrido fuego que hacen sobre ellas las líneas carlistas que aún resisten.

Sin embargo Thompson no duda en señalar honestamente que junto con ellas y dando, según el propio Thompson, un gran ejemplo de valor, estaban un oficial del regimiento Segovia y sus hombres.

Ese regimiento español, que no aparece en el relato de Somerville en absoluto, era, por otra parte, un viejo conocido de la Legión Británica.

Así es, el Segovia y la Legión Británica ya habían marchado antes juntos. A pesar de que Thompson no lo menciona, Pablo Collado, como ya hemos indicado uno de los principales comerciantes donostiarra que actúa en esos momentos como gestor de los intereses de San Sebastián en el campo liberal español e incluso en Francia, indicaba en diciembre de 1835 a la ciudad, desde Zaragoza –adonde había llegado a uña de caballo desde Urdax tras acordar el envío a San Sebastián de dos oficiales de Artillería por parte del general Harispe– que se había dado orden para que inmediatamente pasasen a San Sebastián un batallón inglés acompañado de varios artilleros y del regimiento Segovia¹⁸⁶.

186. AMSS E 5 III 2133, 6, cartas de 9 y 29 de diciembre de 1835. Harispe, según se dice en la primera de esas cartas, apresuradamente escrita a las 9 de la mañana, justo en el momento en el que Collado se disponía a montar para salir hacia Zaragoza, había pedido incluso permiso a París para que le permitieran enviar esos dos oficiales artilleros junto con su dotación de soldados.

Collado igualmente ya indicaba lo que iba a ser en esencia esta operación del 5 de mayo de 1836, indicando en esa misma carta que se había movilizado a la guarnición liberal de Bilbao, que sería transportada “por medio de los barcos de vapor” hasta San Sebastián para “hacer alejar de esa plaza los batallones Carlistas que tanto incomodan”. Una petición ésta, como señala Collado en una carta posterior, hecha a instancias suyas en Santander –ciudad de la que es originaria su familia– el día 17 de diciembre de 1835. Exactamente a las seis de la tarde de ese día...¹⁸⁷.

Lo cierto, en cualquier caso, es que ni el Segovia, ni los batallones irlandeses de la Legión harán buenas esas prudentes y algo pesimistas expectativas de Pablo Collado (que a principios de 1836 es destinado a Bayona para tratar asuntos con el ya mencionado conde de Harispe).

Así es, pese a lo que cuenta el relato de Thompson sobre el razonable temor que se apodera de las líneas británicas a mitad de camino de las fortificaciones carlistas y que él se ve obligado a conjurar como mejor puede antes de caer herido de consideración¹⁸⁸.

Se trata de una terrible situación, coincidiendo en esto su relato con el de Somerville.

Para empezar, Thompson llega a ese punto batido, entre la primera y la segunda línea de asedio carlista, con la acción ya iniciada.

En efecto, en su vívida descripción dice que asciende hacia los puntos de resistencia de los carlistas subiendo hacia la zona del molino, donde él trata de poner orden entre sus hombres, resentidos por la resistencia y por la dificultad del ascenso. En esos momentos se entera de que las otras tres compañías del regimiento y sus granaderos ya habían sido avanzadas hacia las líneas carlistas. Él, sin embargo, recibe órdenes de quedarse a resguardo hasta que le mandasen órdenes para avanzar¹⁸⁹.

Thompson dice que, siguiendo esas primeras órdenes, pondrá a la compañía bajo su mando detrás del recién tomado molino de viento y desde allí tratará de hacerse una idea de lo que está ocurriendo en esos dramáticos momentos del 5 de mayo de 1836, en esta primera acción de verdadera envergadura de un cuerpo que, conviene no olvidarlo, ha sido reclutado entre lo más variopinto de la sociedad británica y que, aparte de los soldados profesionales retirados con los que contaba, el resto de sus integrantes sólo

187. AMSS E 5 III 2133, 6, cartas de 29 de diciembre de 1835 y 4 de enero de 1836.

188. AMSS E 5 III 2133, 6, carta de 1 de enero de 1836.

189. KMKU J. U. 3674 THOMPSON: *Twelve months in the British Legion*, p. 228.

ha recibido muy recientemente, tras el desembarco en España, su entrenamiento militar¹⁹⁰.

Desde ese punto en el que se encuentran relativamente resguardados del fuego carlista, Thompson ve una escena que, tal y como él la describe, resulta, cuando menos impactante.

Dice que bajo él se extendía un profundo valle cubierto de hierba y salpicado, aquí y allá, con huertos de calabazas y manzanos. Tras esa imagen bucólica, sin embargo, estaba la segunda línea de defensa carlista, donde distingue las boinas blancas de los carlistas iluminadas por la luz del amanecer cada vez que se alineaban para lanzar sus descargas de mosquetería sobre las líneas liberales que avanzaban hacia ellos¹⁹¹.

Cerca del molino donde se encontraban, estaban las posiciones tomadas por la Legión, desde donde también se disparaban descargas de mosquetería en abundancia contra las líneas carlistas que, por supuesto, daban respuesta¹⁹².

Para dar una idea de la intensidad del fuego que en esos momentos se cruza entre ambas líneas, la carlista y la liberal, apostadas cada cual tras sus parapetos, dice Thompson que no menos de cinco disparos dieron en un espacio tan reducido como un plato sopero en la pared de una casa cercana al punto en el que él y sus hombres estaban parapetados¹⁹³.

Añade a eso que muchas de las heridas que causaban entre sus filas eran sencillamente espantosas y que numerosos oficiales conocidos suyos fueron alcanzados por ese descomunal fuego de mosquetería carlista y se les debió llevar de vuelta a retaguardia. El “quartermaster” Warner, adscrito al servicio del regimiento 7 de la Legión, cayó justo delante de Thompson, que describe esa muerte en toda su crudeza: sus labios quedaron azules y sus ojos en blanco. Señas características, dice el capitán Thompson, de los que mueren de inmediato al ser alcanzados por un balazo, como fue el caso de Warner¹⁹⁴.

Es más, dice Thompson que, en menos de cinco minutos, el punto en el que se parapetaban las líneas británicas, estaba tan lleno de heridos y muertos que apenas se dejaba espacio a los oficiales supervivientes para mantener ordenadamente a los hombres aún vivos en línea de combate¹⁹⁵.

190. KMKU J. U. 3674 THOMPSON: *Twelve months in the British Legion*, p. 228.

191. KMKU J. U. 3674 THOMPSON: *Twelve months in the British Legion*, p. 228.

192. KMKU J. U. 3674 THOMPSON: *Twelve months in the British Legion*, p. 229.

193. KMKU J. U. 3674 THOMPSON: *Twelve months in the British Legion*, p. 229.

194. KMKU J. U. 3674 THOMPSON: *Twelve months in the British Legion*, p. 229.

195. KMKU J. U. 3674 THOMPSON: *Twelve months in the British Legion*, p. 229.

Thompson dice que, en tal situación, la protección que les da el molino es sólo parcial, quedando muy a menudo expuestos a las descargas de mosquetería carlista. Así tendrán que esperar un cierto lapso en el que nada saben de su coronel, ni de su comandante. Durante esa tensa espera verán al regimiento 7 de la Legión Británica tratar de romper las líneas carlistas lanzándose a ese valle entre las dos líneas de defensa –la tomada por los liberales y la aún retenida por los carlistas– completamente batido por los mosquetes carlistas. Justo en ese momento llegará un ayuda de campo –Thompson lo identifica por el apellido Edge– y les dirá que, por orden del teniente general (se supone que se refiere a Lacy Evans), deben tratar de tomar la siguiente línea carlista a punta de bayoneta...¹⁹⁶.

Thompson no se lo pensará dos veces, mandará a sus hombres formar en línea de dos en fondo. Una orden que sólo se cumplió a medias, porque el ruido de la mosquetería era tal que sólo los soldados más próximos a él oyeron lo que decía. La mitad de la compañía quedó con el teniente al mando, protegida tras los muros y no se movió hasta bastante después, distinguiéndose, sin embargo, nos dice Thompson, en la toma del reducto carlista¹⁹⁷.

Thompson avanzará bajo el fuego, viendo al pasar al Estado Mayor de la Legión Británica en un punto más avanzado y en no mejores condiciones que las de desafiar ese mismo fuego enemigo¹⁹⁸.

El general Shaw lo verá a él, a su vez, en esas circunstancias y le mandará subir resguardándose en lo posible a través de los huertos del valle. De hecho, dice Thompson, las mermadas tropas bajo su mando, y las de Shaw, serán repartidas en pequeños grupos para ofrecer menos blanco a unos carlistas que no pierden ocasión de hacer fuego sobre las deladoras casacas rojas que visten aquellos hombres. Idea que se le ocurrirá al coronel Swan, con el que se encuentra a mitad de camino de aquel difícil ascenso¹⁹⁹.

Thompson verá, otra vez, escenas realmente dramáticas. Como es el caso del capitán Mould del regimiento 10 de la Legión Británica, alcanzado en el pecho por un balazo que le hace vomitar sangre mientras pide un agua que los que avanzan, como Thompson, no le pueden proporcionar²⁰⁰.

196. KMKU J. U. 3674 THOMPSON: *Twelve months in the British Legion*, p. 230.

197. KMKU J. U. 3674 THOMPSON: *Twelve months in the British Legion*, p. 230.

198. KMKU J. U. 3674 THOMPSON: *Twelve months in the British Legion*, p. 230.

199. KMKU J. U. 3674 THOMPSON: *Twelve months in the British Legion*, p. 231.

200. KMKU J. U. 3674 THOMPSON: *Twelve months in the British Legion*, p. 232.

Curiosamente, a pesar de que entre sus hombres y los del coronel Swan suman tan sólo entre 40 y 50 efectivos, los carlistas se retirarán hacia su tercera línea de defensa al temer que las tropas liberales les ataquen por el flanco con estos dramáticos y costosos avances²⁰¹.

Aún así, el enemigo se rehará rápidamente y tratará de desalojarlos del reducto que acaban de tomar a punta de bayoneta. Esas cargas carlistas serán hasta dos veces contrarrestadas por esa exigua fuerza, que contraatacará a la bayoneta, siendo rechazadas esas contracargas casi suicidas en dos ocasiones por los carlistas²⁰².

La situación de Thompson, como vemos, llegará a ser realmente crítica. Es precisamente en ese momento, mientras trata de reagrupar a sus hombres, cuando verá llegar a soldados españoles del regimiento Segovia. Entre ellos un capitán que hará verdaderos prodigios de valor para tratar de que las tropas, diezmadas, confusas, casi desmoralizadas, den una carga decisiva contra los carlistas que aún resisten entre la segunda y la tercera línea de defensa²⁰³.

Dicho capitán español, cuyo nombre no llegó a saber Thompson, se levantará sobre el parapeto y hará lo mismo que en la versión de Somerville sólo llegan a hacer oficiales británicos.

Es decir, subirse al muro sobre el que se parapetan las tropas y, exponiéndose de manera completamente temeraria al fuego que hacen los carlistas, animar a los hombres. En su caso agitando una pequeña bandera roja en una mano y su sable de oficial en la otra²⁰⁴.

Desde allí logrará galvanizar a los británicos, dándoles orden de avanzar. Curiosamente en francés, tal y como apunta Thompson. Sin duda la suerte de los valientes debía rodear a este capitán español, pues su gesto de bravura es saludado por nuevas descargas de mosquetería carlista que obligan a las tropas españolas y británicas, que avanzan ya entremezcladas, a seguir el ejemplo de este oficial²⁰⁵.

Se llega así al momento en el que, como nos contaba Somerville, los hombres de la Legión Británica son arengados con toda clase de sobre-

201. KMKU J. U. 3674 THOMPSON: *Twelve months in the British Legion*, p. 232.

202. KMKU J. U. 3674 THOMPSON: *Twelve months in the British Legion*, p. 232.

203. KMKU J. U. 3674 THOMPSON: *Twelve months in the British Legion*, p. 233.

204. KMKU J. U. 3674 THOMPSON: *Twelve months in the British Legion*, p. 233.

205. KMKU J. U. 3674 THOMPSON: *Twelve months in the British Legion*, p. 233.

nombres heroicos –granujas, trotapantanos, etc.– para conseguir que sigan avanzando²⁰⁶.

En esa tarea, como reconoce honestamente el capitán Thompson, seguirá distinguiéndose aquel capitán español del regimiento Segovia que, en palabras del propio Thompson, se mantiene como una torre en medio de esa tormenta²⁰⁷.

Una información que se corrobora con otra documentación firmada nada menos que por el propio Lacy Evans, donde, en efecto, se desmiente la impresión compartida por Somerville y Thompson sobre la ausencia total, o casi total, de tropas españolas en esta acción del 5 de mayo de 1836²⁰⁸.

Así es, entre la documentación del Archivo Municipal de San Sebastián hay una larga carta del general Lacy Evans dirigida a la Diputación guipuzcoana liberal, al Ayuntamiento de San Sebastián y, literalmente, “á mis valientes compañeros del Batallón de Guardia Nacional y patriotas refugiados de otros pueblos agregados al expresado Batallón”²⁰⁹.

Ahí Evans da una lista de tropas españolas, levadas dentro y fuera del territorio guipuzcoano, presentes en esta acción de 5 de mayo de 1836 que son, sin duda, mucho más numerosas que el destacamento del regimiento Segovia y su bravo capitán mencionado tan elogiosamente por Thompson.

Evans, además, elogia en su propio documento la galantería de las donostiarras hacia los numerosos heridos hechos en las líneas aliadas y la modestia de las autoridades guipuzcoanas, que no han querido exaltar la participación de sus hombre en esos hechos, pero que él, Evans, por su parte, no quiere dejar de elogiar públicamente en esta interesante carta el honor que supuso para él mandar aquel día tropas que nada, desde luego, tenían que ver con las reclutadas en las Islas Británicas y enumeraba así: “á saber

206. KMKU J. U. 3674 THOMPSON: *Twelve months in the British Legion*, p. 234. Otros epítetos serán “Irlandeses”, “O’Connellitas” y uno de más difícil traducción: “repalers”. En el caso de “Irlandeses” es obvio lo que se quiere decir a esos hombres: que hagan honor a la fama de bravura que se ha ganado ese pueblo. Con “O’Connellitas” tampoco hay mayor misterio: se trata de recordarles que luchan por O’Connell, uno de sus más queridos jefes, identificándoles con él como si fueran parte de su familia. Con respecto a “repaler” el significado es más escabroso. Acaso podría ser una forma corrompida de “raparee”, las fuerzas irregulares irlandesas que, apoyadas por el Ejército de Luis XIV de Francia, combaten contra Guillermo de Orange tras la nueva invasión de la isla como culminación de la llamada “Revolución Gloriosa” de 1688.

207. KMKU J. U. 3674 THOMPSON: *Twelve months in the British Legion*, p. 234.

208. AMSS E 5 III 2133, 8, carta de 13 de mayo de 1836.

209. AMSS E 5 III 2133, 7, carta de 13 de mayo de 1836. Sobre esta carta véase una transcripción parcial en MUÑOZ ECHABEGUREN: *Anales de la Primera Guerra Carlista en San Sebastián*, pp. 113-114.

la bizarra compañía movilizada de su Guardia Nacional, el Regimiento de Voluntarios de Guipuzcoa y los de Oviedo, Zaragoza, Segovia y Jaen”...²¹⁰.

Olvidarlos, como dice el propio Evans, sería cometer la “mayor injusticia” obviando cómo rivalizaron en valor con los que el general británico llama “sus amigos los Yngleses”. Descuido que, como acabamos de ver sí cometen otras fuentes como las respectivas narraciones de Somerville –en su totalidad– y Thompson –parcialmente– que, desde aquí, debemos considerar veraces a la hora de describir los hechos del 5 de mayo de 1836 sólo hasta ese punto²¹¹.

Es oportuno señalar aquí que no sólo el general en jefe de la Legión recuerda la presencia de tropas no británicas entre los que participan en esa acción de 5 de mayo de 1836. También se puede encontrar en otras fuentes el recuerdo de la presencia de chapelgorris y regimientos de línea españoles participando activamente en esa acción.

Es el caso, por ejemplo, de la narrativa de otro soldado de la Legión, no presente en los hechos pero, como en el caso del sargento Somerville, sí con acceso a testimonios de aquellos que estuvieron allí. Se trata de las memorias de R. Henderson, furibundo partidario de Evans y sus posturas políticas, que señala que esas unidades están presentes en el momento en el que se avanza sobre las líneas carlistas en la madrugada del 5 de mayo de 1836²¹².

Lo cierto es que, ambas versiones de los hechos de 5 de mayo de 1836, la que podemos encontrar en fuentes como las escritas por Somerville y la sostenida por Evans y sus partidarios, a pesar de divergir en puntos como estos, vienen a coincidir en que la situación no se despejara completamente

210. AMSS E 5 III 2133, 7, carta de 13 de mayo de 1836. La cursiva es mía. A este respecto resulta imprescindible contrastar todo lo dicho por fuentes como las obras de Somerville y Thompson con documentos como KMKU CA-32 F-31. Se trata de un manifiesto firmado por el comandante de la Guardia Nacional donostiarra, Joaquín de Sagasti, en el que se vierten abundantes elogios a la acción de las tropas británicas, por mar y por tierra, y se deja en manos de la honradez de Lacy Evans el dar cuenta de la actitud de tropas no británicas, como la Guardia Nacional donostiarra, en esa acción. Una confianza que, como vemos, Evans no defraudará.

El manifiesto de Sagasti, por lo demás, coincide en la descripción de los hechos del 5 de mayo de 1836 que podemos encontrar en obras como las de Somerville y Thompson.

211. AMSS E 5 III 2133, 7, carta de 13 de mayo de 1836. Evans, por supuesto, corrobora esas palabras en documentos posteriores destinados al público británico. Así señala que el ataque del 5 de mayo de 1836 estaba formado por 6000 hombres, de los cuales tres cuartas partes eran británicos y el resto españoles. Consúltese ZM-MZ R. 2431 B4 DE LACY EVANS: *Memoranda of the contest in Spain, January 1840*, p. 44.

212. Consúltese ZM-MZ R. 912 B 4 R. HENDERSON: *The soldier of three queens. A narrative of personal adventure*. Saunders, Otley and Co. London, 1866. Vol. I, pp. 294 y 299.

hasta que intervengan las fuerzas navales británicas que están en la Bahía de La Concha.

Ciertamente, como señala Thompson, las soflamas lanzadas en el punto más álgido de ese frente por la oficialidad británica y española, jugándose la vida, como acabamos de ver, permitirá reunir fuerzas significativas para seguir pensando en dar un asalto definitivo contra esos núcleos de resistencia carlista. Como dice Thompson, a aquel crítico punto del campo de batalla irán llegando más unidades dispersas, retazos de diez o veinte hombres mandados por oficiales que han logrado llevarlos a esa altura²¹³.

Sin embargo estas mismas fuentes –Thompson, Somerville...– insisten en el papel capital que juegan las unidades navales ancladas en esos momentos en La Concha.

Así es, la ayuda, controvertida ayuda –como casi todo lo que rodea a la Legión Británica– que los vapores de guerra británicos prestarán durante esa operación del 5 de mayo de 1836, decantará el éxito de ésta del lado de los liberales²¹⁴.

En efecto, con respecto a las operaciones navales en la Bahía de la Concha a las que alude Somerville por extenso, uno de los principales especialistas vascos en Historia Marítima, Mariano Ciriquiain Gaiztarro, ya avisaba en el año 1949, comentando el estudio del capitán Julio F. Guillén y Tato sobre el primer vapor de guerra español, el *Isabel II*, que eran de una importancia extraordinaria y daban una visión bastante diferente a la que se tenía de las operaciones en torno a San Sebastián vistas sólo desde tierra²¹⁵.

Esa superior tecnología bélica jugará, en efecto, un peso fundamental en todas las operaciones combinadas y conjuntas de las fuerzas británicas

213. KMKU J. U. 3674 THOMPSON: *Twelve months in the British Legion*, p. 234.

214. Sobre esa intervención naval tan, en efecto, controvertida, resulta de interés BRETT: *The British Auxiliary Legion in the First Carlist War (1835-1838)*, pp. 84-85. Ahí ese autor señala que Lord Palmerston había obtenido del mismísimo rey Guillermo permiso para que las fuerzas navales de Hay se involucrarán en los combates junto con los liberales españoles. Algo bastante delicado teniendo en cuenta que oficialmente esas eran fuerzas del rey británico, no una legión de “voluntarios”. Sin embargo, señala Brett que es más la intervención de los marines británicos en tierra que el bombardeo naval el que despierta la ira de los “tories”.

215. Véase Mariano CIRIQUIAIN GAIZTARRO: “El bloqueo del Cantábrico durante la Guerra de los Siete Años y nuestro primer vapor de guerra”, por Julio F. Guillén. Boletín de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País. San Sebastián, 1949, p. 507. A ese respecto véase también Juan PARDO SAN GIL: “Las operaciones navales en las Guerras Carlistas”. *Itsas Memoria*, nº 3, pp. 433-438.

y españolas, de Mar y de Tierra, que tienen lugar, fundamentalmente, en la bahía donostiarra²¹⁶.

Un punto éste, el de la importancia de esa intervención naval conjunta entre españoles y británicos, que también quedaba bien explicado en la carta de Lacy Evans a la que hemos aludido ya anteriormente. En ella, el general en jefe de las tropas británicas enviadas a defender la causa liberal, destacaba tanto el heroísmo de todos los oficiales al mando de las tropas, las levadas en las Islas Británicas como las levadas en territorio español, como el de las fuerzas navales tanto de Su Majestad Británica como de Su Majestad Católica...²¹⁷.

En ese punto la narración de Somerville también es especialmente rica. Nos dice que, mientras las tropas envueltas en los combates que acabamos de ver descritos –tanto por él, como por medio de la crónica del capitán Thompson– siguen intentando abrirse camino cuesta arriba para rendir el formidable reducto de Lugariz, llegan en ese momento los vapores *Phoenix* y *Salamander* trayendo a bordo a efectivos de los regimientos 4 y 8 de la Legión Británica²¹⁸.

A partir de ahí la escena que reconstruye Somerville está a la altura de las mejores narraciones que podamos encontrar, por ejemplo, sobre el desembarco de Normandía de mano de plumas maestras de la Historia Militar como la de Cornelius Ryan o Antony Beevor²¹⁹.

En efecto, dice Somerville que rápidamente los botes de los vapores se llenan de efectivos con destino a la playa que serán llevados a tierra por esas frágiles embarcaciones llenas de verdaderas multitudes de soldados de refuerzo de la Legión Británica, traídos hasta allí por esos vapores de guerra. Cuando lleguen a tierra sus bagajes serán dejados sobre la arena y puestos bajo la vigilancia de algunos centinelas. Tras esto, por orden directa del general Evans, traída hasta esa playa –que bulle de soldados bajando de las lanchas del *Phoenix* y el *Salamander*– por su propio ayuda de campo, primero el regimiento 8 y después el 4 marcharán cuesta arriba desde la playa hacia las líneas de defensa carlistas

216. CIRIQUIAIN GAIZTARRO: “El bloqueo del Cantábrico durante la Guerra de los Siete Años y nuestro primer vapor de guerra”, por Julio F. Guillén, pp. 507-508.

217. AMSS E 5 III 2133, 7, carta de 13 de mayo de 1836.

218. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 69.

219. Puede resultar interesante comparar el relato de Somerville que detallamos a continuación, con la obra clásica de Cornelius Ryan sobre esa otra operación de desembarco en la Normandía de la Segunda Guerra Mundial, Cornelius RYAN: *El día más largo*. Inédita Editores. Barcelona, 2004, así como con obras posteriores, incluida, claro está, la de Antony Beevor. Véase David STAFFORD: *El desembarco de Normandía. Los días previos al Día D*. Espasa-Calpe. Madrid, 2004 y Antony BEEVOR: *El Día D. La batalla de Normandía*. Crítica. Barcelona, 2009.

en las que han quedado clavados los efectivos de la primera ofensiva lanzada, como ya sabemos, de madrugada desde la ciudad²²⁰.

La escena que describe Somerville está cargada de grandes trazos dramáticos. Así, señala el escocés que se trató de ocultar a las tropas de refuerzo la visión de los muertos y los heridos, hasta donde era posible, haciéndoles marchar junto a la orilla del mar. Saludable efecto sobre la moral de las tropas que, sin embargo, no se consiguió, viendo los refuerzos, tal y como señala Somerville, el vasto número de heridos que eran llevados de vuelta a la ciudad de San Sebastián²²¹.

Ese enfriamiento de la moral de combate será transitorio al entrar en escena uno de los oficiales que se han distinguido particularmente por su valor suicida durante las anteriores operaciones.

No otro que el que Somerville llama “viejo Godfrey”, que se paseará por en medio de ese cuadro desolador silbando con las manos a la espalda y lanzará, en tan desenfadada actitud, una arenga a los soldados recién llegados, diciéndoles –a los “malditos granaderos” y a los otros “vagabundos” de las otras compañías allí presentes– que debían hacer ver aquello de lo que eran capaces. Eso al mismo tiempo que avergonzaba a los más timoratos señalando que, aún así, si alguno de ellos prefería quedarse atrás, si no querían ir donde él estaba, que se quedasen allí, que no tenía ninguna necesidad de ellos, que, en nombre de Dios, no vinieran para hacerse matar estando asustados...²²².

La arenga, por supuesto, tuvo efecto inmediato. Así, por ejemplo, uno de los hombres en las compañías de retaguardia, llamado Campbell según nos dice el siempre detallista Somerville, exclamará con tono despectivo “Oh, cobardes”. Palabras que corrieron como la pólvora entre las líneas británicas, desde la vanguardia hasta la retaguardia, añadiendo en el mal inglés que solían hablar los escoceses en esas fechas que “quien tuviera miedo ahora, se fuera a casa y lamiera los platos, ¡eh, eh, eh!”²²³.

De hecho, el entusiasmo con el que el “viejo Godfrey” logra galvanizar a estas tropas de refresco es tal que él mismo tendrá que imponerles silencio y ordenarles que esperen hasta que llegue Evans –identificado aquí tan sólo como “el General”– para reunirse con ellos²²⁴.

La reunión en cuestión será bastante amistosa. Al menos por lo que respecta al “viejo Godfrey” y a “el General”. Dice Somerville que se dieron la

220. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 69.

221. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 69.

222. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 69.

223. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, pp. 69-70.

224. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 70.

mano como viejos amigos y que Evans saludó a Godfrey diciéndole que se alegraba de ver que había llegado justo a tiempo y que Chichester le daría las órdenes oportunas²²⁵.

Con respecto a la tropa que tan ásperamente acababa de ser arengada por el “viejo Godfrey”, Evans les dirigirá otra soflama en este caso más tranquilizadora: “*Escoceses, (...) no tendréis mucho qué hacer; pero sé que estaréis orgullosos de compartir la gloria con el 6º regimiento. Vuestros compatriotas se están llevando todo por delante*”. O algo similar, dice prudentemente Somerville, tal vez inseguro de la memoria de quienes le han informado sobre esos electrizantes momentos en los que, los refuerzos desembarcados del *Phoenix* y el *Salamander*, son arengados para continuar con esta sangrienta operación de asalto a las líneas carlistas...²²⁶.

Tras eso el escocés señala que Evans se dirigió al punto donde estaba el cuarto regimiento de la Legión Británica y le hizo similares cumplidos²²⁷.

A partir de ahí, Somerville no puede ocultar la parte más cruda de la operación, la realidad de la guerra ya bastante mecanizada a esas alturas del siglo XIX.

En efecto, tras esas arengas más propias de las guerras napoleónicas, entran en liza instrumentos con una capacidad de destrucción y una potencia de fuego que recuerda ya mucho más a futuros conflictos como la Primera y la Segunda Guerra Mundial.

Somerville describe así la entrada en la línea de fuego de los diferentes barcos de guerra británicos bajo mando del comodoro Lord John Hay y, en especial, el *Phoenix*, capitaneado por el capitán Henderson. Alguien a quien Somerville considera tan hábil como valiente²²⁸.

Estas modernas naves de guerra, gobernadas por motores de vapor, echarán el ancla cerca de la costa y desde allí abrirán lo que Somerville define como un “tremendo fuego” con bala y granadas de obús (“shell”) contra el fuerte de Lugariz²²⁹.

225. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 70.

226. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 70.
La cursiva es mía.

227. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 70.

228. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 70.

229. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 70.
Según otros testimonios las tropas habían sido protegidas antes de este bombardeo naval por fuego hecho desde las baterías de la plaza. Consúltese ZM-MZ R. 2842 B 4 John BROWN: *The life and adventures of a soldier or struggles through real life comprising a faithful History of the late war in Spain*. R. Cornish. London, 1855, p. 111.

Somerville es preciso, tanto como Cornelius Ryan o Antony Beevor, a la hora de describir los resultados de esa operación de bombardeo naval.

Así señala que, a mil seiscientas yardas –esto es: 1463 metros–, las granadas de obús eran lanzadas con la mayor precisión²³⁰.

Los carlistas intentarán responder a ese fuego naval que está consiguiendo lo que no han conseguido los sucesivos asaltos por tierra, pero su Artillería es claramente inferior²³¹.

En ese escenario las tropas recién desembarcadas y arengadas como hemos visto, se dispondrán a dar un nuevo asalto contra el núcleo principal de esa línea de asedio carlista. Es decir: el fuerte de Lugariz.

El escenario que describe Somerville está, una vez más, cargado de ese sobrio dramatismo bélico que nos hemos acostumbrado a identificar con escenarios muy alejados de la Bahía de La Concha.

Dice el escocés que, desde los barcos, cada bomba que es lanzada por su Artillería naval hacía su característico estridente ruido, siseante al atravesar el aire, muy cerca de las cabezas de los soldados que esperan el fin de esa operación de castigo artillero para lanzarse sobre unas defensas donde los disparos de la Artillería naval británica están impactando con notable precisión, causando lo que Somerville describe como una “horrible devastación entre el enemigo”²³².

Todo esto no era sino el principio de lo que estaba por venir hasta que la operación lanzada esa madrugada contra las líneas carlistas se viera culminada por un rotundo éxito, que dependía, naturalmente, de que el fuerte de Lugariz cayera en manos liberales.

La narrativa de Somerville no defrauda en ese punto. Dice que, mientras los hombres de la Legión Británica esperan bajo ese terrible fuego de Artillería naval, llegó el general Chichester y dijo al “viejo Godfrey” estas palabras que, una vez más, parecen sacadas de los anales de la épica bélica: “Ahora es el momento Godfrey”²³³.

Según las direcciones tácticas que Chichester da bajo el eficaz bombardeo de los vapores británicos, los hombres del “viejo Godfrey” tenían que subir cuesta arriba sin disparar ni un sólo tiro –eso es lo que exactamente dice Chichester– y desarmar las bayonetas de los carlistas tirando desde ellas poniéndose bajo las troneras desde las que estos habían abierto fuego,

230. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 70.

231. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 70.

232. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 70.

233. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 70

una y otra vez, contra las decididas líneas de Infantería aliada que habían subido –también una y otra vez– por esas ya muy ensangrentadas laderas²³⁴.

Las tajantes, y un tanto suicidas, órdenes del general Chichester serán cumplidas de inmediato. El “viejo Godfrey” subirá hacia Lugariz mientras los regimientos 4 y 8 permanecían a cubierto. Sólo unas pocas yardas más allá, dice Somerville, se encontrarán ya con el fuego enemigo. Todas esas tropas. Con sólo doblar la esquina del camino²³⁵.

Allí Godfrey apelará al capitán Shields. El tono de sus palabras, o al menos el modo en el que las refleja Somerville en su “Narrativa”, siguen pareciendo salidas de la mano de un Cornelius Ryan.

En efecto, según Somerville, una vez que el fuerte de Lugariz es cubierto por la cortina de disparos de Artillería naval británica, Godfrey dirá al capitán Shields “Vamos, capitán Shields (...) vea qué puede hacer con sus granaderos”. A lo que añadirá: “Seguidme, hombres; no dejéis que nada os detenga”²³⁶.

Tras esto, el “viejo Godfrey” ordenará a los sargentos Hamilton y Grey, y otros hombres de esa unidad identificados en el relato de Somerville como “Dingwall, Smith y Oakley”, que se sitúen a la derecha de la compañía que va a cargar, y empujasen hacia adelante apoyando ese movimiento sin preocuparse “por quién caiga”...²³⁷.

Debían llevar el mosquete cargado, pero nadie dispararía hasta que se diera la orden. A eso Godfrey añadirá, a beneficio de los soldados, que prestasen toda la atención posible a las órdenes de sus oficiales y que estos se la prestasen a él –es decir, a Godfrey– y que los que estaban en el centro de la formación –a los que llama pequeños pordioseros– guardasen silencio²³⁸.

Tras eso dará la orden de calar bayonetas y de que las compañías se desplegasen por la derecha de la formación, comenzando por los granaderos, que debían poner vista a la derecha y marchar a paso doblado²³⁹.

234. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 70.

235. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 70.

236. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 70. Reproduzco en esta cita la transcripción del apellido Shields tal y como Somerville la hace habitualmente, a pesar de ser errónea como ya he señalado en anteriormente.

237. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 70.

238. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 70.

239. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, pp. 70-71.

A partir de ahí, como nos cuenta Somerville en su efectista estilo, esas tropas hacen su camino hasta doblar la esquina tras la que aguarda el grueso de las tropas carlistas que, por supuesto, abre fuego sobre ellos.

En las propias palabras del escocés, desde ese momento esta columna de asalto de la Legión Británica se mueve entre el silbido de las balas –“whiz, whiz”– que pasan por entre sus filas y las balas de cañón que van partiendo árboles que están en su camino o levantando oleadas de tierra en ambos flancos de las filas británicas²⁴⁰.

A eso había que añadir otras circunstancias de combate igual de dramáticas, como el ruido constante de las descargas de mosquetería a las que se deben enfrentar esas tropas o los cohetes británicos que, desde la línea de costa, pasan sobre las cabezas de los hombres de la Legión Británica dejando, una vez más en palabras del propio Somerville, una larga estela de humo azul antes de explotar contra el reducto aún en manos de los carlistas o abriéndose paso en las columnas y líneas de la Infantería...²⁴¹.

No es esa la única cortina de fuego de Artillería que debe soportar ese núcleo de la última línea de asedio de los carlistas.

Dice Somerville que también cae sobre el reducto el fuego de la Artillería de la Legión. Así como el de las baterías montadas en el *Phoenix* y el *Salamander*, que le disparan con sus calibres más pesados y andanada tras andanada²⁴².

Un fuego que acaba por resquebrajar los muros del reducto, causando una brecha por la que entrará una granada de obús de 13 pulgadas. Un tiro incluso demasiado eficaz, ya que pasa justo por encima de las cabezas de los hombres de la Legión que avanzan para dar el asalto, derribando, sin siquiera tocarles, a algunos de ellos con éste que ahora llamamos habitualmente “fuego amigo” y que revienta en el interior de esa primera brecha a la escasa distancia de quince yardas –es decir, 13, 71 metros– del punto en el que se encuentran los primeros hombres de esa columna de asalto²⁴³.

No será el único impacto que explote en el reducto de Lugariz. Dice Somerville que en ese momento otras granadas de obús caen en el reducto y explotan al mismo tiempo, causando una gran destrucción y confusión entre las líneas carlistas. Circunstancias que, naturalmente, serán aprovechadas

240. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 71.

241. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 71.

242. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 71.

243. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 71.

por esta avanzada de la Legión Británica para tomar Lugariz en esos pocos minutos²⁴⁴.

Somerville señala honestamente que los primeros en entrar en esa castigada brecha de ese núcleo duro del dispositivo carlista, serán los oficiales que mandan a esas tropas de asalto. Es decir: el coronel Godfrey, el capitán Shields, los sargentos y soldados Dingwall, Smith y otros de la sección de granaderos que, a su vez, serán seguidos por el resto del regimiento²⁴⁵.

No es el único punto por el que el reducto será atacado. Ni el más peligroso. Somerville, en efecto, señala que en ese mismo momento el ayudante Allez, del 4º regimiento, y una partida de suboficiales y soldados asaltan otra parte de los muros que defienden Lugariz. Sin embargo, en ese punto los carlistas logran hacer frente a los asaltantes de la Legión, disparando sobre los que tratan de sobrepasar el muro que así heridos caen entre los que esperan su turno. Un efecto, como señala Somerville, bastante desmoralizador y que hace que el 4º regimiento vacile en ese momento clave del asalto contra Lugariz...²⁴⁶.

Incluso el ayudante Allez, dice Somerville, aguarda a saltar el muro, llamando a los restantes hombres para que se unan a él antes de dar el paso. La situación que sigue a esto, como mucho de lo que nos cuenta el escocés sobre este episodio culminante de la intervención de la Legión Británica en España, tiene una gran carga dramática. Así, algunos hombres de los que están con Allez saltarán ese muro, pero sólo para ser alcanzados por los carlistas que están al otro lado y pueden hacer blanco sobre ellos fácilmente²⁴⁷.

Ante ese desastroso cuadro, el ayudante Allez gritará, siempre según Somerville, “entonces, mi espada y yo”. Palabras pronunciadas justo antes de saltar él mismo en un esfuerzo desesperado por romper esa resistencia carlista y que fue interrumpido por un balazo que le atraviesa el corazón

244. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 71.

245. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 71.

246. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 71. Con respecto a la denominación de suboficial, es preciso tener en cuenta que la expresión británica que utiliza Somerville, “non-commissioned officers”, tiene un significado más amplio que su equivalente español, que he traducido como “suboficial”. Puede referirse esa palabra, “non-commissioned officers”, tanto a suboficiales como sargentos y cabos, como a voluntarios que esperaban la muerte de un oficial en combate para recibir su comisión y grado. Un expediente muy utilizado por hombres con cualidades para ejercer como oficiales, pero sin suficiente dinero para comprar un cargo de oficial, siguiendo el expediente habitual en el Ejército británico de la época.

247. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 71.

limpiamente. Dice Somerville, para concretar más, que el disparo venía de la pistola de un oficial carlista...²⁴⁸.

Sin embargo, justo en ese momento, la línea carlista que está presentando tan decidida resistencia, será rota.

En efecto, por la parte por la que está atacando el 8º regimiento de la Legión Británica, el cabo Oakley, de la sección de granaderos, consigue matar de un disparo a un carlista que estaba ya listo para disparar un mosquete cargado. Después de eso mata de un bayonetazo a otro soldado carlista que estaba montando el disparador de su arma para hacer fuego sobre él. Acto que Oakley salpicó con una serie de insultos al carlista que, por supuesto, Somerville no dejará de anotar (entre otros “vete al infierno con los saludos de Oakley”)²⁴⁹.

En opinión de Somerville, Oakley era un desesperado, algo que parece explicar su acometividad en ese momento. Impulso en el que, sin embargo, le seguirá otro soldado de esa misma unidad, Bob Smith, del que Somerville ya se había ocupado en el capítulo segundo de su libro, describiéndolo como un veterano que se había distinguido defendiendo su puesto de centinela en Portugalete, sin retirarse de él y devolviendo el fuego que los carlistas le habían hecho. Uno de tal intensidad que se le creía muerto...²⁵⁰.

Oakley y Smith serán, según Somerville, los únicos en perseguir al enemigo. El resto de los hombres no avanzan más o son retenidos por los oficiales para ser puestos en orden antes de seguir hostigando a las líneas carlistas²⁵¹.

Esos momentos ofrecen nuevamente a Somerville material bastante dramático, al comenzar muchos de esos soldados a preguntar por compañeros a los que no han vuelto a ver desde que se lanza el ataque y a responder otros señalando las circunstancias de las muertes de esos por los que se pregunta. Como Jamie Young, de la compañía de Infantería Ligera, o Dan Mc Allister, alcanzado en el cuello por una bala cuando las tropas habían doblado la esquina del camino por el que avanzaban, o el caso, al parecer más dudoso, del comandante Mitchell. Muerto según lo que saben algunos de los hombres que están allí, vivo según otros que no dudan en llamar mentiroso al que afirme lo contrario que, a su vez, se defenderá con igual furor, llegando

248. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 71.

249. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 71. Somerville, como tiene por costumbre, suprime las palabras que considera malsonantes. Así, la “Narrativa” recoge esas palabras de esta manera “and go to h_____”.

250. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, pp. 17 y 71.

251. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 71.

a amenazar con dar un golpe en la cara a quien sostenga que no dice la verdad sobre la muerte de ese oficial. Un diálogo éste protagonizado por los soldados Watt y Drummond que, según Somerville, solían entretenerse, a diario, en llevarse mutuamente la contraria por esa o por otra cuestión²⁵².

Esa babel de preguntas sobre quién ha muerto y quien ha sobrevivido a esa carga suicida contra Lugariz, es cortada de inmediato por el capitán Shields, uno de los supervivientes, que impone silencio a los hombres y en especial a los soldados Watt y Drummond a los que, por Dios, promete enviar al preboste de la compañía si no se callan con sus intercambios sobre quién de los dos es un mentiroso. Algo que no impedirá a este oficial lamentar las heridas recibidas por el granadero Dick Scott en la misma acción, a quien el capitán aprecia²⁵³.

Esa escena, en realidad, sólo durará algunos minutos, nos dice Somerville, hasta que llegan más compañías al punto tomado por la Legión Británica en Lugariz²⁵⁴.

Una pequeña tregua que, sin embargo, no significa que la acción del 5 de mayo de 1836 haya concluido.

El mismo Somerville señala que, a poca distancia de donde parte de los soldados de la Legión Británica han conseguido abrirse paso hasta un punto en el que pueden recuperar el aliento perdido durante el asalto, se lucha aún más desesperadamente de lo que se ha luchado para conseguir tomar ese reducto de Lugariz.

Así es, un coronel con un apellido de futuro glorioso, Churchill, al frente de los llamados Granaderos de Westminster, continúa la lucha contra otro punto de la línea carlista en el que se ofrece una resistencia que Somerville califica como muy resuelta²⁵⁵.

En ese punto, como nos recuerda el escocés, se había levantado la bandera roja indicando que no se daría cuartel. Será también el punto en el que caiga el celebre jefe carlista Sagastibelza²⁵⁶.

La mortandad en ese lugar será especialmente alta. Dice Somerville que ahí cae mortalmente herido el coronel Tupper y Fortescue junto con muchos de sus oficiales y soldados. El brigadier Reid recibirá una herida en el pecho y su unidad quedará en manos del coronel del regimiento Oviedo, Joaquín

252. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, pp. 71-72.

253. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 72.

254. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 72.

255. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 72.

256. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 72.

Bellos, al que esta vez Somerville no duda en calificar como “un valiente Español”²⁵⁷.

Habrà algunas excepciones afortunadas. Caso del general Shaw, que sólo ha de lamentar la pérdida de su reloj, destrozado por el impacto de una bala de mosquete carlista. Sin embargo, en ese punto queda constatado que caerán hasta catorce oficiales de campo, más de veinte capitanes y el doble de subalternos, así como un número proporcional de hombres. Todos ellos muertos o heridos a pesar de que lo peor –la toma de Lugariz– ya ha pasado...²⁵⁸.

Aún así, como nos recuerda Somerville, más allá de ese punto en el que se acumulan los muertos y heridos de las tropas liberales aliadas, hay más enemigos que esperan.

Será, una vez más, el viejo Godfrey el que encabece otra carga, una más también, desesperada contra esos últimos retazos de resistencia de las líneas carlistas.

Como ocurre con el resto de este episodio de 5 de mayo de 1836, Somerville describe los hechos con verdadera minuciosidad. Tanta que, a veces, su relato resulta escalofriante.

Godfrey jaleará, otra vez, a sus hombres. Les llamará “valientes”, les pedirá que no dejen que otros se lleven todo el mérito, mandará a sus granaderos que doblen el paso y que el conjunto de las tropas que le obedecen se lancen por la colina contra las casas en las que resisten los carlistas²⁵⁹.

Esto será respondido con un entusiástico “hurrah-aih-aih” por los hombres de la Legión que escuchan en esos momentos al “viejo Godfrey”. El entusiasmo, sin embargo, no frenará el terrible fuego graneado que los partidarios de Don Carlos hacen desde sus posiciones. Los hombres de la Legión Británica empezarán así a caer atravesados por las balas carlistas. Otra vez²⁶⁰.

También otra vez Somerville podrá registrar actos de desesperado valor que tendrán como recompensa más inmediata un balazo más o menos certero.

Es el caso del capitán Shields, superviviente, como hemos visto, de la acción contra el reducto de Lugariz.

257. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 72.

258. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 72.

259. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 72.

260. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 72.

Dice Somerville que, ante ese vivo fuego de los carlistas que atraviesa sus líneas, alzará su gorra en una mano y en la otra levantará su espada al tiempo que grita “Vamos”. Justo en ese momento caerá. Para sus hombres parece obvio que ha sido alcanzado. Shields opina que no, aunque reconoce que algo le pasa... que no puede sostener en alto el brazo en el que lleva la espada...²⁶¹.

Entonces se dará cuenta de que una bala le ha atravesado, en efecto, ese brazo. Aún así, a pesar de esa herida relativamente grave –dependiendo de los nervios o huesos afectados por el impacto podía perder el uso del brazo para siempre, verse amputado, etc.– Shields se limitará a animar a sus oficiales subalternos –en especial a su hermano Robert, que era alférez en esa compañía– y a los soldados bajo su mando a que sigan avanzando bajo el fuego enemigo, prometiendo estar con ellos en cuanto lograrse vendarse el brazo con su propio pañuelo...²⁶².

Dice Somerville que, a pesar del gran cariño que existía entre ambos hermanos, Robert Shields permanecerá impávido bajo ese fuego carlista que ha herido a su hermano y ante la propia herida que le acaban de infligir, ordenando a los hombres que no se detengan en el avance para preocuparse de lo que le ha ocurrido al capitán Shields²⁶³.

El dicho capitán Shields se mostrará igual de arrojado. Aún herido, curándose a sí mismo de un modo tan precario, ordenará a su sargento, Grey, que asista a su hermano con la compañía, señalando que ya sabía qué clase de trabajo se debía hacer...²⁶⁴.

De hecho, el efecto de la arena es tal, que el mismo capitán Shields sufre sus efectos diciendo en esos momentos que le da igual lo que le pase a su brazo y que prefiere que le alcance otro disparo antes que no tomar la casa donde los carlistas se han hecho fuertes...²⁶⁵.

Lo intentará. Pero no resistirá más allá de unos pasos antes de desvanecerse con su brazo inerte, teniendo que ser sacado del campo de batalla²⁶⁶.

261. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 72.

262. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, pp. 72-73. Uno de los hermanos Shields, ya con grado de capitán, morirá en brazos del otro durante la que los documentos llaman acción de Hernani en 1837. Consúltese ZM-MZ R. 912 B 4 R. HENDERSON: *The soldier of three queens. A narrative of personal adventure*. Vol II. pp. 65-66.

263. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 73.

264. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 73.

265. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 73.

266. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 73.

La valiente carga, ahora bajo mando del otro hermano Shields, también deberá detenerse, buscando refugio en una zanja ante el intenso fuego que abren sobre estos hombres de la Legión los carlistas²⁶⁷.

Allí esperarán hasta que lleguen más tropas que los apoyen viviendo momentos desesperados junto a los hombres que manda el “viejo Godfrey” que ve, angustiado, como caen sobre ellos los carlistas, sin que sus granaderos acierten a contener el ataque. Como tampoco parece ser capaz de lograrlo el fuego que abren sobre ellos los hombres bajo el mando del alférez Shields, que ordena a sus hombres disparar a discreción, buscando con ese fuego de retorno al oficial que manda esa partida carlista que parece estar a punto de quebrar este avance de la Legión Británica más allá de Lugariz²⁶⁸.

Serán momentos de verdadera desesperación en los que Somerville ensaya, una vez más, su talento para la descripción de las situaciones de combate.

Así señala que, en el dique en el que se han protegido los hombres que manda ahora el alférez Shields, hay una gran confusión, solicitando algunos hombres al joven oficial que se pongan en pie y carguen contra los carlistas en lugar de disparar contra ellos antes de que los susodichos carlistas se apoderen de la posición en la que están. En esos momentos caerán heridos de muerte varios de ellos²⁶⁹.

Por fin Shields cargará viendo al “viejo Godfrey” avanzar en la misma zona. Ese momento no será mucho mejor. O al menos no lo parece de acuerdo a la curiosa descripción de los hechos que da Somerville, en la que mezcla toda clase de gritos e interjecciones que, supuestamente, habrían sido lanzados por los hombres de la Legión Británica que en esos momentos críticos cargan contra las últimas partes de la línea en la que resisten aún los carlistas²⁷⁰.

En esos escasos párrafos del libro, Somerville junta onomatopeyas que parecen tratar de reproducir el ruido de los disparos de mosquetes carlistas sobre la Legión Británica que avanza, exclamaciones de los hombres que caen heridos, gritos de oficiales y suboficiales que animan a los que aún están vivos a continuar adelante, hasta tomar la casa desde la que disparan los carlistas, e incluso las interjecciones habituales en los chapelgorris, que se unen a ese último esfuerzo por desbaratar las defensas del Ejército del

267. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 73.

268. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 73.

269. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 73.

270. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 74.

Pretendiente en torno a San Sebastián y felicitan a los “inglisis” por su bravura antes de empezar, según dice Somerville, a despojar a los caídos²⁷¹.

Ahí, de hecho, acaba el combate de 5 de mayo de 1836, en medio de fuertes discusiones entre los británicos y los chapelgorris sobre el modo de tratar a los prisioneros –especialmente a una mujer que había tenido la mala suerte de quedar en la casa que se ha tomado– y acerca de si disparar o no sobre civiles desarmados. En ese caso también otra mujer, que corre con un niño entre los brazos hacia las líneas carlistas²⁷².

Los chapelgorris no tienen, como es habitual en ellos –al menos en el relato de Somerville–, demasiados escrúpulos sobre el trato a dar a los prisioneros. Los británicos, en cambio, sí discuten sobre si tomar prisioneros o darles el mismo trato brutal que los carlistas han dado a los hombres de la Legión que han caído ante sus líneas, cosiéndolos a bayonetazos, cortando incluso sus lenguas en algunos casos...²⁷³.

Ese intenso debate está a punto de saldarse con varios chapelgorris muertos de una certera estocada... Concretamente la que el capitán Shields y un oficial del regimiento 4 de la Legión (cuyo nombre Somerville confiesa no saber) quieren darle, cada uno por su cuenta, por haber disparado contra la mujer que huye hacia las líneas carlistas desde la casa recién tomada por los aliados²⁷⁴.

A partir de ahí queda concluida la operación del 5 de mayo de 1836. Al menos desde el punto de vista desde el que la cuenta Somerville.

En efecto, en medio de esas discusiones llega al galope un ayuda de campo de Evans diciéndoles que han avanzado más allá de lo que éste considera prudente y deben retirarse desde ese punto a las líneas consolidadas más atrás, cesando toda hostilidad²⁷⁵.

Eso no impedirá, sin embargo, que comience un sistemático saqueo de esa casa que ha marcado el punto máximo del avance de la Legión Británica durante esa acción ejemplar del 5 de mayo de 1836. Un acontecimiento, el del saqueo por parte de los integrantes de la Legión, que Somerville, con una honestidad que le honra, relatará casi con tanto detalle como el que ha utilizado para describir la épica de este episodio que ilustra, como pocos en

271. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 74.

272. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, pp. 74-75.

273. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, pp. 74-75.

274. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 75.

275. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 75.

la Historia de la Legión Auxiliar Británica, lo que la Gran Bretaña de 1835, la de Lord Palmerston, estaba dispuesta a hacer por la España liberal de 1835²⁷⁶.

Algo que queda patente en la lista de bajas que Somerville incluye como final de ese capítulo, sumando un total de 823 miembros de la Legión Británica, 75 de ellos oficiales que desglosa así: 5 capitanes, 5 tenientes, 5 sargentos y 116 soldados muertos, habiendo quedado heridos 2 brigadieres, 3 coroneles, 2 tenientes coroneles, 9 comandantes, 20 capitanes, 22 tenientes, 7 alféreces, 33 sargentos y 594 soldados...²⁷⁷.

4. Conclusión. ¿y después de la Gloria guerrera? La Legión Británica después del 5 de mayo de 1836

Acabamos de ver, con todo lujo de detalle bélico, lo que estaba dispuesta a hacer Gran Bretaña en ayuda de la España liberal en el año 1835, justo veinte después de que no le preocupase demasiado dejar el país sumido en la vuelta a un agreste absolutismo que esa potencia toleró, tratando de mitigarlo un tanto –liberación del general Álava, mantenimiento en sus puestos de muchos que habían apoyado a la regencia constitucional...– únicamente por medio de presiones diplomáticas al rey Fernando pero, en conjunto, a efectos prácticos, dejando que España derivase a un régimen más afín a la Rusia de Alejandro I que a la Francia de Luis XVIII y, por supuesto, a esa rareza histórica de la Europa postnapoleónica que era la monarquía parlamentaria británica.

Contrasta mucho todo eso con la abundante sangre derramada por medio de la Legión Británica en acciones como la del 5 de mayo de 1836.

Como vamos a comprobar en este apartado de conclusiones no era eso, que era mucho, lo único que Gran Bretaña estaba dispuesta a hacer por la España constitucional en esa primera guerra carlista.

Había más sangre que verter y había más paciencia que perder con una operación como la del envío de la Legión Británica que se saldó de manera favorable para la causa de las “naciones constitucionales de Europa occidental” frente al Absolutismo carlista tan añorado, quizás, en las cortes de Berlín, Viena y San Petersburgo...

276. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, pp. 75-76. Somerville da incluso nombres y apellidos de los legionarios y de lo que saquean –así por ejemplo Jock Watt se llevará el sombrero de un sacerdote, John Dean se apoderará de un cerdo...– y señala que los disparos contra los audaces saqueadores, con muerte de algunos de ellos, son los últimos intercambiados en esas líneas de asedio que, como hemos visto, tanto ha costado tomar.

277. KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, p. 76.

En principio, el resultado de la operación de 5 de mayo de 1836 es visto, de modo casi unánime por los estudios relacionados con esta temática, como un rotundo éxito²⁷⁸.

No opinan sin embargo lo mismo los oficiales al mando en la plaza y otros involucrados en estas cuestiones.

Así, por ejemplo, consta, en una recopilación de documentos sobre los servicios prestados por la Legión Británica, una carta del coronel Wylde remitida desde San Sebastián el mismo 5 de mayo, y recibida por Lord Palmerston el 12 de ese mismo mes, en la que este oficial británico se felicitaba del éxito obtenido por los 1.400 soldados de la guarnición –unidos con efectivos de la Legión hasta sumar 6.000– contra el dispositivo del Ejército carlista ante San Sebastián. Sin embargo el coronel Wylde reconocía que el éxito no había llegado tan lejos como a sobrepasar la tercera línea de asedio carlista, pese a la valentía mostrada por la Legión y el honor que se les debía rendir por ello...²⁷⁹.

El propio Evans, en su carta de 13 de mayo de 1836 ya mencionada varias veces en este trabajo, señalaba a las autoridades donostiarra y guipuzcoanas que la victoria sobre los carlistas había sido rotunda, desalojándolos de las alturas desde las que amenazaban, como bárbaros, a la ciudad, que incluso se les podría haber perseguido hasta el interior de la provincia, pero que consideraba más razonable consolidar las posiciones tomadas. Eso a pesar de que, de manera bastante optimista, el general pensaba que los carlistas pronto rendirían sus armas, dándose cuenta “del frenesí y locura” que les guiaba²⁸⁰.

Ramón Rebollo, uno de los oficiales liberales al mando de la plaza, señalaba por su parte, el día 6 de mayo de 1836, otras conclusiones a la ciudad, alegando que, sin duda, el día anterior se había batido con “tanta vizarria” a las tropas carlistas, pero eso no impediría, tal vez, que los mandos de

278. El botín de guerra es considerable y abundantemente descrito en diversas fuentes y estudios. Existen también testimonios gráficos, por ejemplo de los dos cañones capturados a los carlistas ese día. Véase ZM-MZ: *Exposición virtual Basque Sketches*. Recurso online <http://myslide.es/documents/exposicion-virtual-basque-sketches.html>, p. 9.

279. ZM-MZ R 3384 Papers relative to the services rendered by the British Auxiliary Legion to Spain, or to the spanish Army 1836-1837. Harrison and son. London, 1838, p. B. Este documento será presentado a la Cámara de los Comunes por orden de la reina Victoria en marzo de 1838. Sobre la presencia de Wylde en San Sebastián en esos momentos y los informes que manda sobre la acción del 5 de mayo, véase SANTACARA: *La primera guerra carlista vista por los británicos 1833-1840*, p. 193.

280. AMSS E 5 III 2133, 7, carta de 13 de mayo de 1836.

las mismas tratasen de reforzarlas tras ese descalabro que con todo lujo de detalles hemos visto descrito por distintas fuentes²⁸¹.

Del éxito de esta operación se felicitará, desde luego, el propio supremo mando español que actúa en el Norte, el controvertido, y para algunos, como Alexander Somerville, sencillamente odioso, general Córdoba, que felicitará vivamente a la ciudad en una enternecida carta con fecha de 8 de mayo de 1836, en la que aseguraba sentir los males que sentía el Ayuntamiento y vecindario de San Sebastián como algo propio²⁸².

En efecto, en una postdata al margen Córdoba decía que felicitaba a ese Ayuntamiento por “el venturoso triunfo del general Evans” que espera tenga un “benefico influjo” para esa ciudad de San Sebastián “objeto predilecto”, dice Córdoba, de sus cuidados²⁸³.

Sin embargo el objeto principal de esa misma carta de Córdoba es pedir a la corporación municipal, y a su vecindario, paciencia ante la necesidad de alojar en su casco urbano a los efectivos de esa misma Legión Británica, calificando esa situación como el menor de dos males...²⁸⁴.

Algo en lo que Córdoba, independientemente de las simpatías o antipatías que pueda despertar este personaje histórico en sí, no estaba desacertado, tal y como revela otra documentación del Archivo Municipal de San Sebastián, que muestra, con claridad, ese otro aspecto de la guerra mucho menos épico, mucho más gravoso: el de mantener en pie unas tropas que no queda otro remedio que mantener, pues la acción del 5 de mayo ha podido causar un gran impacto en las líneas de asedio carlista, pero, desde luego, no ha supuesto una derrota definitiva del Ejército del Pretendiente...

El propio Evans, como señala la conspicua correspondencia en la que la ciudad informaba a la reina del desarrollo de las operaciones, a mediados de mayo de 1836 realizará operaciones de reconocimiento del terreno en Mendizorrotz, donde están instaladas las baterías carlistas que pueden seguir dando alcance a la ciudad. Esa misma carta señala que, pese al éxito de 5 de mayo de 1836, siguen llegando tropas de refuerzo a ella²⁸⁵.

Cierto es que, por lo que respecta a la Legión, desde ese momento y en los siguientes meses, San Sebastián, tal y como señala Edward Brett en su completo estudio sobre este cuerpo y su peligroso periplo por nuestra primera guerra carlista, será un lugar bastante tranquilo.

281. AMSS E 5 III 2133, 6, carta de 6 de mayo de 1836.

282. AMSS E 5 III 2133, 7, carta de 8 de mayo de 1836.

283. AMSS E 5 III 2133, 7, carta de 8 de mayo de 1836.

284. AMSS E 5 III 2133, 7, carta de 8 de mayo de 1836.

285. AMSS E 5 III 2133, 7, carta de 28 de mayo de 1836.

Al menos por lo que a cuestiones bélicas se refiere.

En efecto, la documentación municipal de San Sebastián que hace referencia a ellos con posterioridad al 5 de mayo de 1836 sólo menciona pesadas cuestiones administrativas.

Así, el 26 de mayo de 1836 se comunica al Ayuntamiento de San Sebastián por parte de las autoridades militares españolas que, de acuerdo con el general Lacy Evans, se ha procedido a tomar forraje para los caballos de la Legión. Aunque siempre tratando de evitar dar lugar a reclamaciones por parte de las granjas afectadas por esa medida²⁸⁶.

Un problema compartido con las tropas españolas, como se deduce de la carta que Pablo Gorosabel, en esas fechas diputado de la Diputación guipuzcoana, dirige al Ayuntamiento donostiarra en 30 de julio de ese mismo año, señalando, una vez más, la falta de alimento que sufren tanto los caballos británicos como los españoles y que habría de paliarse recogiendo todo el forraje que se pudiera en los caseríos de la jurisdicción de la ciudad...²⁸⁷.

El 2 de agosto las autoridades militares vuelven a encarecer a las civiles de esa ciudad que se hagan cargo de proveer a la Legión de utensilios para su manutención. Especialmente de leña²⁸⁸.

El 30 de agosto la Hacienda Militar rogaba al Ayuntamiento que acudiera a una reunión con el general Evans, descrito como comandante en jefe “de este cuerpo de Ejército”, en una fecha de recuerdo tan delicado –tanto para la ciudad como para un militar británico que había servido a las órdenes de Lord Wellington– como la del 31 de agosto, pero nada de aire más bélico que el eco de la destrucción de San Sebastián en 1813 se deduce de esa convocatoria formal para las 10 de la mañana de ese día²⁸⁹.

A principios de septiembre, el propio Gaspar de Jáuregui era el que se dirigía al Ayuntamiento de San Sebastián para acusar recibo de una carta de la ciudad con fecha de 30 de agosto, en la que comunicaba esa corporación que la casa de la calle de la Trinidad (hoy 31 de agosto) perteneciente a su regidor José María Yzquierdo era destinada a Hospital Militar. Es así como nos enteramos de que esa casa había servido hasta ese momento para cuartel de los artilleros británicos que aún no la habían desalojado, pese a que Jáuregui dice haberse puesto ya en contacto con Lacy Evans para que diera las órdenes pertinentes a ese respecto²⁹⁰.

286. AMSS E 5 III 2133, 6, carta de 26 de mayo de 1836.

287. AMSS E 5 III 2133, 6, carta de 30 de julio de 1836.

288. AMSS E 5 III 2133, 6, carta de 2 de agosto de 1836.

289. AMSS E 5 III 2133, 6, carta de 30 de agosto de 1836.

290. AMSS E 5 III 2133, 6, carta de 3 de septiembre de 1836.

Nada, en definitiva, como vemos, que recuerde, apenas, lo que acaba de ocurrir en la sangrienta –y épica– jornada de 5 de mayo de ese año, más allá de estas disposiciones rutinarias, burocráticas...

Esa sensación de normalidad rutinaria, casi aburrida, sólo se rompe en otras cartas posteriores en las que aparece el que podríamos –o deberíamos– considerar como el verdadero rostro de una ciudad hasta ese momento asediada que ha tenido que multiplicar su población, con los consiguientes problemas de salubridad y hacinamiento sólo para empezar, y con unos nuevos vecinos que, tal y como leíamos al principio de este trabajo en las cartas de Álava acerca de la calidad de los miembros de la Legión Británica a punto de ser enviada a San Sebastián, no eran, a veces, los más recomendables.

En efecto, otra carta firmada por Gaspar de Jáuregui en 10 de septiembre de 1836, señalaba que el jefe del cuerpo de la Sanidad Militar destinada a San Sebastián se le quejaba señalando que no podía ver con indiferencia cómo las calles de la ciudad estaban llenas en su mayoría de inmundicias y basureros que se debían extraer de ella por el bien de la salud de los soldados y más aún en esos momentos, en los que el número de enfermos aumentaba...²⁹¹.

Once días después de ésta, otra carta recordaba, una vez más, que los soldados de la Legión Británica, en efecto, no habían sido reclutados entre las mejores familias de Gran Bretaña, contando, al menos, de oficiales para abajo.

En efecto, Mateo Llanos, en un papel con membrete de la Hacienda Militar de la Legión Auxiliar Británica, informaba al Ayuntamiento de San Sebastián que habían llegado a noticia del Teniente General Lacy Evans, comandante en jefe de esas tropas, como ya sabemos por otra correspondencia, “los destrozos” causados por soldados de la Legión en los caseríos emplazados fuera de las murallas de San Sebastián²⁹².

Una cuestión, en principio, más compleja de lo que pudiera parecer, ya que los soldados lo único que hacían era traficar los vales para leña –el bien que principalmente arrancaban de cada caserío extramural– que les facilitaba el asentista de Utensilios nombrado por las autoridades provinciales guipuzcoanas²⁹³.

Dudoso tráfico de leña que los británicos realizaban gracias a que los panaderos y otros tenderos donostiarras les aceptaban esos vales casi como

291. AMSS E 5 III 2133, 6, carta de 10 de septiembre de 1836.

292. AMSS E 5 III 2133, 6, carta de 21 de septiembre de 1836.

293. AMSS E 5 III 2133, 6, carta de 21 de septiembre de 1836.

dinero en efectivo. Algo que según Evans y Llanos acabaría no cuando el asentista y las autoridades que lo respaldaban lo mandasen, sino cuando los ediles donostiarra cortasen de raíz ese abuso compartido entre los soldados británicos y una gran parte de los comerciantes de la ciudad²⁹⁴.

Un hecho que, sin embargo, era considerado desde un punto de vista bastante diferente por parte de uno de los coroneles de la Legión Británica, que, en un pulido francés, se dirigía el 5 de octubre de 1836 a los cargohabientes donostiarra para decirles que las tropas bajo su mando, pese a las instancias que se habían hecho, no recibían ni leña ni carbón. Con lo cual les era imposible, sólo para empezar, cocinar los ranchos y de tal manera no se podía hacer responsable de que sus hombres hicieran destrozos en las casas en las que se alojaban, ni talas de árboles y frutales en el extrarradio de la ciudad. Circunstancia ésta de la que, por cierto, el coronel británico decía estaba bien informado ya Mateo Llanos²⁹⁵.

Algo de lo que dan fe algunas cartas fechadas en 4 de ese mes por el mismo Llanos, en las que se habla de reuniones con el Ayuntamiento para dar alguna solución a ese problema de falta de leña que sufre la, por el momento, ociosa Legión Británica²⁹⁶.

De hecho, a medida que avanza el invierno de ese año de victoria para la Legión Británica y la causa liberal española que ha venido a defender, la ciudad sufrirá una verdadera avalancha de correspondencia en la que los oficiales británicos se esfuerzan tanto por cortar los posibles abusos –compartidos con la clase comerciante donostiarra, no lo olvidemos– como por recibir de ese Ayuntamiento todos los recursos necesarios para afrontar un invierno que no parece precisamente suave.

Entre ellas podemos destacar la que envía el brigadier jefe de Estado Mayor de la Legión, Gaspar de Marchant, en 11 de octubre de 1836, en la que decía que a fin de poner término a “la destrucion de la propiedad publica” así como al “vergonzoso trafico” en el que se ocupan algunos vecinos de la ciudad comprando parte de sus prendas militares a los soldados de la Legión Británica, anunciaría cada domingo, a tambor batiente en la Plaza Mayor, que los comerciantes cogidos con esos objetos serían detenidos y ajusticiados de acuerdo a todo el rigor de las leyes militares y, a fin de compensar al gobierno por esa pérdida, se les impondrá una multa por tres veces

294. AMSS E 5 III 2133, 6, carta de 21 de septiembre de 1836. A ese respecto puede resultar de interés AGG-GAO JD IM 2/22/144, donde se recogen diversas disposiciones sobre la moneda que utilizan los miembros de la Legión Británica y cuál es su equivalencia en moneda española.

295. AMSS E 5 III 2133, 6, carta de 5 de octubre de 1836.

296. AMSS E 5 III 2133, 6, cartas de 4 de octubre de 1836.

el valor de lo comprado. Rigurosa medida para disciplinar a la Legión y a sus peligrosas amistades civiles de la que este oficial hacía responsable al propio Ayuntamiento de la ciudad...²⁹⁷.

Un estado de necesidad patente del que, sin embargo, ni siquiera escaparán los propios oficiales que con tanto rigor castigan a los comerciantes donostiarras involucrados en estos negocios turbios.

En efecto, otra carta entre autoridades militares británicas y civiles donostiarras, fechada en 8 de noviembre de 1836 por el mismo coronel, Jochmus, que se quejaba en 5 de octubre de la falta de leña, indicaba que muchos oficiales estaban a falta de esa materia por atrasos hasta de 8 meses en sus pagas y no pudiendo prescindir de algo tan necesario mandaban a sus asistentes a conseguirla. Algo que da lugar a abusos que se deberían cortar...²⁹⁸.

Así, en ese triste, precario, estado llega a su fin este año en el que, durante la primavera, la Legión Británica se había anotado una de las mayores victorias para el bando liberal.

Por lo que respecta a laureles bélicos ese verano y otoño de 1836 son relativamente escasos, ante un enemigo que no reacciona con contundencia hasta octubre de ese año.

La siguiente carta en poder de las autoridades municipales donostiarras relativa a estos asuntos, con fecha de 1 de junio de 1836, señala igualmente la llegada de más refuerzos, estos al mando de Jáuregui, y de proyectos de Evans para realizar movimientos sobre las líneas carlistas²⁹⁹.

Líneas en las que formaban añadidos seis batallones, según informes que habían dado a la ciudad prisioneros evadidos de la plaza de Lekeitio, pero que en esa primera semana de junio Evans logrará hacer retroceder aún más desalojando a los carlistas de sus posiciones en Pasajes y tomando el fuerte de Santa Isabel, que controlaba el acceso a ese puerto³⁰⁰.

Una decidida política de ofensiva que da sus frutos rápidamente, según consta en esta correspondencia entre la Corte de Madrid y el Ayuntamiento de San Sebastián, donde a finales de ese mes consta que aumenta el número

297. AMSS E 5 III 2133, 6, carta de 11 de octubre de 1836. Situaciones así no dejan de ser curiosas teniendo en cuenta que la Legión será uno de los primeros cuerpos, acaso en todo el mundo occidental, en recibir una guía sobre cómo comportarse, evitar provocar problemas, etc. Véase KMKU CA-5 F- 29 Sotero DE GOICOECHEA: *A luminous guide for the British cooperative forces in Spain*. Lamaignère. Bayonne, 1836.

298. AMSS E 5 III 2133, 6, carta de 8 de noviembre de 1836.

299. AMSS E 5 III 2133, 7, carta de 1 de junio de 1836.

300. AMSS E 5 III 2133, 7, cartas de 2 y 6 de junio de 1836.

de desertores que llegan desde el campo carlista, así como el de prisioneros liberales evadidos³⁰¹.

El verano de 1836 se presentará, en efecto, bastante tranquilo: a principios de julio se rechaza con dos compañías de chapelgorris una maniobra de cabecilla carlista Yturriza en el camino de Hernani, el 11 de julio las compañías liberales acantonadas en San Sebastián que han marchado sobre Hondarribia regresarán sin mayor novedad y a principios de agosto se constataba en Madrid, por informes de la ciudad, que no había mayor novedad ni en las líneas avanzadas de las tropas liberales, ni en la propia ciudad³⁰².

A finales de agosto y principios de septiembre hay noticias en la correspondencia de la ciudad con la Corte de acciones de Evans y sus hombres en el exterior de San Sebastián. Pero esas operaciones parecen haberse coronado con éxito sin mayor problema y lo que más preocupa en dicha correspondencia es la buena aceptación que ha tenido en la ciudad la proclamación de la Constitución de 1812, vuelta a la vida por los avances políticos conseguidos en Madrid por la facción del Liberalismo español más exaltado, que no se conforma con menos que eso para seguir apoyando a la monarquía constitucional³⁰³.

Sólo a finales de septiembre habrá una cierta sensación de alarma cuando se sepa que el pretendiente carlista ha recorrido los campos de Hernani, Rentería, Oiartzun y Lezo para animar a las tropas de las que dispone aún ahí...³⁰⁴.

Cuando a mediados de octubre de ese año 1836 los carlistas vuelvan a intentar recuperar el terreno perdido, la correspondencia de la ciudad con Palacio indicará que la acción conjunta de tropas locales –especialmente las de la Guardia Nacional– junto con las de la Legión Británica, lograrán anotarse otra notable victoria al repeler el determinado ataque que las fuerzas carlistas, galvanizadas un par de semanas antes por su supremo líder, lanzan contra las defensas de San Sebastián...³⁰⁵.

Volverá, sin embargo, a haber grandes batallas. La Legión Británica tendrá que derramar más sangre y estará a punto de ser masacrada. Tal y como ocurrirá en Andoain.

Sin embargo, la Legión, en su conjunto, se agotará en difíciles circunstancias. Si leemos documentos administrativos que nada tiene que ver con

301. AMSS E 5 III 2133, 7, carta de 24 de junio de 1836.

302. AMSS E 5 III 2133, 7, cartas de 8 y 21 de julio de 1836 y de 1 de agosto de 1836.

303. AMSS E 5 III 2133, 7, carta de 4 de septiembre de 1836.

304. AMSS E 5 III 2133, 7, carta de 24 de septiembre de 1836.

305. AMSS E 5 III 2133, 7, carta de 14 de octubre de 1836.

los partes llegados desde el campo de batalla o con narraciones como la de Thompson o Somerville, descubrimos, una vez más, con el paso de los años, a una Legión que malvive sobre el terreno. Muchas veces sin paga y sin gloria.

Nuevamente el Archivo Municipal de San Sebastián provee de abundantes ejemplos.

Unos pocos meses después de la batalla del 5 de mayo de 1836 vemos a la Legión pasando hambre en San Sebastián. Acompañada en tan ingratas circunstancias por el resto de las tropas liberales, a las que la Diputación guipuzcoana y el Ayuntamiento donostiarra tratan de ayudar como pueden, requisando harina³⁰⁶.

Unos pocos días después uno de los ciudadanos eminentes del San Sebastián de aquella época, Alexandro de Burgué, tiene que quejarse al Ayuntamiento porque los soldados de la Legión se han dedicado a hacer con su patrimonio lo que suelen hacer, normalmente, las tropas que no están luchando en el frente. Es decir, crear toda clase de dificultades al enemigo con la famosa táctica de tierra quemada, privándole de todo recurso que pueda serles útil³⁰⁷.

Algo que aplican a conciencia sobre el patrimonio del ciudadano Burgué, cuya paciencia es larga. De hecho, dice que el incidente tuvo lugar en 9 de septiembre de 1836. Fue entonces cuando soldados de la Legión dieron fuego a su caserío “Zamarra” que estaba en la parte alta del actual barrio de Loyola³⁰⁸.

Por supuesto, como hemos visto en casos anteriores, la oficialidad británica tratará de evitar desmanes así; pues no saben cuándo ni cómo saldrán de allí, de entre esa población que teóricamente, han ido a defender de las pretensiones de unos carlistas a los que parte de esa oficialidad califica, precisamente, de bárbaros³⁰⁹.

Una sabia actitud pues, en efecto, a finales del verano de 1837, a partir del 9 de septiembre, la Legión, remodelada, convertida ya en la Brigada Británica –aunque en documentos posteriores a esa fecha se le sigue dando el nombre de “Legión”–, continuará combatiendo y sufrirá una de sus más sangrientas derrotas en Andoain, cuando intenta romper las líneas carlistas

306. AMSS E 5 III 2144, 3, correspondencia de 7 de enero de 1837.

307. Sobre Burgué, véase SADA: *Historia de la ciudad de San Sebastián a través de sus personajes*, p. 89.

308. AMSS E 5 III 2144, 3, carta de 18 de enero de 1837.

309. A ese respecto consúltese, por ejemplo, AMSS E 5 III 2144, 3, carta de 11 de marzo de 1837.

más al interior de la provincia. Operación que, considerada desde el punto de vista carlista, justifica mucho de lo que ocurrirá luego en esa sangrienta derrota británica en particular y liberal en general, al calificar ese avance como el de una “numerosa horda de feroces revolucionarios” que habían pasado a sangre y fuego todo el territorio hasta Andoain desde, al menos, el día 8 de septiembre...³¹⁰.

Edward Brett nos ha dejado un crudo relato de lo que parece ser ocurrió en esos momentos en los que las líneas británicas serán arrolladas por las tropas carlistas que cruzan el Oria inesperadamente.

Las bajas serán considerables ese 14 de septiembre de 1837 y Brett las achaca, fundamentalmente, al pánico de las tropas españolas que huyen en lugar de defender los flancos de la posición británica tomada el día 9 de septiembre en el casco de Andoain. Una de sus principales fuentes parece haber sido la “Narrativa” de Somerville que, sin embargo, es bastante parca en este

310. Consúltese, por ejemplo, una interesante carta de Eustasio Amilibia en la que daba cuenta al Ayuntamiento de San Sebastián de los informes del brigadier del cuerpo de Ejército de la costa de Cantabria en los que se contaban las quejas de los habitantes del barrio de la ciudad que llama “Puertas Coloradas” (es decir, la actual zona de Ategorrieta) acerca de que miembros de la “legión Británica” acantonados allí causaban “continuas destrucciones” en sus haciendas. AMSS E 5 III 2144, 3, carta de 11 de enero de 1838. Sin embargo en la carta de 21 de febrero de 1838 de ese mismo documento, Amilibia se hacía eco de la denominación “antigua y nueva legión Británica”. Leopoldo O’Donnell, general en jefe de todas esas tropas, también las denomina así en su carta de 3 de marzo de 1838. Curiosamente como se lee en la carta de 1 de marzo de 1838 de ese mismo documento, uno de los perjudicados por esas rapiñas británicas fue un antepasado del hoy célebre Juan Mari Arzak. La actitud de Amilibia hacia esas tropas británicas, bajo una u otra denominación, será estricta, pero no tan dura como alegan algunas fuentes británicas, por ejemplo el ya varias veces citado panfleto del capitán Martín, que acusan a las autoridades guipuzcoanas de maltratar sistemáticamente a esos soldados. Otra carta de esas fechas del mismo Amilibia comunicaba al Ayuntamiento de la ciudad que había ciertos usureros –esa es la palabra que utiliza– que se estaban beneficiando de la falta de recursos de los legionarios para darles dinero a cambio de sus vales por una cantidad ínfima respecto al valor facial de esos bonos. Una práctica que, a instancias de Lord John Hay, mandaba cesase de inmediato y se declararían dichas transacciones nulas. Igualmente, en agosto, era el encargado de gestionar ante el Ayuntamiento de San Sebastián la difusión, de parte de Lord John Hay, de un comunicado por el cual se ofrecía pasaje gratis de vuelta a Inglaterra en un transporte de la flota bajo mando de ese oficial con destino a Gran Bretaña a todos los hombres de la Legión que ya estuviesen licenciados. En esta ocasión Amilibia recomienda usar medidas que llama coercitivas para aquellos que se resistiesen a esa oferta. Consúltese respectivamente AMSS E 5 III 2144, 3, cartas de 20 de febrero de 1838 y 8 de agosto de 1838. Sobre la familia Arzak y los daños sufridos en la zona durante esta primera guerra carlista, véase Juan Carlos MORA AFÁN-David ZAPIRAIN: “Altza-Arzak: una Historia compartida” y María Rosario ROQUERO USSIA: “La primera guerra carlista y sus consecuencias (1832-1862)”, ambos trabajos en Altza, Hautsa Kenduz nº IV, 1997, respectivamente pp. 81-102 y pp. 103-129.

Sobre la versión de los hechos del avance de Andoain desde el punto de vista de la Diputación carlista consúltese AGG-GAO CA 36, 2, folios 206 vuelto-207 recto.

punto, hablando de oídas sobre lo que ocurrió, pues él no se reengancha para formar parte de la Brigada Británica en la que se refunde la Legión³¹¹.

La descripción de otro testigo de los hechos, R. Henderson no corrobora esa huida de los españoles exactamente por cobardía. Según este miembro de la remodelada Legión, el pánico se extiende en las líneas aliadas casi por igual, precediendo la retirada de los fusileros británicos a la desbandada española, que Henderson atribuye a la fuerza con la que los carlistas cargan contra las defensas de Andoain en esos momentos, e indica que O'Donnell y sus oficiales tratarán de frenar a esas tropas tomadas por el pánico a las que, sin embargo, sí censura por haber abandonado, finalmente, a los legionarios en Andoain, donde serán rodeados por los carlistas³¹².

Henry Wilkinson, médico y cirujano de la refundada Legión, con la que decide permanecer, a pesar de no estar presente en Andoain durante la toma de la villa a causa de una fea herida recibida allí en los días previos, da, por informes de primera mano, una versión en parte discrepante con respecto a la que sintetiza el libro de Edward Brett.

Para empezar indica que sólo uno de los flancos de Andoain, no los dos, podía servir de punto débil a los carlistas. Sobre el comportamiento de las tropas españolas su juicio es duro, señalando, con excepciones como la de O'Donnell, a quien su ayudante, Bain, ayudará a escapar en la retirada, que algunos de ellos –tanto oficiales como soldados– serán fusilados in situ por los británicos por su cobardía. Sin embargo también indica que el primer asalto de los carlistas sobre Andoain será repelido del modo más valiente por las tropas españolas destinadas a ese punto. El pánico sólo sobrevendrá cuando O'Donnell decida sustituir ese batallón, cuyo nombre Wilkinson no da, por soldados bisoños del regimiento Infanta³¹³.

311. Véase BRETT: *The British Auxiliary Legion in the First Carlist War (1835-1838)*, pp. 164-171. Las noticias que Somerville reúne sobre el asunto de Andoain, a diferencia de lo que ocurre con el episodio de 5 de mayo de 1836, apenas pasan de una página y media de su narrativa y no dice gran cosa sobre la causa posible del arrollamiento de las líneas liberales, incluidas las británicas. Consúltese KMKU 43190 SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, pp. 284-285.

312. Usa también la palabra “cobarde” aplicada a esas tropas que huyen pero, como vemos, no la generaliza a todos los efectivos españoles presentes en la acción, distinguiendo a las tropas en pánico de los oficiales que tratan de detenerlas y ordenarlas en vano. Consúltese ZM-MZ R. 912 B 4 R. HENDERSON: *The soldier of three queens. A narrative of personal adventure*. Vol II. pp. 59-62. A ese respecto resulta interesante la observación de Joseba Salbador GOIKOETXEA: *Sorabilla. Testigo del horror de las Guerras Carlistas*. Andoaingo Udala-Burdina Taldea-Adunako Udala. Donostia, 2009, p. 34. Se señala ahí que se contabilizan 620 muertos, de los que dos terceras partes eran británicos.

313. Consúltese KMKU J. U. 5991 Henry WILKINSON: *Sketches of Scenery in the basque provinces of Spain with a selection of national music arranged for piano-forte and*

Gonzalo de Porras, en base a documentos del Archivo General del Ministerio de Asuntos Exteriores español señala, de hecho, que las tropas británicas se alojan en la villa y dejan los flancos en manos de las dos brigadas españolas que, al desguarnecerlos, permiten que sean sitiados y deban retirarse con esas atroces bajas y grandes pérdidas a manos de los carlistas, que masacran a todos los que caen prisioneros en Andoain³¹⁴.

Es más, la correspondencia entre las autoridades de la principal plaza fuerte de la zona, es decir, San Sebastián, y la corte de Madrid, dan, desde luego, por zanjado el incidente en una fecha tan temprana como el 28 de septiembre en la que el diputado Joaquín María Ferrer señala que sería un error retirar de ese frente a O'Donnell y cinco batallones, tal y como pedía la Corte, principalmente a causa del que llama “reves” sufrido en Andoain. Y más aún en un momento en el que el pretendiente carlista “y sus hordas han sido batidas en todas partes y huyen despavoridas”. Una decisión, la de retener allí a las tropas de O'Donnell, en la que Ferrer señala estaría, en principio, de acuerdo también el embajador británico con el que se ha puesto en contacto. Todo lo cual, como vemos, mitiga bastante la impresión de desastre absoluto que se deriva de las descripciones británicas de la matanza de Andoain³¹⁵.

Ese punto también fue tratado en la sesión de 20 de septiembre de 1837 por la corporación donostiarra que, por cierto, no considera que esa debacle haya puesto las cosas en estado de emergencia militar, ni muchos menos.

En efecto, el asunto se ve en el punto tercero de las deliberaciones de ese día, tras establecer los nuevos mandos de la Milicia Nacional de la ciu-

...
guitar illustrated by notes and reminiscences connected with the war in Biscay and Castile. Ackermann & Co. London, 1838, pp. 34-42. Al principio de ese capítulo Wilkinson se deshace en elogios a los “chapelgorris” y a los granaderos del regimiento Zaragoza, que compara en aspecto y valentía con los de la Guardia Imperial de Napoleón.

Sobre la obra de Wilkinson puede resultar de interés José María DONOSTY: “Wilkinson”. Trama, nº 5, s. f.

314. DE PORRAS Y RODRÍGUEZ DE LEÓN: *La Expedición Rodil y las legiones extranjeras en la 1ª Guerra Carlista*, p. 155.

315. AMSS E 5 III 2144, 3, carta de 28 de septiembre de 1837. Sobre esto también resulta de interés AMSS A 1, 329, pp. 298-301. Sobre la muerte de los prisioneros cogidos en Andoain o en la carretera de Tolosa, el embajador Villiers comunicaba a Lord Palmerston que, según informes hechos llegar al teniente Turner en Pamplona por campesinos procedentes de Tolosa, los capturados el 10 de septiembre, por tanto no los que caen el 14, habían sido asesinados –“murdered”– en Andoain, excepto 37. De estos, 20 habían sido muertos a puñaladas en la carretera de Andoain a Tolosa y los 17 restantes fusilados, por orden del jefe carlista Guibelalde, en Tolosa. Consúltese ZM-MZ R 3385 Papers relative to the war in Spain 1834 to 1838. Harrison and son. London, 1838, p. 75.

dad, y el Ayuntamiento describe lo sucedido en Andoain el 14 de septiembre tan sólo como “uno de los acontecimientos que ocurren en las guerras” que obligó al Cuerpo de Ejército de Su Majestad a dejar el punto de Andoain y replegarse a la línea de Hernani. Algo que, aunque de todos modos, había llevado a O’Donnell a presentar su dimisión, la hacía inaceptable para esos magistrados municipales y los demás leales a la causa de la reina, porque no se veía qué culpa tenía en esa que llaman “desgracia” las órdenes dadas por el general, siendo, además, como dice esta corporación, querido por sus soldados y necesaria su presencia en el Ejército destacado en el Norte³¹⁶.

Por otra parte, la actitud de los británicos ante la partida de O’Donnell y cinco de sus batallones será la misma que la de los liberales donostiarras. Como se lee en esas mismas actas, Lord John Hay se ofrecerá, a instancias de los magistrados donostiarras, a mediar ante las autoridades de Madrid para que ni O’Donnell ni sus hombres sean retirados del frente Norte³¹⁷.

De hecho, ese general y esas tropas tardarán poco más de un mes, tras el fiasco de Andoain, en entrar en acción de nuevo, cobrándose una victoria notable en las cercanías de esa misma villa, en Urnieta que, según señala en su correspondencia Pedro José Yturiza, al frente de la guarnición de Andoain, se saldó con notables dosis de brutalidad, arrasándose Urnieta y profanando el templo y sus imágenes en una conducta que lleva a ese mando carlista a calificar de “bandolero” a O’Donnell...³¹⁸.

Es más, el gobierno español instruyó una investigación a cargo del coronel Juan Quevedo para esclarecer lo que realmente había ocurrido en Andoain. Instancia de Justicia militar que mantendrá correspondencia incluso con el Ayuntamiento de San Sebastián por esa causa.

Concretamente para tomar declaración a algunos de los paisanos donostiarras que habían hecho las fortificaciones de aquel punto de Andoain y estaban, por tanto, presentes en los hechos. Testimonios que, sin embargo, no aportan nada más grave³¹⁹.

Muy distinta, claro está, es la versión de los hechos desde el punto de vista de la Diputación carlista, que en su sesión de 15 de septiembre de 1837 considera lo ocurrido como uno de los más gloriosos hechos de armas de esa guerra al haber sido arrollado desde Andoain hasta su madriguera de Hernani –en esos términos se expresa este documento– un enemigo en el que

316. AMSS A 1, 329, pp. 289-290. Como consta en ese documento, tanto el Ayuntamiento como la Milicia Nacional de la ciudad, expresan al gobierno de Madrid todos esos argumentos en contra de que O’Donnell dimita.

317. AMSS A 1, 329, p. 291.

318. AGG-GAO CA 66, 1, carta de 21 de octubre de 1837.

319. AMSS E 5 III 2144, 3, carta de 8 de junio de 1838.

no hace distinción alguna entre el elemento autóctono y el importado desde Gran Bretaña, para tan sólo constatar que han caído en su poder, entre muertos y prisioneros, 1.200 enemigos junto con una gran cantidad de armas, bagajes, etc., llevados hasta Andoain para reforzar a las unidades desplazadas a ese punto³²⁰.

Sólo el informe del comandante, carlista, de la partida de paisanos armados, José Antonio de Larrondobuno, detalla que, de los 99 prisioneros capturados, a él le consta habría “diez Yngleses”. Su descripción del asalto a la villa no habla de masacre alguna y tampoco le consta que unas tropas liberales hayan resistido más que otras, encontrándose él y los suyos muy escasa resistencia en todo el recinto de la villa, lo cual, como se puede apreciar, contradeciría un tanto la mayor parte de las versiones británicas sobre este revés –uno de los peores– de esas tropas enviadas por Lord Palmerston a alterar el resultado de la guerra entre liberales y carlistas españoles³²¹.

En cualquier caso esta unidad, la Legión Británica, bajo un nombre u otro, con mejor o peor fortuna como la que tiene el 5 de mayo de 1836 en San Sebastián o el 14 de septiembre de 1837 en Andoain, continuará prácticamente hasta el fin de la guerra siendo sacrificada y dejándose sacrificar en función de los intereses diplomáticos y bélicos de la Gran Bretaña de Lord Palmerston.

De hecho, con su papel militar ya prácticamente terminado, en abril de 1838, incluso evitarán un nuevo incendio de la ciudad que otras tropas británicas habían destruido más de veinte años atrás, en 1813, por ese mismo medio³²².

El pago por esos servicios, acordado y prometido de antemano, en 1835, tardará años en llegar, causando incluso disturbios públicos ante la embajada española en Londres.

Se trata de una historia bien conocida y, por lo tanto, no incidiremos más en ella de lo que ya han incidido fuentes directas, como la narrativa de Somerville que tantos datos nos ha aportado³²³.

320. AGG-GAO CA 36, 2, folios 214 recto-214 vuelto.

321. AGG-GAO CA 36, 2, folios 217 recto-219 recto.

322. AMSS E 5 III 2144, 3, carta de 1 de abril de 1838. Es enviada al alcalde de San Sebastián por Lord John Hay, desde el H. M.S *North Star* anclado en Pasajes.

323. Por lo que respecta a las fuentes impresas véase KMKU 43190 Alexander SOMERVILLE: *A narrative of the British Auxiliary Legion*, pp. 278-287, donde el escocés da una somera idea de los sinsabores que supuso formar parte de la Legión durante los últimos días de estancia en el País Vasco y en el regreso a las Islas Británicas. Otro tanto puede deducirse de fuentes como el panfleto del capitán Martin al que ya hemos hecho referencia en varias ocasiones durante este trabajo, consagrado en la totalidad de sus 16 páginas a defender a los

Lo que se dice en esas páginas, como lo que se ha detallado en las anteriores a base de fuentes impresas o de archivo, debería ser bastante para calibrar qué fue lo que estaba en juego en los alrededores de San Sebastián entre el año 1833 y el año 1839.

Desde luego, más, mucho más, que el paso de una ciudad de relativa importancia estratégica de unas manos a otras durante la segunda guerra civil española de la Edad Contemporánea.

Concretamente lo que estará en juego en esas fechas y en ese lugar –y a un alto precio que pagará la Legión Auxiliar Británica–, lo que se juega en esas playas y en esas colinas, es la creación de un gran bloque de países europeos regidos por monarquías constitucionales –Portugal, Francia, España– que, entre otras cosas, más allá de intereses ideológicos más puros, sirvieran a Gran Bretaña de muro de contención frente al bloque absolutista centroeuropeo.

Otra faceta de las guerras carlistas que, esperemos, sea desarrollada por más estudios futuros para completar las dimensiones internacionales exactas de un conflicto hasta ahora siempre visto con una perspectiva acaso demasiado local o interpretada, erróneamente, de ese modo.

...

supervivientes de la Legión ante los malos tratos que se les prodigan, casi a partes iguales, por los gobiernos británico y español. Consúltese KMKU 11827 MARTIN: *The dissolution of the British Legion of Spain and the manly spirited conduct of general O'Connell on the occasion.*

Una descripción más completa de esas vicisitudes, en BRETT: *The British Auxiliary Legion in the First Carlist War (1835-1838)*, pp. 189-203 y DE PORRAS Y RODRÍGUEZ DE LEÓN: *La Expedición Rodil y las legiones extranjeras en la 1ª Guerra Carlista*, pp. 157-180.